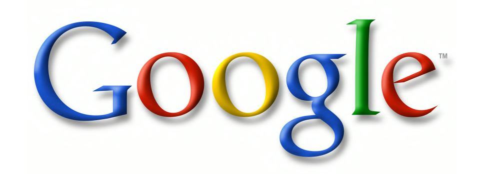
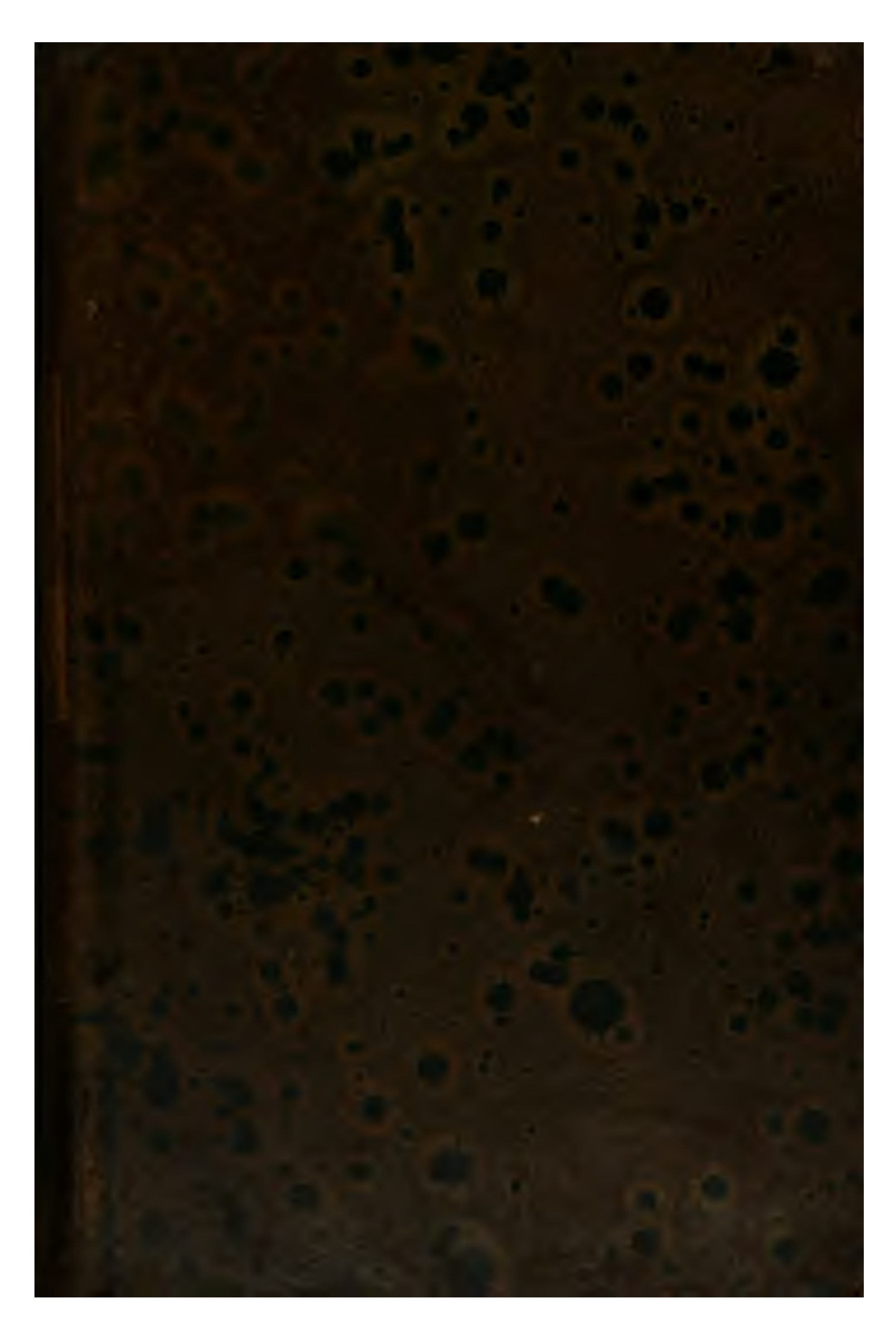
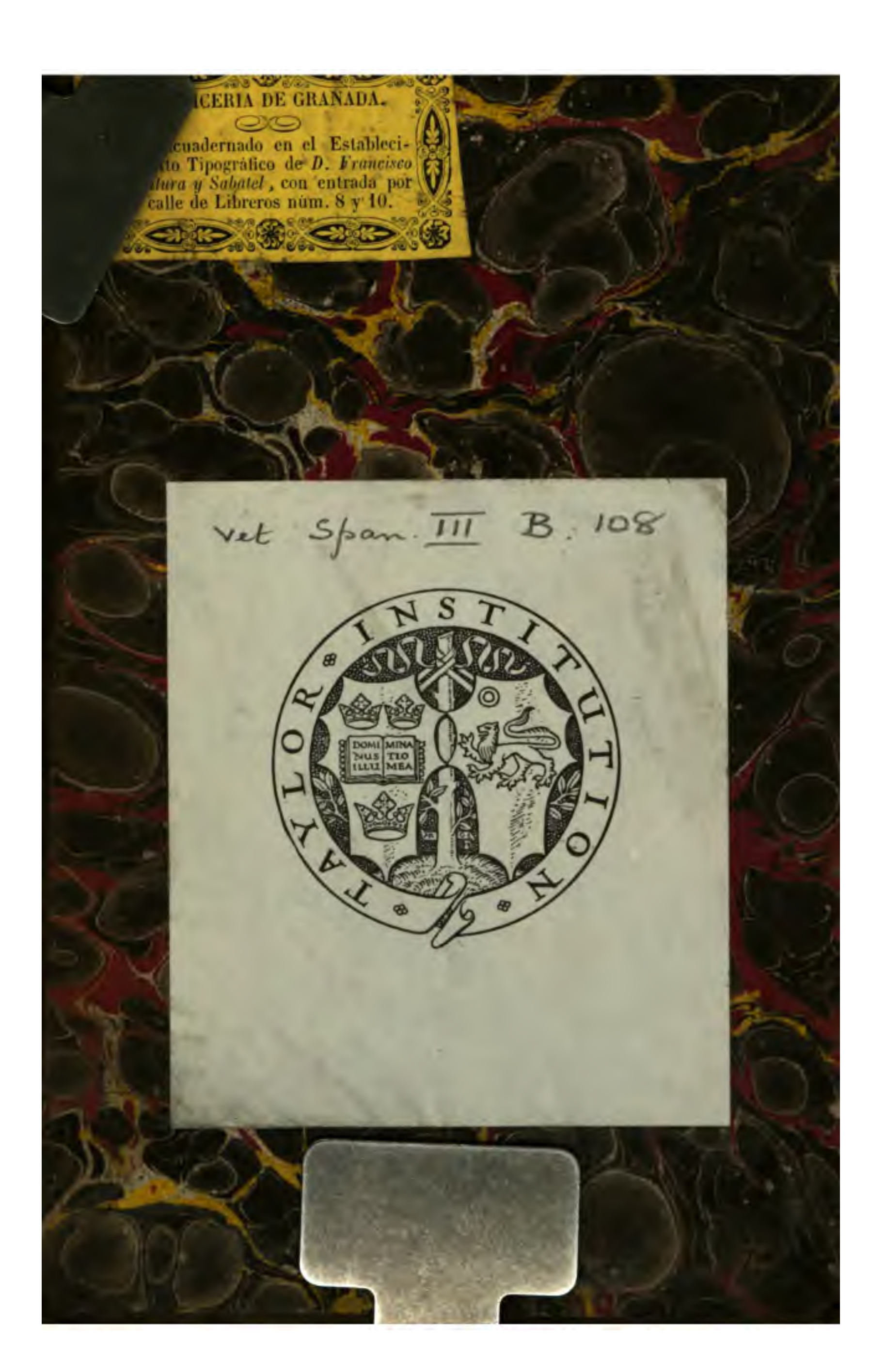






ICERIA DE GRANADA.
cuadernado en el Estableci-
to Tipográfico de D. Francisco
ura y Sabatel, con entrada por
calle de Libreros núm. 8 y 10.

TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA



Chandy May 1st 1918
Libby & [illegible] [illegible] coll.

3 Vols


Doña
ISABEL
DE
SOLIS
REYNA
DE
Granada
D. de Gór
Ortega

DOÑA ISABEL DE SOLIS,

Reina de Granada.

NOVELA HISTÓRICA

POR

D. Francisco Martinez de la Rosa.



MADRID:
Oficina de D. Tomas Jordan,.
IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.
1837.

Advertencia.

Hallándome en París, hace pocos años, me ocurrió por primera vez el pensamiento de escribir una novela histórica: no porque tuviese mucha aficion á esta clase de composiciones, ni menos porque me conceptuase con todas las cualidades necesarias para salir con lucimiento de mi empresa; sino mas bien á impulso del mismo sentimiento, noble y generoso, que me habia hecho tantear várias y difíciles sendas en la carrera de la literatura. Cabalmente por aquel tiempo habia subido al mas alto punto en Europa la fama de Walter Scott: traducíanse sus obras en Francia, apenas se publicaban en Inglaterra; en tanto que no pocos escritores de aquella nacion se afanaban por enriquecer á su patria con novelas originales, tomando el argumento de su historia: el célebre Manzoni daba á luz una obra de esta clase, bastante por sí sola para mantener en la nueva

palestra el antiguo nombre y la gloria de Italia; y hasta mas allá de los mares, como si cundiese al campo de la literatura la emulacion de dos grandes naciones, hermanas poco ha y hoy rivales, no faltaba quien desde las riberas del Delaware osase disputar la palma al bardo de Escocia.

Unicamente en España (solia yo decir en mis adentros, con aquel decaimiento y melancolía que solo experimentan los que estan largos años ausentes de su patria) no se notan conatos y esfuerzos para cultivar este ramo de las letras humanas; que aun cuando no pueda llamarse peregrino y desconocido á nuestros padres, ha tomado recientemente una nueva forma, acomodada al gusto y aficion de este siglo, que hasta en las composiciones mas leves, destinadas al esparcimiento y recreo, no se da por satisfecho si no halla cierto fondo de realidad. Y no cabe atribuir la escasez y penuria de tales composiciones á que falten en España clarísimos ingenios; que aquel suelo privilejiado los da tan espontáneamente de sí

como los frutos de la tierra; ni hay tal vez nacion alguna de cuantas pueblan el globo, que cuente en sus anales tantos hechos singulares y portentosos; que muestre en su espacioso ámbito mas monumentos de naciones distintas; que presente, por el largo trascurso de ocho siglos, una lucha incesante, contínua, entre dos pueblos diferentes, contrarios en religion, en costumbres, en leyes, en hábitos, en habla; y encerrados no obstante en el mismo recinto, luchando cuerpo á cuerpo, como dos gladiadores en el circo romano.

Pues si se buscan colores y matices para pintar un cuadro, ¿qué lengua de las vivas podrá competir siquiera con la que nos legaron nuestros mayores? Tan rica, tan sonora, que no ha menester el auxilio de la rima ni el compas de la mensura, para dar á la prosa el encanto de la poesía; robusta á la par que flexible; majestuosa no menos que suave; hija nobilísima del Lacio, enriquecida con la pompa de los pueblos de Oriente, como para celebrar al mismo tiem-

po las proezas de los héroes y las dichas de los amantes.

Alimentado con estos pensamientos, me apegué mas y mas al designio de escribir una novela histórica; pero me retrahia el no sentir mi ánimo tan despejado y sereno cual era menester para una obra de tal clase, y el temor de que saliese fria y descolorida, escrita á la márgen del Sena; motivos que me determinaron á aplazar mi intento, hasta que volviese á pisar el suelo de mi patria, y sintiese en mi corazon y en mis venas el claro sol de Andalucía.

Cumplióseme al fin mi deseo; y apenas me ví en Granada, traté de poner manos á la obra, como aquel que volviendo á su hogar, despues de peregrinar largo tiempo por lejanas regiones, no encuentra descanso ni sosiego hasta que cumple un voto.

Mediaba tambien la circunstancia de haberme propuesto desde un principio que el asunto de la novela fuese peculiar de Granada; pues habia notado, no sin satisfaccion y complacencia, que tales argumentos

encontraban favorable acogida en todos los paises, y eran como de buen agüero; habiendo proporcionado no escasa gloria á los que los habian manejado con mas ó menos acierto; empezando á contar por el *Gonzalo de Córdoba* de Florian, continuando por el *último Abencerrage* de Chateaubriand, y concluyendo por las obras de Washington Irving.

Nacido yo en Granada, y teniendo allí tantos recuerdos de mi infancia y de mi adolescencia, se me ofrecia un nuevo estímulo para recorrer aquellos sitios apacibles y registrar curiosos monumentos; no fiándome de lo que acerca de ellos refiriesen antiguos escritores, y procurando comprobar con mis propios ojos si estaban ó no conformes con la verdad sus asertos.

De donde habia de provenir, por poco esmero que en ello pusiese, que las descripciones no fuesen vagas y pintadas de fantasía, como lo suelen ser las que se hacen de paises que no se han visto; sino calcadas, por decirlo asi, en el propio terreno y sobre los objetos mismos.

Quiso tambien la suerte, pues debo confesar que lo reputé como buen hallazgo, que dí entre otros con el argumento de esta novela; el cual me pareció que reunia todas las condiciones apetecibles.

En este cuadro cabia bosquejar los principales monumentos, que han dejado en Granada los árabes, como testimonios vivos de su grandeza; cabia presentar á la vista algunas escenas de la vida doméstica de aquel pueblo, mas conocido en los campos de batalla que no en el recinto de sus ciudades ó en el retiro de su hogar; cabia por último indicar, en cuanto lo consintiesen la ocasion y el espacio, lo mucho que debe la Europa, en punto á civilizacion y cultura, á un pueblo celebrado meramente como emprendedor y belicoso, si es que no llega la ingratitud hasta el extremo de apellidarle bárbaro.

Y si aun no satisfecho, deseaba animar mas el cuadro con objetos que despertasen la atencion por su magnitud y realce, el mismo fondo se brindaba á presentar en él

las disensiones civiles, que prepararon la ruina de aquel reino; así como la lucha (no menos larga y porfiada que la guerra de Troya) que derribó por tierra una dominacion de ocho siglos, y abrió en Granada los cimientos de la gloria y grandeza de España.

Tal es el vastísimo campo que ofrece este argumento; aunque tal vez en manifestarlo con tanta ingenuidad y lisura, me deje llevar sobradamente de la aficion que le he cobrado, sin reparar que quizá redunde en mengua y descrédito propio. Sea de esto lo que fuere, no se reputará como ocioso el manifestar el fin que en esta obra me he propuesto, dejando al público el decidir hasta que punto lo haya ó no conseguido. Debo solamente añadir que la primera parte de esta novela (que al cabo sale á luz, despues de haber dormido algunos años entre mis borradores) comprende solo hasta el momento en que el rey de Granada se desposó con doña Isabel de Solís; porque este punto ofrece como un descanso, en que

poder hacer alto y tomar aliento; pero si Dios me concede salud y sosiego, proseguiré á ratos perdidos mi obra hasta llevarla á debido término: que será naturalmente despues de la toma de Granada, al referir los últimos acontecimientos concernientes á aquella mujer singular.

Respecto de las notas, temí que su balumba hiciese que mi obra pareciera lenta y pesada; por cuya razon las reuní todas al final, como en un lugar de destierro; para que de esta suerte, acudan á ellas los que sientan el incentivo de la curiosidad y sean aficionados á recoger abundante mies de datos y noticias; al paso que no tropiecen con semejante estorbo los que sigan el curso de la novela por mera distraccion y pasatiempo: asi como los que viajan en Suiza por sacudir el ocio y el fastidio, se contentan con admirar de corrida tantas y tan varias perspectivas, montes, cascadas, lagos; en tanto que el curioso naturalista se detiene á cada momento, para contemplar una por una las maravillas que le ofrecen los Alpes,

L. Muriel lo pintó en Granada.   A. Giraldos lo grabó

PATIO DE LOS ARRAYANES

DOÑA ISABEL DE SOLÍS,

Reina de Granada.

Parte Primera.

CAPITULO PRIMERO.

Aprestos de boda en el castillo.

«Si al bueno de nuestro amo no se le trastrueca el juicio con esta boda (decia entre dientes un antiguo escudero del Comendador Sancho Jimenez de Solís), se lo debe á los ruegos de su bendita esposa, ¡que santa gloria haya!)"— «¿Qué rezas ahi, linda maula? le gritó desde un rincon una dueña, con sesenta miércoles de ceniza bajo las reverendas tocas: en tratándose de trabajar, parece que te punzan espinas; á tí no

te aplace mas que trotar en la yegua morcilla, para llevar en pies agenos una carta á Jaen, ó tener en la mano un halcon cuando va el amo á caza; pero en llegando el caso de aplicar el hombro al trabajo, se te conoce la mala madera."—«Peor es la de esta viga, (repuso con enojo el escudero, arrojando al suelo el martillo que estaba manejando); mas apolillada está que conciencia de dueña; y el que clave en ella un clavo, que me lo clave á mí en la frente..... Pues no digo este paño de tapiz; los dedos se me cuelan por él, como si fuese una tela de araña: ya he aportillado la cara á dos judíos de la pasion, y acabo de taladrar un ojo á este rey mago."... Abalanzóse la dueña como una furia, viendo tan malparado no menos que al rey Baltasar, el de la barba cana; que si hubiera sido el rey Negro, quizá no le doliera tanto; y descargando sobre el escudero una nube de piedra con voz de caldera cascada, y replicando él en tono acedo y socarron, en un tris estuvo que viniesen de las palabras á las manos, ó por mejor decir, á las uñas; porque es fama

que la tal Mari-Perez no sabia reñir con otras armas.

Acudió por buena dicha una turba de pajes y de criados, en que estaba hirviendo el castillo; creció la gritería y chilladiza con los que venian, con los que tornaban, y sobre todo con los que se desgañitaban para imponer silencio á los demas; y rodando el eco de un salon en otro, y abultando la fama una rencilla de tan leve monta, cual suele hacerlo con hechos de mayor cuantía, llegó el rumor confuso á los oidos del Comendador, que lejos de temer en su misma casa un principio de guerra civil, estaba leyendo sosegadamente, al amor de la lumbre, el *doctrinal de privados* del célebre marqués de Santillana.

Contadas eran las noches en que aquel buen caballero no se regalaba unos instantes con tan grata lectura: porque como su sano juicio y claro entendimiento le alejaban de los libros de caballería, muy estimados en aquellos tiempos, y como por su edad y carácter no hallaba sabroso pasto en las obras de los poetas, reducidas por lo comun

á conceptos amorosos, sutilezas y juegos de ingenio, preferia para solazar el ánimo en las largas noches de invierno el *laberinto* de Juan de Mena, las sentidas composiciones de Jorge Manrique, y las obras del marqués de Santillana, en que hallaba á la par recreo y caudal de doctrina.

Mediaba tambien un motivo especial, para que nuestro Comendador gustase mucho del *doctrinal de privados*; y es que cansado en breve de la confusion de la corte, y habiendo salido de ella malcontento (cuando arreció mas la tormenta en el reinado de Henrique IV) saboreaba con deleite todo lo que le confirmaba en su buen propósito, presentando á sus ojos el espejo del desengaño. Fue de los pocos nobles de cuenta que no se avilantaron en aquellos aciagos tiempos, cobrando alas con la flaqueza del Monarca; y como antevió prudentemente, para el punto mismo en que vacase el trono, nuevas alteraciones y revueltas, se retiró con tiempo á la villa de Martos, solar de sus mayores.

Allí vivia á placer, obedecido de

sus vasallos, no como señor sino como padre, amado de sus deudos y amigos, y acatado por la gente comun, cuando le columbró en aquel retiro la vista perspicaz de la reina Doña Isabel, que apenas hubo empuñado el cetro por muerte de su hermano, cuando dió claras muestras de lo que habia de ser un dia. Y cierto que menester era mas que un ánimo varonil, para no arredrarse por tantos obstáculos ni amilanarse con tamaños peligros: enflaquecido el reino, desmandada la nobleza, esquilmados los pueblos, puestos en la punta de las espadas los títulos al trono, amenazando á la par disturbios domésticos y guerras extrañas, enemistada la Francia por la parte del norte, en acecho los moros por la del mediodia, y amagando Portugal el corazon mismo de Castilla, apenas bastaban la fortaleza y la prudencia mas extremadas para afirmar con una mano el solio y contener con otra tal avenida de enemigos [1].

Tanto pudo sin embargo aquella esclarecida Princesa: y no fué la menor de sus dotes el pulso y tino en la eleccion de personas á quienes encomendar

el mando, cerrando los oidos al importuno ruego, amurallando el palacio contra la lisonja, y yendo en busca del merecimiento dó quiera que se hallase. Asi no es maravilla que, apenas llegó á su noticia el concepto en que era tenido en su patria el Comendador Solís, no menos insigne por su noble cuna que aventajado por sus buenas partes, le nombrase por Alcaide de la villa de Martos, encomendando á su lealtad y bizarría la defensa de aquella frontera.

En mucha estima tuvo el Comendador tan señalada muestra de confianza; y ansioso de corresponder á ella á ley de caballero, no escusó afan ni diligencia, robando meramente á sus ocupaciones y tareas las horas del preciso descanso, y tal cual dia de vagar, que destinaba al ejercicio de la caza, á que era muy aficionado, tal vez porque le retrataba en el seno de la paz la viva imágen de la guerra.

Para que fuese mas cumplida la dicha de tan buen caballero, le habia deparado el cielo, no una hija sino un ángel, si es que criatura humana puede merecer en la tierra tan soberano nom-

bre; y como quiera que las prendas y hermosura de Doña Isabel cautivaban á cuantos la veian, habiendo estendido su fama por toda la comarca, ya se deja concebir lo que debia aparecer á los ojos de un padre, que no tenia en el mundo mas amores que su hija, y que veia en ella el fiel traslado de su desventurada madre. Habia fallecido esta señora en sus mejores años, de un linaje de muerte lastimoso, al dar á luz á la prenda de sus entrañas; y hasta este tristísimo recuerdo acrecentaba la ternura del Comendador para con su hija, como si se la hubiese concedido Dios, en su infinita misericordia, para consolarle de tamaña pérdida.

No debe pues parecer extraño, y menos para el que sienta latir en su pecho el corazon de padre, que tocando ya el Comendador con la mano el término de sus esperanzas, por estar tan próximas las bodas de su amada Isabel, anduviese aquellos dias como fuera de sí, dando márgen á las descompuestas expresiones del escudero, naturalmente zaino y lenguaraz; cualidades que le habian granjeado, por espacio no menos

que de treinta años, la ojeriza de la dueña Mari-Perez, timorata de suyo y guardadora de la ley de Dios, si bien la acusaban algunos, no sé si con razon ó sin ella, de ser un tantico murmuradora, con sus filetes de chismosa y sus pespuntes de encubridora. Pues referir cómo la tal dueña avinagró las palabras del escudero, en cuanto llegó el Comendador á la sala en que ambos contendientes se hallaban, y los sapos y culebras que echó por aquella almenada boca, aunque salvando siempre su conciencia y sin intencion de lastimar al prójimo, seria nunca acabar; y fortuna que el Comendador le atajó la tarabilla, no sin harto trabajo, y que la turba de criados y de pajes, abriendo al fin los diques á la risa, represada largo espacio en el cuerpo, pusieron remate á la contienda.

Apenas se despejó la sala, íbase tambien el Comendador, cuando vió venir á Isabel con aquel donaire y gentileza que le eran propios; y recibiéndola en sus brazos el amoroso padre: «dicen que estoy loco, hija mia, y es dable que tengan razon; pero loco de conten-

to, al ver colmados todos mis deseos... Dios bendiga tu enlace; y disponga despues de este pobre viejo, segun fuere su santa voluntad." Los ojos se le arrasaron en lágrimas al pronunciar estas palabras, sin ser parte á contener los sentimientos que rebosaban en su corazon; y como viese enternecida á su hija, diole un beso en la frente con el mayor cariño, estrechó sus manos entre las suyas, y procuró distraer su ánimo mudando de conversacion. «Cuenta que mañana no me sea vuesa merced perezosa: entre dos albas hemos de salir del castillo, para llegar con tiempo á *la fuente de los enamorados*: allí dicen que debe concurrir un noble mancebo, muy apuesto y galan, que segun pública voz y fama viene á vistas con su futura esposa.... Curioso estoy por vida mia de ver cómo esta le recibe, y las palabras que se dicen ambos, mientras los miran de hito en hito damas y caballeros...." Ya estaba sonrojada Isabel, con solo oir las expresiones de su padre; y sonriyéndose este al ver la turbacion de su hija, la besó por segunda vez le echó su bendicion (como lo hacia

das las noches antes de acostarse); y se despidió de ella, volviendo atras el rostro para mirarla, asi que llegó al cabo del larguísimo corredor.

CAPITULO II.

Crianza de Isabel.

Al contemplar la alegria que habia sacado de quicio al sesudo Comendador, y las fiestas y regocijos que traian desasosegados á todos los pueblos del contorno, facilmente adivinará el menos advertido cuál deberia ser el contento de una doncella que apenas contaba quince abriles, y que se veia próxima á desposarse con un gallardo mancebo, de poca mas edad, y que si no le aventajaba en linaje y riqueza, tampoco le iba en zaga. Nunca habia visto Isabel á su futuro esposo, Don Pedro Venegas, que este era su nombre; pero habia oido ensalzar su merecimiento, no menos por su gentileza que por las buenas prendas que ya en él despuntaban, heredadas con la sangre de sus progenitores los señores de Luque, una de las fa-

milias mas ilustres del reino de Córdoba [2]. Habian concertado ambos padres aquel casamiento con la mira de enlazar dos casas tan antiguas, labrando al mismo tiempo la dicha de sus hijos; y por no retardar sin provecho ni exponer á los azares de la suerte el cumplimiento de su propósito, lo apresuraron cuanto les fue dable; en términos que habiendo de partir para Castilla el señor de Luque, acudiendo con cien lanzas al llamamiento de la reina, encargó á uno de sus parientes mas allegados que condujese á Martos á su hijo, y que hiciese las veces de padre en las cosas del casamiento.

Con tan felices auspicios se preparaba este, como si la fortuna fuese en él á servir de madrina; y sin embargo, (tan incomprensible es el corazon humano) el de la gentil doncella aun no se hallaba satisfecho, sintiendo tal vez como un dejo de melancolía, cuando veia rebosar por todas partes el júbilo, hasta rayar casi en locura. Y no porque anduviese Isabel desasosegada con otros amores, ni porque hubiese consentido en tan corta edad ningun galan-

teo; antes bien los mancebos de la comarca se quejaban de la gravedad y altivez que notaban en ella, muy ajenas de sus pocos años; y las doncellas resentidas solian decir por despique que «tan prendada estaba de sí misma, que mal pudiera enamorarse de otro.” Verdad es que asi en las quejas de los unos como en las acusaciones de las otras se percibia el eco del amor propio lastimado; pero tampoco era menos cierto que la incauta Isabel no habia logrado escudarse bastantemente contra la vanidad y el orgullo, viéndose desde su infancia misma tratada casi como un ídolo.

La naturaleza, al paso que la habia enriquecido con tan raras dotes, le habia dado un corazon mas fogoso que tierno, una imaginacion movediza, inclinada de suyo á lo extraordinario y maravilloso; y hasta una circunstancia, al parecer pequeña, y que influyó despues sobradamente en el extraño curso de su vida, desarrolló mas y mas aquella cualidad, no exenta nunca de peligro, y menos en el ánimo de una mujer: tal es su condicion.

Es pues el caso, que siendo aun muy niña Isabel (contaria cuando mucho tres años), y habiéndose criado hasta entonces tan fresca y tan lozana que daba gozo verla, empezó poco á poco á marchitarse, sin que se pudiera atinar con la causa; pero dando claro á entender, en el decaimiento de sus fuerzas y en lo apagado de sus ojos, que alguna oculta dolencia iba carcomiendo su vida. Escusado es decir el dolor del padre, la confusion de la casa, la multitud de remedios, los votos y oraciones: el doctor mas famoso de Martos, que no era ningun Avicena, sustentaba á costa de sus pulmones que conocia la enfermedad de la niña, como si fuese su cuerpo de vidrio trasparente; y apostaba el ferreruelo (verdad es que estaba raido) á que la curaba en cuatro dias con la bebida que le propinaba. Escribió al efecto una larga receta, en mala letra y peor latin, con mas signos y garabatos que alfabeto egipcio, pasmando con su mucho saber á cuantos allí le rodeaban, gente lega y que no habia saludado la gramática; si bien es cierto que un pajecillo ladino (que habia llegado hasta me-

dianos con un tio suyo cura]: juraba y rejuraba en su ánima y conciencia que todo aquel fárrago se reducia á *aceite de lombrices*. Sea de esto lo que fuere, la tal medicina no surtió el anhelado efecto: sostenia sin embargo el doctor que aunque la niña se empeoraba cada vez mas con aquella pócima, eso era cabalmente lo que él apetecia, para acelerar una *crisis*; y citaba al canto un aforismo, que venia de perlas; pero como aquella gente ignorante no lo entendia, y veia morirse á toda prisa á la desventurada niña, no habia fuerzas humanas para sacarles de la cabeza que aquel angelito no adolecia de ningun achaque corporal, sino de que le habrian hecho mal de ojo á causa de su rara hermosura. Dió tambien la casualidad (que aferró mas al vulgo en aquella errada creencia) de que pocos dias antes de que Isabel enfermase, le habian descolgado del lado izquierdo una manecita de tejon, engastada en plata, que se miraba como preservativo contra toda suerte de hechizos [3]; y aun no faltó quien afirmase que habia visto con sus mismos ojos á una taimada vie-

ja, tenida en el pueblo por bruja, dar un beso á la niña y chuparle la sangre.

No daba crédito el Comendador á estas hablillas y sandeces del vulgo; pero como tenia escasa confianza en el desacertado doctor, y veia próximo el trance de perder á su hija, no cerraba del todo los oidos á cuantos remedios le proponian, por extraños que le pareciesen: índole propia del amor extremado, ser de suyo crédulo y supersticioso. Determinó al fin, desesperanzado de otro recurso, enviar con toda diligencia por una esclava mora, que tenia en su poder el conde de Cabra, á quien rogó encarecidamente le hiciese tan grande merced, de que pendia quizá la vida de su hija, ó por mejor decir, la suya propia. Contestó el conde en los términos corteses que de tan noble caballero eran de esperar; enviando al punto mismo á su cautiva, y suplicando por su parte al Comendador que, si tenia aquella mujer la buena dicha de curar á su hija, la guardase en su compañía, en memoria de tan fausto suceso y como prenda de su antigua amistad. Llegaron al mismo tiempo la carta y la cautiva; y bien

fué menester toda la diligencia de los escuderos que la acompañaban; porque si tardáran un dia mas, tal vez aconteciera un desastre. Divisar desde la torre á la esclava, subirla por la escalera casi en hombros, y conducirla el Comendador al lecho de su hija, todo fué obra de muy pocos momentos: el desventurado padre ni aun á respirar se atrevia, clavados sus ojos en los de la esclava, como si estuviese pendiente de ellos su sentencia de vida ó de muerte; y tanto habia oido encarecer las curas portentosas de aquella mujer singular, y tan facilmente se cree lo que con ansia se desea, que sintió como quitársele una losa del corazon, y se le saltaron las lágrimas, cuando oyó decir á la cautiva, despues de contemplar á Isabel unos instantes: «Niña mia de mi alma, tan hermosa como un sol, y en tan grave peligro!... Mas no importa: ya he arrancado yo otras presas de las mismas garras de la muerte; y Dios es grande y misericordioso... ¡Quién me llevara ahora de un vuelo al paraiso de la tierra, no mas que al pié de la *Sierra Nevada*, donde nacen todas las plantas que

se crian en el mundo, las fuentes de la vida, el regalo del hombre? Mañana mismo abrazaria vuesa merced á su hija, mas lozana que una flor cuando sacude el polvo con el rocío.... pero no perdamos el tiempo en pláticas vanas: haced, señor, que me acompañen á los montes vecinos algunos sirvientes, con dos ó tres basta; mas cuenta que sean sueltos de pies, para encaramarse por los riscos, y que me obedezcan en cuanto les mandare." Hízose asi en el momento mismo: partió la cautiva, llevándose consigo el corazon del desasosegado padre; y volvió de allí á pocas horas, cargada de raices y de yerbas, que habia cogido ella misma con sus propias manos, por no fiarse de las agenas, diciendo á cada planta que arrancaba, dando un hondo suspiro: «*mas hermosas son las de Granada*!"

A maravilla se tuvo, y largo tiempo despues no se habló de otra cosa en toda la comarca: aun no habian trascurrido tres dias, cuando empezó á revivir la hermosa Isabel, como una luz que se va apagando por falta de alimento y que de pronto lo recobra: no sabia el

tierno padre de qué suerte mostrar su agradecimiento á aquella mujer bienhechora; y como el vulgo suele adolecer de suspicaz y maldecidor, no dejó de susurrarse por el pueblo que aquella cura era obra del diablo, y que mas valia perder una hija que deberla á manos infieles.

Durante la convalecencia, cobró tanto apego Isabel á la solícita esclava, ora porque le indicase una especie de instinto que le era deudora de la vida, ora por sus desvelos y continuo agasajo, que no consentia despues que se apartase ni un punto de su lado; y se vió en precision el indulgente padre de aceptar el ofrecimiento del Conde. Quedó pues la vieja Arlaja, no como cautiva en casa del Comendador, sino mas bien como ama y señora, cuidando de Isabel, siempre en su compañía, y granjeando poco á poco un predominio absoluto en su voluntad: cosa harto pesada para los demas de la familia, que no podian ver sin desabrimiento y envidia la preferencia dada á una perra, (que asi la llamaban en sus secretos coloquios) y que pronosticaban mil desdichas en lo por-

venir, si se criaba á tan mal arrimo aquella tierna planta.

Las ocupaciones del Comendador y su excesiva condescendencia para con su hija habian dado en efecto sobradas alas á la cautiva; la cual, olvidando en breve su condicion, abusaba en demasía de su valimiento, hasta el punto de dejar traslucir alguna vez su enemiga contra los cristianos, que le habian robado libertad, familia, patria; pero conociendo, como astuta y sagaz, que toda su fortuna estribaba en mantener aprisionado el ánimo de Isabel, la halagaba por todos medios, satisfaciendo hasta sus mas leves antojos, y haciéndola desvanecer con elojios desmesurados. Amábala realmente con ternura, cual si fuese su madre; nombre que en mas de una ocasion solia apropiarse, como que le habia dado segunda vez la vida; y siendo no menos extremada en su cariño que en su odio, y revolviendo confusamente en su ánimo el afecto á Isabel, el encono contra los cristianos, y la memoria de su perdida felicidad, apenas dejaba pasar un solo dia sin que desfogase de una manera ú otra estos

sentimientos, causando gravísimo daño en el corazon de la incauta doncella, que lejos de bendecir al cielo por los singulares favores que le habia dispensado, empezó á sentir casi desde su infancia el mas duro torcedor de la vida: no contentarse con la propia suerte.

«Buena dicha te ha cabido, para que tanto la encarezcan (solia decirle la esclava, cuando se hallaba con ella á solas): nacer en esta áspera tierra, como la perla encerrada en una ruda concha: crecerás en años y en hermosura, digna por tantas prendas no menos que de un trono; y verás consumirse tus dias en algun desmoronado castillo, al lado de un esposo que no sepa apreciar el tesoro que le deparó su ventura. A la rosa que nace entre zarzales vas á ser parecida; que las espinas la ahogan, hasta que la marchita el sol ó la deshoja el viento. Y aunque el soplo de la fortuna te llevare acaso á la misma corte de Castilla, no sabré yo decir si aventajaras mucho; que segun cuentan los que de allá vienen, corte mas mezquina y anublada no se hallará facilmente, aunque se recorran las tres partes del mundo.

La Reina regatea los maravedís, como si fuesen cuentos; cose ella misma sus vestidos, cual pudiera una humilde aldeana; y trocando su palacio en convénto, destierra de él los amores, las fiestas y los galanteos, y ofrece por esparcimiento á sus damas que aprendan como ella latin...[4] ¡Cuán distinta fuera tu suerte, hija de mis entrañas, si hubieras nacido en la tierra que me dió el ser, en Granada *la cándida y clara*, que ciudad mas hermosa y alegre no la alumbra el sol! Vieras allí abrazarse los rios para ceñir sus muros, brotar flores las piedras, y arrastrar las cristalinas aguas granos de oro purísimo.... A un mismo tiempo admiraras, y en breve recinto, cuantas producciones se crian en la redondez de la tierra: aqui los frutos en flor, allí los mas tempranos, acullá los tardíos; nieve eterna en la cumbre, y la palma meciéndose en la falda misma de la sierra...[5]. Los montes que circundan su espaciosa vega se asemejan á los muros que cercan un vergel; y en medio descuella la ciudad, con sus mil y trescientas torres [6], cercada de jardines, como de una corona

de esmeraldas.... Allí se desliza la vida, á manera de un sueño delicioso: la tierra, el cielo, hasta el aire mismo parece que convidan á amar; y en cuanto saluda una doncella la primavera de sus años, ya ve su cifra y sus colores servir de estímulo á los valientes y de galardon al mas afortunado."

Embebecida la escuchaba Isabel, cual suele un niño escuchar los encantamientos que le refiere su nodriza: mas de una vez soñó con el palacio de la Alhambra, creyéndose trasladada á aquella region venturosa; y cuando despertaba por la mañana y se veia como emparedada en los muros de Martos, casi le dolia en el alma que se hubiese disipado tan breve la ilusion halagüeña. Cabalmente, al aproximarse las concertadas bodas, bien porque temiese la esclava que menguase su valimiento con Isabel, compartiendo esta su cariño, bien porque la amaba con tal extremo, que la creia digna de mas próspera suerte (como se lo habia predicho muchas veces, por ser la mora muy dada á los *folgares* ó pronósticos, cual suelen serlo los de su nacion) [7], lo cierto es que

no parece, sino que redoblaba sus esfuerzos para acibarar los gustos de aquel casamiento, á medida que le veia mas cercano. La noche misma que precedió á las vistas, y cuando ya Isabel retirada en su alcoba dejaba devanear su imaginacion con el triunfo que le aguardaba en el próximo dia, no cesó la cautiva de proferir tristísimas palabras; en términos que al cabo apesaróse la doncella, y hasta le rogó blandamente que no mas la angustiase. Apenas si en toda la noche pudo dormir breves momentos; fortuna que no tardó mucho en clarear el alba; y que el ruido de las pisadas, el crujir de las puertas y los relinchos de los caballos anunciaron que era llegada la hora de la partida.

CAPITULO III.

La fuente de los enamorados.

De memoria de hombre nacido no se habia visto en aquella comarca una cabalgada mas magnífica que la que salió del castillo, encaminándose á *la fuente de los enamorados*, donde habian de

verificarse las anheladas vistas. La comitiva no menos numerosa que lucida; los pajes vestidos de nuevo, con plumas y penachos de diversos colores; los deudos del Comendador, sus vasallos y colonos, escuderos y criados, cabalgando en caballos briosos, nacidos á las márgenes del Guadalquivir; las damas en sendas hacanéas, ricamente enjaezadas, con gualdrapas de terciopelo carmesí, galoneadas de oro [8]; y en medio de todas la gentil Isabel, mas hermosa que la misma aurora, que doraba apenas los cielos. Corria de una parte á otra el solícito padre, refrenando la impaciencia de los mas presurosos, aguijando con donosas palabras á los que se quedaban zagueros, y recibiendo al paso bendiciones y enhorabuenas. Las acogia el Comendador con apacible sonrisa, en que estaba retratada la alegría de su alma; y cuando lo veia todo en buen concierto, volaba otra vez al lado de su hija, como para recibir la recompensa de tantos desvelos. Contestaba Isabel con blandas muestras de agradecimiento, y aun se esforzaba por parecer alegre; pero sin saber ella misma la causa, sentia

en lo íntimo de su corazon menos contentamiento que debiera; y hasta el mismo anhelo con que procuraba ostentarse á vista de todos complaciente y risueña, descubria mas á las claras cierto viso de melancolía. Los tristes ensueños que la habian atormentado la noche anterior, la zozobra natural al ir á ver por primera vez al que iba á unirse con ella no menos que por toda la vida, y hasta el ambiente fresco de la mañana habian marchitado algun tanto el color de su rostro, que nunca era muy subido; como si hubiera querido la naturaleza hacer mayor alarde de la rara perfeccion de sus facciones. Su cabello, mas negro que el ébano, hacia resaltar su tez de alabastro; y sus largas pestañas, que servian como de sombra á sus hermosísimos ojos, acrecentaban mas y mas su hechizo, dando á la doncella un aspecto no menos tierno que apacible. Todos los mancebos nobles de la comitiva gallardeaban con los caballos al rededor de ella, ansiosos de recoger una sola de sus miradas; hasta los rústicos aldeanos se embelesaban contemplándola, y le tributaban al paso mil senci-

llos requiebros; en tanto que las damas y doncellas de la comitiva, si bien de pocos años y de mucho merecimiento, tenian que contentarse con el importuno agasajo de pajes y escuderos.

Descubrióse al fin el deleitoso lugar en que nace la fuente, al pié mismo de un suave recuesto, que termina en una pradera. En ella estaban tendidos los manteles, como copos de nieve entre verdura, sirviendo de alfombra la grama y colocados de trecho en trecho los sabrosos manjares. El lugar mas ameno estaba reservado para los novios y la gente granada; á breve distancia habian de colocarse damas y caballeros, no sin envidia de los pajecillos, que sentian viva comezon de acercarse á las lindas doncellas: debian seguirse luego las dueñas y escuderos, siempre mal avenidos entre sí, á lo menos de dia; que al decir de malas lenguas, solian hacer las paces por la noche; y allá á lo lejos, formando media luna, se descubrian abundantes viandas y cántaras rebosando de vino, para embotar el hambre y apagar la sed de la gente menuda, labradores, palafreneros y criados.

Apenas llegó la comitiva á tan ameno sitio, apeáronse todos de las cabalgaduras; desparcióse la gente por la pradera, á manera de un espeso enjambre; y comenzaron á dar todos tales muestras de regocijo, que no parecia sino que cada cual iba á ser aquel dia el desposado. Solo notaron algunos, y eso por acaso, que se habia alejado del bullicio la esclava, como pesarosa de la comun alegría; y que al volver á donde los demas se hallaban, traia encendidos los ojos, cual si hubiese llorado. «Mal agüero (dijo á un vecino suyo un labriego entrado ya en años, que tenia fama en aquella tierra de anunciar el buen tiempo y la lluvia): que no vea yo la cara de Dios, ni la que está en Jaen, sino sobreviene alguna desdicha, andando de por medio esa perra. Verdinegra tiene hoy la cara, como los quejigos de aquellos montes; y cuando está tan cejijunta y callada, no está rumiando nada bueno." — «Peor fuera (repuso el otro, acompañando cada palabra con un ronquido, segun uso inmemorial de la tierra) si viésemos á aquella bruja regocijada; que las cornejas graznan y

aletean cuando huelen de lejos un cadáver."—«Será lo que Dios quiera; pero á mí no se me pega la camisa al cuerpo, al ver que las tales bodas se van á celebrar en el castillo: sus razones tendrá para ello el buen Comendador, que su merced es muy entendido, y yo tengo las letras mas gordas que mi compadre el beneficiado; pero lo que de mí te sabré decir (y desde que era tamañico oí lo mismo á mi padre) es que en aquel nido de lechuzas no ha sucedido nunca nada bueno. Basta que esté tan cerca del *pico de la desventura*, de donde despeñaron á aquellos honrados caballeros en tiempo del *rey emplazado*" [9].

Hallábase en efecto situado el castillo no lejos de la *Peña de Martos*, que parecia dominarle, descubriéndose su cima desde las almenas; y como, á pesar de los muchos años trascurridos desde la injusta muerte de los hermanos Carvajales, duraba aun su memoria entre aquellas gentes, trasmitiéndose como herencia de padres á hijos, miraban aquel sitio fatal y sus contornos como tierra maldecida del cielo. Desdichada

condicion la de los príncipes: se borran con el tiempo hasta las manchas que empañan el sol; y no se borran las gotas de sangre inocente, si salpican una vez la corona.

CAPITULO IV.

Vistas de los futuros esposos.

Cuando mas desapercibidos estaban todos, cantando unos, platicando otros, y los mozos mas robustos haciendo alarde de agilidad y fuerzas, se divisó á lo lejos una nube de polvo, y por todas partes no se oyó sino un solo grito: *ya llegan!* Inmutóse Isabel, como era natural; y sintióse tan conmovida que no acertaba á dar un paso, no obstante que su padre la llevaba amorosamente de la mano, para salir al encuentro del esposo y de su comitiva. Venian delante algunos corredores, con grita y algazara; contestaban las gentes del Comendador con no menores muestras de alborozo; y los ecos de las montañas no repetian sino vivas y aclamaciones. En esto vieron venir á escape un gallardo mance-

bo, dejando atras á cuantos le seguian; y tanta era su impaciencia por llegar, y tal la confianza en su destreza, que por escusar un leve rodeo, picó los acicates al corcel, y saltó una profunda zanja, no sin arrancar un grito de algunas tímidas doncellas, y sin merecer los aplausos de la gozosa turba. Llegó en fin el mozo Venegas á donde se hallaban el Comendador y su hija; echó pie á tierra con desembarazo y gallardía; pero al hacer mesura á la hermosa Isabel, y apenas puso en ella los ojos, se sintió tan turbado que á duras penas pudo proferir pocas y mal concertadas palabras. Sonrojóse el mancebo, tan encendido el rostro como el bonete de grana que traia en la cabeza; y no estaba por su parte Isabel menos sobrecogida, pues apenas una que otra vez se atrevió á mirarle como á hurtadillas; hasta que al cabo el Comendador y el tio del Venegas, que ya habia llegado, procuraron darles aliento, trabando de propósito variada y sazonada conversacion, asentados á orillas de la fuente. Habíanse conocido ambos caballeros en su mocedad, rompiendo al mismo tiem-

po las primeras lanzas; pero no se habian vuelto á ver desde la sangrienta batalla, empeñada con mas aliento que fortuna en la Vega de Granada [10]. Viva fué la alegría que uno y otro sintieron, al recordar los sucesos de sus verdes años: hiciéronse mutuamente redobladas demandas, preguntando el Comendador con especial ahinco por la salud del conde de Cabra, su antiguo amigo, y por la del Alcaide de los Donceles, que á la sazon se hallaba en Lucena. Holgábanse en sus adentros los futuros esposos de que los dos ancianos prosiguiesen su plática, para tener ellos motivo de guardar silencio; y solo una ó dos veces soltó el mozo Venegas algunas expresiones sobre la amenidad del sitio y el temple apacible del aire, no acertando á hablar de otra cosa, y contestándole la doncella con igual timidez y encogimiento.

Don Alonso de Córdoba (asi se llamaba el pariente del novio) [11] conservaba en su avanzada edad el carácter franco y jovial que habia mostrado cuando mozo; y como reparase que algunos escuderos y pajes andaban golo-

seando por las mesas, deseando que se diese la señal de arremetida, y que los sueltos caballos repastaban la verde yerba, no quiso aguardar por mas tiempo, y dijo al Comendador con simulada gravedad y compostura: «no extrañe vuesa merced que con el peso de los años no me embelese el contemplar á estos tiernos esposos, que se alimentan con miradas; y que me tiente el mal ejemplo de aquellos brutos, que se estan regalando como cuerpo de rey en estos sabrosísimos pastos. *Quien no yanta no pelea*, solia decir por donaire nuestra gente de guerra, aunque pronta siempre á arrojarse como leones sobre el enemigo; y yo digo para mí, sin que se entienda que hablo con vuesa merced, que quien no yanta no camina; ó por mejor decir, que al que ha andado ya algunas leguas y tiene que andar otras, no le asienta bien el ayuno."—Sonriyóse el Comendador, dió al punto la órden competente, colocóse cada cual en su respectivo puesto; y comenzaron todos á embaular con tan buen apetito (excepto meramente los novios y la esclava) que apenas daban

tregua los bocados para los repetidos brindis. En un abrir y cerrar de ojos no parecia la pradera sino real de enemigos entrado á saco: veíanse por todas partes vestigios del destrozo, como en un campo de batalla; hasta que dando el adalid la señal de recoger, empezó la gente á ponerse en buen órden, al menos en cuanto lo consentia el calor de la refriega y el puro de Montilla. Una vez llegada la hora de dar vuelta al castillo, era cosa de ver como cada cual hacia gala de cortesía con los recien venidos, dándoles el lugar mas aventajado, y hasta cediendo la propia cabalgadura, si alguna de los huéspedes daba señales de cansancio. Colocóse el Venegas al lado izquierdo de Isabel, habiéndole tenido antes la brida hasta que montó en su hacanéa, y refrenando despues el paso, por no sacarle ventaja: solo tal cual vez, si habia que cruzar algun arroyo ó si ofrecia la senda asomo de peligro, pasaba él delantero, tornaba luego atras, y no respiraba siquiera hasta dejar á su amor en salvo. Ora al lado de los novios, cuando el camino lo consentia, y ora á corta distancia,

venian el Comendador y Don Alonso, sin que ninguno de la comitiva se les aproximase, por darles esta muestra mas de veneracion; y tan embebidos iban en su coloquio, que no echaron de ver si era largo ó corto el camino; hasta que al avistar el castillo, preguntó Don Alonso si era allí donde endereza- ban sus pasos. Contestóle el Comendador que sí, tomando de ello ocasion para manifestar á su amigo cómo habia preferido aquel lugar apartado, para que en él se celebrasen las bodas; porque se hiciese todo á placer, sin tanto bullicio y barahunda, reservando el entrar en la villa, con el acompañamiento y boato que el caso requeria, para despues de verificados los desposorios. Dejó al mismo tiempo traslucir, con su acostumbrada cortesía, que tambien de esta suerte lograba hospedar algunas horas antes bajo el techo de sus abuelos no menos que á un nuevo hijo y á un antiguo compañero de armas. Lo único que guardó para sí el Comendador, sin dar de ello parte á su amigo, fué que no le pesaba viesen los Venegas con sus propios ojos cuán hondas eran

las raices que habia echado su familia en aquella tierra; pues que el castillo en que iba á hospedarlos habia sido labrado por su bisabuelo Don Alvaro Solís sobre las ruinas de un torreon, ganado á escala vista por uno de sus ascendientes, en tiempo de la conquista por el Santo Rey. Mas aun cuando el Comendador no lo dijese, bien se echaba de ver á tiro de ballesta la antigüedad del castillo, á pesar de que habian renovado en aquellos dias algunas de las chapas de hierro de que estaban revestidas las puertas, cubriendo con colgaduras y ramaje los desconchados de los muros; pero acontecia al malaventurado castillo lo que á muchas mujeres entradas ya en años, que mientras mas aliños y afeites emplean, mas descubren las injurias del tiempo.

CAPITULO V.

Fiestas en celebridad de las bodas.

Los dos dias que mediaron entre el de la llegada al castillo y el de los desposorios, bien puede decirse que no

fueron sino una continua fiesta: venia á bandadas la gente de los alrededores, con la curiosidad de ver á los novios y el cebo de los regocijos: no se desocupaban las mesas, pobladas siempre de gente de refresco, que acudia al husmillo de las viandas y al sonsonete de los vasos; llegando la concurrencia y el consumo á tan descompasado término, que se le hizo cargo de conciencia al despensero, y acudió en toda forma no menos que al mismísimo Comendador: «Si no se pone coto á este derroche, no queda cordero que bale ni pollo que píe, en veinte leguas á la redonda: el arca de Noé les viniera escasa, si les dieran un asador á mano y vinillo algo que para no atragantarse. En un dia han engullido mas provisiones que en un año un ejército; y como empiezan á escasear las acopiadas en el castillo (que eran sobradas para abastecer todo el reino), estos taimados campesinos se dejan ya pedir por cada cosa un ojo de la cara: por un par de perdices un real; por un cabrito dos reales; por un conejo doce maravedís; por una gallina veinticinco; por un par de huevos tres

blancas"... A cada cosa que mentaba, iba tocando uno de sus dedos; y como ya hubiese pasado reseña á los de la mano derecha, y notase el Comendador que no era manco, le atajó la relacion á medio camino. Amohinóse el despensero, creyendo mal recompensado su celo en favor de su amo, á pesar de que este le despidió con blandas razones; y desde aquel punto y hora se calentó tambien, como suele decirse, al ver arder la casa del vecino, mandando cortar tantas cabezas de reses y de aves (amen de las que puso de mas en la cuenta, por ser de antiguo muy desmemoriado) que hasta el mismo Herodes tuviera lástima de tal degollacion de inocentes.

Las fiestas, con que se solemnizaron las bodas, fueron cual podian esperarse de aquellos rudos tiempos y de gente mas avezada al áspero ejercicio de la guerra y á la labranza de los campos que no á entretenimientos cortesanos. La primera tarde lidiaron los mozos un novillo cerril, dentro del mismo patio del castillo; alanceando no sin destreza al fogoso animal, que por su

parte hizo besar el suelo á mas de un rústico envalentonado, sin respetar tampoco á pajes y escuderos. Grande era la risa y algazara que se movia á cada lance; y sobre todo una vez, que acosado el novillo y buscando la querencia del campo, saltó una especie de palenque formado de mal unidas tablas, y la gente desatentada se arrojó al coso de cabeza; desgarrándose los gregüescos por mala parte (salvo sea el lugar) al escudero deslenguado, de que se ha hecho mencion en esta historia.

Tambien causó no poco entretenimiento á aquellas sencillas gentes el ver tirar al gallo, vendados los ojos y con una espada en la mano, advirtiendo la burla y vocería al que se descarriaba del camino derecho y daba la estocada en el aire. Hasta se renovó en el castillo una diversion ya desusada; pero que siglos atrás habia dado mucho contentamiento aun en la corte misma [12]. Presentáronse en la palestra dos robustos ciegos, decidores y de humor festivo, armados de sendos garrotes, y dispuestos á contender por el ofrecido premio. Consistia este en cierto animal,

mas sabroso que limpio, cuyo nombre no pudiera yo proferir sin pedir perdon á mis lectores; y como cada uno de los ciegos sentia los pasos y escuchaba el gruñido de la azorada víctima, corria hácia ella y descargaba el golpe, si no sobre el testuz del animal, sobre la testa del adversario. Descalabrado el uno y derrengado el otro, quiso el Comendador poner fin á la descomunal contienda, repitiendo el sabido fallo de Salomon; pero como ambos ciegos eran mas interesados que judíos, y ninguno de ellos queria ceder de su derecho mientras le quedase un soplo de vida, no convinieron en treguas, en conciertos ni paces, sino á condicion de que habia de darse á cada cual un premio igual al ofrecido, sin rebajar un solo arrelde.

A mas de estos entretenimientos, con que se holgó á pedir de boca la gente menuda, no habia olvidado el Comendador festejar á sus huéspedes por cuantos medios estaban á su alcance: y sabiendo que á la sazon se hallaban en Jaen unos juglares de nombradía, les habia hecho venir no sin harto dispen-

dio, para que mientras los novios y la gente de pró estaban á la mesa, los divirtiesen ellos con sus decires y cantares. Tan antigua era en Castilla esta costumbre, que se encuentra vestigio de ella en las bodas de las hijas del Cid; y no queriendo el Comendador que fuesen menos celebradas las de su Isabel, no dejó escapar de las manos tan buena coyuntura. Las relaciones que recitaban los juglares eran por lo comun desaliñadas y toscas, aunque no escasas de gracejo y de chistes, que hacian retozar la risa, pellizcando á veces el pudor; por lo cual fué menester encomendar á los recien venidos que se fuesen con tiento. Afortunadamente no hacia muchos dias que habian andado á vueltas con la justicia (ó para hablar con mas propiedad, con los ministros de justicia) por haber representado unos *juegos de escarnio* con sobrada desenvoltura; y habiéndose dejado en la cárcel, como en calidad de rehenes, á una juglaresa suelta de lengua y de manos que los acompañaba, traian en su lugar un muchacho sin pelo de barba, muy listo y avispado; como que

habia hecho no menos que de ángel en el paso de la *Anunciacion de los pastores*, en la iglesia mayor de Jaen, la última Noche Buena [13].

Trasformóse el rapaz, llegado que hubo al castillo, en una especie de Cupido, aunque un poco huesudo y zanquilargo: acomodáronle á los ojos una venda, y prendiéronle de los hombros dos alas, formadas con plumas de pabo real y salpicadas de estrellas de talco; presentándose en esta guisa la segunda noche, para que dijese una relacion en alabanza de los novios. Hízolo así el mozuelo, no sin sobradas puntas de malicia, cuando anunció á la hermosa Isabel abundante fruto de bendicion; y apenas hubo terminado, comenzó el juglar mas anciano á cantar á voz en cuello un antiguo romance, alusivo á la conquista del reino de Jaen; embutiendo el nombre de un *Solís*, siempre que topaba con algun capitan esforzado, sin reparar si encojaba un verso ó si estropeaba la rima. Resonaron al final repetidos aplausos, menos del Comendador que se abstuvo de ello por modestia; pero encargó al paño á un

escudero de confianza que diese á aquel buen hombre tres ducados mas de adealas. Bien quisiera tambien tener en el castillo quien compusiese algunos versos, para alegrar el fin del banquete; pero despues de la avenida de poetas que habia inundado el reino en tiempo de Don Juan el Segundo [14], se habian ido poco á poco retirando las aguas, hasta dejar el terreno en seco; cual si la naturaleza siguiese en todas cosas cierto órden y economía, sucediendo años estériles á los de sobrada abundancia. El Don Alonso, señor de Zuheros, mas aficionado al reino de Córdoba que al de Jaen (de antiguo repuntados y rivales, como buenos vecinos), no quiso perder la ocasion de dejar airosa á su patria; y rogó á un hidalgo mancebo que le acompañaba, dijese siquiera un par de coplas en loor de los novios. Hízose de rogar el aprendiz de poeta, como si no viniese apercibido para ello; miró al techo y se mordió las uñas, á fuer de hombre apremiado para ensartar de cuatro en cuatro los consonantes; y despues de pedir escusa en favor de los versos, que acababa de compo-

ner de repente (repentina muerte me dé Dios, si decia verdad el Apolo de Bujalance) se puso en pié, tosió, y dió á luz este engendro:

El mes de las flores la rosa temprana,
Cuajada de aljófar al alba riente,
Nasciendo á la márgen de límpida fuente
E reina del prado mostrándose ufána,
Non es tan fermosa, tan fresca é lozana
Cual tú, flor d'España, preclara doncella;
Nin brilla en el cielo la fúlgida estrella,
Cual brilla en la tierra tu faz soberana.

La salva de palmadas apenas dejó oir el remate del postrer verso; y despues de saludar á todos cortesmente, en ademan de dar gracias por tamaña indulgencia, enderezó el poeta la puntería al mozo Venegas, y le disparó á quema-ropa la copla siguiente:

En paz fortunado, famoso en la lid,
Garzon de ventura te aclame Castilla;
E píses del Dauro la fértil orilla,
De hueste aguerrida triunfante adalid:
Nin fuerzas abasten nin vala el ardid,
Helada de espanto la gente agarena,
Al ver que renasce mas linda Jimena,
E ciñe con lauro la frente del Cid.

Pues decir los aplausos que recibió el trovador, apenas hubo concluido, y los repulgos y melindres que hizo, como si el agradecimiento y la vergüenza le embargasen la voz, seria cosa sobradamente larga, aunque asaz divertida; ni tampoco me estaria bien se dijese de mí que por ruin envidieja saco á plaza las malas mañas del oficio; siendo tan al contrario, que no hay poeta adocenado y ramplon que no halle en mí un padrino: *et hanc veniam petimusque, damusque vicissim*, como dijo el otro. (Lo dejaremos en latin, para que no lo entiendan los profanos.)

CAPITULO VI.

En el cual se prosigue la relacion de las fiestas.

Ya se habrá hecho cargo el entendido lector, sin haber menester que se le diga á las claras, que despues de cenar bien, de beber mejor, y de arrullar el sueño con música y versos (que es como si dijésemos miel con adormideras), no tardarian mucho en irse á acostar aquellas honradas gentes, deseán-

dose felicísimas noches, y quedando aplazados para el siguiente dia, en que habian de celebrarse las bodas.

La mañana estaba destinada, como era de razon, para que cumpliesen los novios con la obligacion de buenos cristianos, antes de contraer el santo nudo que iba á ligarlos de por vida; sin que ocurriese cosa alguna que de contar sea, excepto que el capellan del castillo puso pies en pared de que habia de predicar un sermon con tan fausto motivo; y aunque el Comendador no tenia sobrada confianza en las predicaderas del tal capellan, por ser clérigo romancista, hubo al fin de resignarse y darle en ello gusto. Mas aconteció, por arte del diablo, que el bueno del hombre sabia de coro dos sermones (que le habia dejado un religioso en prendas), alusivo uno de ellos á los *desposorios*, y otro á los *zelos* del Señor San José; y como ambos se asemejaban mucho, por mas que el capellan procuraba no hablar sino de bodas, se le deslizaba la lengua y venia á dar en la zelotipia; poniendo en trance de rebentar de risa al piadoso auditorio.

Tampoco estaba el Comendador muy satisfecho de la fiesta que se preparaba para la última tarde; pero como era naturalmente bondadoso, y le halagaba que se desviviesen todos por festejar las bodas de su hija, aparentó no saber los preparativos que estaba haciendo un antiguo ballestero, á quien tenia mucha ley por haberle acompañado en la guerra; el cual, cargado de años y de achaques, se habia retirado á aquel castillo para terminar en él sus dias, dándose á sí mismo el título de *alcaide de la fortaleza*. Tan aferrado estaba en este concepto, que no hablaba sino de puentes levadizos, saeteras y barbacanas: hacia tocar el parche, para que viniesen á merendar los segadores; y mas de una noche de invierno salia de oculto, no sin riesgo de un romadizo; á recorrer las atalayas (que asi llamaba á cualquier mojon de término) por ver si descubria fuegos ó ahumadas. Querer que con tan belicosas disposiciones y el mucho cariño que al Comendador profesaba, no hiciese nuestro castellano alguna de las suyas, era pedir un imposible: asi fué que no cerró los ojos ni tuvo sosiego

en dos semanas, preparando con sigilo una *fiesta de moros y cristianos* [15]. Se complacia mucho en estos simulacros de guerra, tomando de ellos pié para hablar horas enteras de las proezas de su mocedad; y ahora que se le presentaba la del copete, con huéspedes en el castillo y gente forastera, deseaba hacer alarde de su pericia, disponiendo una batalla campal, que dejase en zaga á la del Salado. Lo único que le trajo en apuros fué el encontrar quienes quisiesen hacer de moros, á pesar de que les ofreció doble racion de vino, contra el precepto de Mahoma; pero como estaban ciertos de llevar la peor parte, no solo de los peones cristianos, sino de la turba de muchachos que solia apedrearlos en su fuga, se retraian y con razon de tan desigual combate, no obstante que llevaban resmas enteras de papel de estraza bajo las toquillas y bonetes, para resguardar algun tanto las amenazadas cabezas. Alistados al fin unos y otros bajo las respectivas enseñas, escogieron el campo de batalla; y apercibido todo á punto de pelea, se presentó nuestro alcaide delante del

Comendador á la hora misma en que se levantaba con sus huéspedes de la mesa; y les rogó, en los términos mas pomposos que pudo, tuviesen á bien aquella tarde honrar con su presencia el simulacro de una lid, que tenia aparejada, para recordar á lo menos (y recalcóse mucho en estas palabras) los entretenimientos de sus verdes años. Acogió el Comendador la demanda con el agrado que le era propio; y dijo al Don Alonso de Córdoba algunas expresiones urbanas acerca de la lealtad y denuedo de aquel buen soldado, el cual se despidió de ellos tan ufano y brioso, que fuera capaz de hacer añicos al mismo ejército de Miramamolin.

No era el que estaba dispuesto (en verdad sea dicho) tan lucido ni tan numeroso; pero no faltaban en él unas cuantas docenas de jayanes, hombres de puños, todos con bragas anchas y bonetes colorados, y alguno que otro con una sábana blanca en lugar de jaique; distinguiéndose entre todos el caudillo Muza (que con este nombre habian confirmado al boyero Juan Antolinez, *alias* el pelon) en que llevaba

por álmaizar una faja de seda de Toledo, que le daba tres vueltas á la frente, y en los hombros por capellar una cortina vieja de damasco. Los soldados castellanos estaban mejor vestidos, y sobre todo mejor armados; y bien se echó de ver en cuanto se trabó la refriega; porque á pesar de la ligereza de los alarbes, que se enriscaban por aquellos vericuetos á manera de cabras, no podian resistir los mandobles que les tiraban en las costillas los peones castellanos, echándolos á veces á rodar, cual si fuesen moros de paja; ni mas ni menos que solíamos verlo en nuestros teatros, cuando representaban la famosa comedia de *Carlos V sobre Tunez.* Acudia á todas partes el furibundo Muza, dando por su cuenta alguna que otra puñada á los moros, que ponian los pies en polvorosa; pero como les picaban las espaldas los enemigos, acaudillados no menos que por el infante Don Pelayo (papel que se habia reservado para sí el disponedor de la fiesta), no osaban los infieles volver la cara atras, temiendo no les sacasen un ojo ó les arrancasen las barbas. Los gritos de los unos

apellidando al apóstol *Santiago*, la algarabía de los otros, que echaban venablos por aquellas bocas, las voces con que desde las ventanas y troneras del castillo acaloraban la refriega, el ruido de las espadas, los relinchos de los caballos, el ladrar de los perros, el eco repetido en los montes, todo causaba á una tal confusion y estrépito, que no pocos de los concurrentes temieron quedar sordos; y diéronse todos por complacidos, cuando terminada la pelea (en la cual murieron en la misma proporcion que en la batalla de las Navas: doscientos mil moros y veinticinco cristianos) [16], se presentó Don Pelayo, al frente de los vencedores, trayendo clavada en una pica la cabeza del moro Muza, que aunque era de carton embadurnada con almagre, aun ponia á los ojos espanto.

Ya se deja entender que en todas estas fiestas y regocijos, celebrados con tan fausta ocasion, el lugar preeminente, asi como los principales agasajos, estaban reservados para los futuros esposos, sentados siempre el uno á la vera del otro, y que se llevaban tras sí

las miradas de todos, al verlos de tan corta edad, tan discretos y bien apersonados. La hermosa Isabel se mostraba algun tanto mas afable que el dia de las vistas; y hasta empezaba á sentirse inclinada al gallardo mancebo, aunque no experimentase todavia aquella sabrosa inquietud, aquel latir el corazon á una sola mirada, que tanto deleite causan una vez en la vida; al despuntar los primeros amores. Mas por lo que respeta al mozo Venegas, ya la suerte habia echado el fallo: desde que vió á la gentil doncella, ni podia apartar de ella los ojos ni alejarla de su memoria: en todas partes la veia, distinguia de lejos su acento, hasta conocia sus pisadas; y las dos noches que llevaba de aposentarse en el castillo, no habia podido sosegar ni un instante. Mentira le parecia que iba á poseer en breve joya de tanto precio; y á la par que veia acercarse el ansiado momento, se aumentaba su inquietud y zozobra: que tambien duele la alegría, y oprime el pecho la esperanza.

CAPITULO VII.

Noche de los desposorios.

Llegó por fin la noche destinada á los desposorios: y al ruido y confusion de la tarde sucedió una especie de silenciosa calma; cual suele acontecer en el mar despues de una tormenta. Como la gente comun estaba tan rendida, se desparció casi toda por el castillo, entregándose á la embriaguez y al sueño en los patios y corredores; únicamente los criados mas antiguos, sin contar las damas y los caballeros, esperaban á la puerta de la capilla que llegase la hora señalada para la augusta ceremonia. Un sordo rumor, que resonó por los estrechos ánditos, anunció que se acercaban los novios y la comitiva; y un instante despues se vieron venir en dos filas como una docena de pajes, con hachas de cera en una mano y la gorra en la otra, caminando con gravedad y pausa: venian despues los futuros esposos, embebecido cada cual en sus pensamientos, y sin atreverse ninguno de

ellos á levantar los ojos; no asi el Comendador y el Don Alonso, quienes seguian de cerca sus pisadas, alzada la cabeza y regocijado el semblante, como padrinos de la boda; cerrando el acompañamiento las doncellas de Isabel, cubiertas todas con sus mantos, y algunos escuderos de los mas favorecidos, que habian alcanzado á fuerza de ruegos tan señalada honra.

La capilla del castillo era estrecha y oscura, de una sola nave, la techumbre de nogal, el retablo con imágenes de madera en angostos nichos y molduras doradas; pero la misma antigüedad de aquel recinto y sus toscos adornos como que retraian el ánimo de las cosas mundanas, inspirando sentimientos religiosos, á la par melancólicos y suaves. Contribuia no poco á ello el saber que allí descansaban en paz varios ascendientes del Comendador, mezcladas sus cenizas con la tierra que habian rescatado, y reposando á la sombra del mismo altar que habian defendido. Hácia el promedio de la capilla se descubria un sepulcro, que apenas levantaba dos palmos, y que mostraba mal bos-

quejada en la grosera piedra la figura de una mujer, al parecer de pocos años, con las manos cruzadas sobre el pecho, los pies unidos y el rostro vuelto al cielo. Era la imágen de la desventurada madre de Isabel, á quien habia labrado su esposo aquella sepultura; y aun sentia ahora el Comendador una especie de consuelo, si bien mezclado de tristeza, al reflejar que su virtuosa mujer iba á servir como de testigo y á bendecir desde la tumba el desposorio de su hija.

Ya se hallaba esta arrodillada al pié del altar, trémula, descolorida; el esposo á su lado, sin alentar siquiera; el ministro del Señor pronunciando las palabras sagradas, y ya á punto de recibir el *sí*, que iba á unir á entrambos hasta la muerte, cuando se oyó de súbito un clamor tan agudo, que quedaron todos pasmados. Creyeron al pronto que era alguna reyerta entre la misma gente del castillo, desmandada con la embriaguez y el alborozo; pero un instante despues se oyó el grito de *fuego*!, que dejó aterrados los ánimos; y acercándose mas y mas el tropel, se distin-

guió claramente el rumor de las armas, el correr de los fugitivos, los ayes de los moribundos.

Cayó desvanecida Isabel, recibiéndola en sus brazos su esposo; huyeron despavoridos los amigos y deudos que los rodeaban; partió el Comendador como un rayo á informarse por sí mismo de la causa de aquel escándalo, siguiéndole de cerca el de Zuheros, para auxiliarle en cualquier trance; pero al llegar á la puerta de la capilla, les atajó la turba el paso, agolpándose á guarecerse en aquel recinto, como postrer refugio. Gritaba el Comendador, y nadie le escuchaba; hacía mil demandas, y no le respondian; solo resonaban lamentos, sollozos, alaridos, como si á todos los acosase ya de cerca la muerte.

Y era así por desgracia: habian penetrado en el castillo moros de la frontera, amparados de la noche, y esperanzados en el descuido que habria infundido á los cristianos la paz, no menos que la embriaguez y el sueño: entrar por las puertas, inundar de gente el castillo y ponerlo á fuego y sangre, todo fué un solo punto. Volvian en sí

los infelices cristianos desatentados, sin dar crédito á sus mismos ojos, imaginando tal vez alguno que eran sus propios amigos, cubiertos aun con el disfraz; y pasaban en el instante mismo de los brazos del sueño á los de la muerte. Ni piedad ni misericordia: no valia la edad, el sexo, las súplicas, el llanto; corrian en vano algunos en busca de sus armas; arrojábanse otros á las llamas, huyendo del acero; y apiñábanse los mas á las puertas de la capilla, invocando el nombre de Dios, que el terror helaba en sus labios. Alli fué la mortandad, alli el destrozo: creció el furor de los infieles á la vista del lugar santo; y penetraron en él, á manera de lobos en redil descuidado. Con la espada en la mano, inmóvil como una estátua, los aguardó el Comendador, sin proferir ni una sola palabra: apenas se distinguia si estaba vivo ó muerto. Cien heridas habia recibido, y aun permanecia en pié; mas vaciló luego y cayó desplomado, arrastrándose trabajosamente hasta ir á expirar junto á su esposa.

Delante del altar, sosteniendo á Isa-

bel, y como escudándola con su propio cuerpo, estaba el mozo Venegas sin saber lo que le pasaba: ni tenia armas para defenderse, ni esperaba socorro humano; pero no curaba de su vida, traspasado el corazon con el peligro de su amada.

Rendios ó morid! les gritó de lejos el caudillo de aquella gente bárbara; y al abalanzarse para separarlos, se abrazó el mancebo con su esposa, y recibió una herida en la frente, cayendo bañado en su sangre.

Muy pocos fueron los desventurados que escaparon con vida en aquella noche de tribulacion; mas desdichados mil veces que los que en ella perecieron; pues en vez del dolor de un instante, se veian condenados á arrastrar en tierra extraña durísimas cadenas. La infeliz Isabel, que ni siquiera daba señal de vida, se contó tambien en el número de los cautivos, habiéndole concedido el cielo no sentir por el pronto el peso de tantas desdichas; y despues que hubieron los alarbes puesto á saco el castillo, recogiendo azorados su presa, huyeron con ella precipitada-

mente, antes que clarease el dia ó cundiese el rumor de aquella catástrofe. Tal fué el fin que tuvieron unas bodas comenzadas con tan prósperos auspicios.... ¡Quién fia en ventura humana, si se desvanece tan breve!

CAPITULO VIII.

Desolacion y lástimas.

A la mañana siguiente ponia grima el castillo: abandonado, desierto, sin respirar en él alma viviente ni escucharse el mas leve murmullo. Habian ardido puertas y techos, y aun humeaban los escombros: el patio, los salones, el ara misma estaban empapados en sangre; y en medio de aquel cuadro de desolacion, y á par de los destrozados cadáveres, aun se veian aprestos de boda, galas, vestigios de las fiestas, como para causar mayor pena y horror con tan lastimoso contraste.

Llegó la nueva á Martos, llevándola alguno que otro, que se habia salvado como por milagro; y de este número fué el mismo Don Alonso de Córdoba,

el cual separado por el tropel del lado de su amigo, se habia hallado sin saber cómo fuera de la capilla, tentando despues en vano reunir alguna gente. Hasta que, perdida toda esperanza y sabedor de la desdicha de los suyos, no parece sino que el cielo mismo le dió fuerzas para seguir á un escudero del Comendador, que sabia las revueltas del castillo, y salir sin ser vistos al campo. Desde aquel punto y hora, un solo sentimiento le animaba y le hacia llevadera la vida; volar á echarse á los pies de la reina, demandarle venganza, y no dar á su cuerpo holgura ni descanso hasta labar tamaña afrenta con sangre de los enemigos. Abismado en este pensamiento, ni se desahogaba con quejas ni vertia siquiera una lágrima; pero movia á compasion el venerable anciano, lanzando de tarde en tarde un profundo gemido y volviendo sus ojos al cielo.

Tan extrañas parecian las circunstancias de aquel desastre, que al principio la gente de la villa rehusaba darle crédito; pero oyendo despues la narracion de uno y otro testigo, tocaron á

rebato, empuñaron las armas, y corrieron de tropel al castillo. Entonces fueron los lloros, los lamentos, que el corazon se partia al escucharlos: buscaba uno á su amigo, otro á su hermano, quien á su mismo padre; removian los cadáveres, temiendo cada cual reconocer al propio que buscaba; y al contar las heridas y al ver el atroz linaje de muerte, se redoblaban los sollozos, los ayes, los gritos de venganza. Volaron los mas ágiles tras las huellas de los asesinos, pero sin lograr darles alcance: quedáronse en el castillo los ancianos y los que no habian conseguido siquiera apoderarse de una espada; y mientras cuidaban unos y otros, anegados todos en lágrimas, de recoger aquellos destrozados cuerpos y darles sepultura, vieron llegar de tropel madres, esposas, huérfanos, rendidos de dolor y cansancio, pidiendo á gritos al cielo las prendas de su alma. No sin afan y trabajo, y al cabo de emplear largas horas la autoridad y el ruego, consiguieron por fin los mas prudentes alejar á las mujeres y niños de aquella escena de desolacion; y despues de en-

terrar á sus deudos y amigos en la misma capilla y alrededor de ella, como para que participasen mas de cerca de las gracias del cielo, labraron con piadoso fervor una cruz de madera, y la colocaron en medio, sobre el sepulcro mismo en que ya reposaba el Comendador con su esposa. Grande alivio y consuelo en las tribulaciones humanas: confiar en la justicia de Dios y esperar en su misericordia!

Volvióse la gente á la villa, con tanta afliccion y silencio, que bien se echaba de ver cómo traian el corazon; y al juntarse fuera de las puertas con los que acudian á su encuentro, renováronse otra vez las lástimas y el llanto, al referir lo que acababan de ver con sus propios ojos.

En mucho tiempo, bien pudiera decirse en años, no se habló de otra cosa en la villa ni en toda la comarca: relataba cada cual á su modo los pormenores del lamentable hecho, lo comentaba á su sabor, lo explicaba de distinta suerte; pero casi todos estaban de acuerdo en que rayaba en lo imposible que se hubiese verificado, sin tener los mo-

ros en el castillo algun secreto trato. Y como no era de creer que ningun cristiano les hubiese dado la mano para tamaña atrocidad, nació entonces la voz de que habia tenido no poca parte en aquella desdicha la esclava de que hemos hablado. El odio que abrigaba en su pecho contra los castellanos, el natural anhelo de recobrar á un tiempo su libertad y patria, y la repugnancia que habia mostrado á semejante casamiento, confirmaron mas y mas la comun creencia; y cuando luego se supo que se habia salvado la cautiva, y que iba en compañía de Isabel, las sospechas y dudas se trocaron casi en certeza.

Lo que no alcanzaban á comprender (á pesar de lo poco que fiaban los cristianos en paces con infieles) era cómo las habian estos quebrantado en aquella ocasion, sin causa ni pretexto; tan agenos estaban de sospechar aquellos infelices que el atentado que lloraban encubria muy hondos designios.

CAPITULO IX.

Situacion respectiva de los Reyes de Castilla y de Granada.

Reinaba á la sazon en Granada Muley Abó Cacen ó Albo Hacen (que con ambos nombres era conocido), príncipe bien dispuesto, animoso, que hizo concebir de sí grandes esperanzas al ascender al trono. Habia hallado su reino en paz con los cristianos, ajustada por su antecesor pocos meses antes [17]; pero mas de una vez habia dado indicios de ser muy otra la disposicion de su ánimo; como cuando le enviaron embajadores los monarcas de Castilla, para cobrar el tributo anual que solian pagar sus antepasados: costumbre que habia subsistido, si bien con quiebras y desmedros, desde el tiempo del santo rey Don Fernando, cuando apremiado dentro de los mismos muros de Granada Mahomad Alhamar (primero de su estirpe y deseoso de vincular en ella la corona) convino en pagar parias al rey de Castilla, y se llamó vasallo suyo,

obligándose como tal á asistir á las Córtes del reino, siempre que fuese convocado [18].

Mucho se habian trocado desde entonces los tiempos: desgarrada Castilla con discordias domésticas, ó manejadas por manos poco firmes las riendas del gobierno, y fresca todavia la memoria del descalabro que habian padecido las armas de Castilla en la Vega de Granada (despues de promediado el siglo), no es de extrañar que anduviesen ensoberbecidos los moros, ni que les punzase el deseo de tentar otra vez fortuna. Asi fué, que cuando se presentaron á Albo Hacen los embajadores de Castilla, les contestó con desabrimiento estas propias palabras: «los reyes que pagaron en otro tiempo aquel tributo son muertos; y al presente las casas de moneda de Granada no acuñan oro ni plata, sino en su lugar se forjan lanzas, saetas y alfanjes [19]."

Disimularon por el pronto los embajadores, conforme al mandato que traian; y aun los mismos reyes de Castilla, embotando como prudentes los filos á su enojo, se desentendieron tam-

bien de aquel desacato; pero no fué difícil antever desde entonces que amenazaba un rompimiento entre uno y otro reino, asi que se presentase ocasion oportuna.

Por lo que respecta al de Castilla, corta perspicacia se necesita para traslucir los motivos que ataban las manos á aquellos esclarecidos príncipes [20]: habian hallado el reino, cual se ha dicho, en el mas lastimoso desconcierto; y era menester ante todas cosas recomponer la máquina del Estado, desquiciada y casi deshecha; dejar siquiera un respiro á los pueblos, agoviados con el peso de cargas y tributos, y condenados á pagar con el propio sudor y sangre agenas mercedes y larguezas; y al mismo tiempo dar temple y vigor á la potestad real, descaecida por largo espacio.

Hasta llevar á cabo obra de tamaña magnitud, aconsejaba la prudencia no empeñarse en una empresa tan larga y tan costosa, cual era el arrojar á los moros de España; y no menos que á esto se enderezaban ya las miras de aquellos insignes monarcas, que veian reu-

nidas en su frente las coronas de Aragon y de Castilla.

Ni podian tampoco prescindir de que apenas bastarian juntos todos los esfuerzos de uno y otro reino para sujetar al de Granada, en que se habia agolpado todo el poder de los alárabes, vestigio de su larga dominacion [21]; siendo muy de temer que en aquel antemural fortísimo, como en postrer refugio, se defendiesen hasta el último trance, con la obstinacion que inspira el amor á la patria, el fanatismo religioso, el odio alimentado entre dos naciones por el trascurso de ocho siglos. Y los reyes de Castilla se veian empeñados en una contienda civil sobre la sucesion á la corona [22]; en guerra con el rey de Portugal, que daba calor á las pretensiones de la princesa Doña Juana [23]; enemistados con la Francia, cuyas huestes habian traspasado las fronteras [24]; y tenian que proceder aquellos príncipes con el mayor pulso y detenimiento, para no exasperar á la nobleza, que veia con ceño por cuán distintos medios iban socavando su poderío, y para granjear al mismo tiem-

po la buena voluntad de los pueblos.

Si tantas eran las trabas que detenian los pasos de los reyes de Castilla, impidiéndoles guerrear contra el de Granada, no es fácil concebir cómo desaprovechó este tan buena coyuntura: se veia señor de un solo reino, pero que valia por muchos; teniendo por límites el reino de Jaen por una parte, el de Murcia por otra, con las fuertes ciudades de Guadix y de Baza como llaves de aquella frontera; y corria su dominacion á la par del mediterráneo, desde el famoso puerto de Almería hasta mas allá del de Málaga; casi hasta el pié del monte que apellidaron por nuestro mal los árabes de *la entrada de la victoria* [25].

Podia esperar Albo Hacen socorros de Africa, tocándola casi con la mano el reino de Granada, y presentando en las asperísimas sierras de la Alpujarra puertos, abrigo, baluartes. La sola capital, aun sin socorro extraño y abandonada á sus propias fuerzas, bastaba á gastar y consumir las de Castilla con larguísimo asedio: la guarecian montes, acequias, rios, fuertes torres y muros;

encerraba dentro de su recinto una poblacion belicosa, y podia poner en pié muchos miles de combatientes [26]; siendo tal su posicion, merced á la naturaleza y al arte, que no era fácil proseguir en el cerco, asi que empezaba el invierno á mostrar su aspereza, ni bastaban las talas y destrozos de uno y otro estío para hambrearla y rendirla.

Aun cuando hubieran sido de menos monta las ventajas con que podia contar Albo Hacen, encomendando al éxito de las armas la suerte de su imperio, poco ó nada granjeaba, y antes bien á todo se exponia, si daba tiempo á los reyes de Castilla para desembarazarse de cuidados y revolver con todas sus fuerzas sobre Granada. Tan probable aparecia, por no decir seguro, que tal era su secreta intencion, que mucho tiempo antes los ancianos mas prudentes de la corte de Albo Hacen empezaron á mostrarle el riesgo, si dejaba que el enemigo acechase á su salvo la ocasion, en vez de prevenirle; que en los trances de fortuna, y mas si en ellos se libra la salud de un imperio, no se desvanece el peligro con volverle cobar-

damente las espaldas, sino antes bien arrostrándolo y atajándole el paso.

Empero el rey de Granada, si ya de ánimo generoso y corazon hidalgo, era de suyo tan poco estable en sus resoluciones, que se retraia de cualquier empresa que requiriese tiempo y constancia; habiéndose agravado tan lastimoso achaque con la sobrada aficion al deleite, que habia desflaquecido no menos su cuerpo que su ánimo, á los pocos años de asentarse en el trono. De donde provino sin duda (mas que de los agüeros y pronósticos, como imaginó el vulgo) que ya desde entonces empezasen los mas advertidos á temer como próxima la perdicion del reino: que no es menester consultar á los astros para predecir desventuras, cuando se ve y se llora la flaqueza de un príncipe.

CAPITULO X.

Nuncio del rey de Fez.

Advertido con tiempo el rey de Fez del ocio en que yacia su amigo y aliado, le envió de tiempo en tiempo cartas

y mensajes, amonestándole del peligro, y ofreciéndole ayuda y socorro en caso necesario; pues que importaba á entrambos que no se cerrasen á los suyos las puertas de España, arrojados de la tierra que habian ganado con arroyos de sangre, ni tener la desdicha de ver en sus dias proscripta para siempre de aquel suelo de promision la ley de sus mayores. Mas viendo que el de Granada no daba oidos á sus consejos, y contestaba meramente con palabras corteses y una que otra muestra de agradecimiento, determinó el de Fez, tan prevenido y sagaz como Albo Hacen franco y descuidado, enviarle con fingido pretesto á un moro de su confianza, que encubria la astucia y doblez de un valido con la aspereza de un guerrero africano; como en aquellas mismas regiones oculta su flexible cuerpo la serpiente debajo de las rudas escamas.

Llegó á Granada Aben Farruch (que este era su nombre); y despues de ofrecer al rey los ricos presentes que para él traia, entre ellos unos borceguies á la morisca, obra extremada, y otras prendas de mucho valor: « no

viene entre ellas (dijo el moro con cierto desembarazo y libertad, que no desdecian del respeto) ninguna ropa entosigada, como la que envió en mal hora un rey de Fez á otro de Granada [27]; pero estos adornos y galas (escusa, señor, la franqueza de quien se crió en los campos, lejos de la corte) no solo pudieran enviarse á un monarca tan animoso como tú, que bien mereces el trono que ocupas, sino á cualquier príncipe de escaso aliento, y aun á las mismas hembras de su palacio; por lo cual me parece de mas subido precio esta sola prenda que todas las demas: se necesitan puños para sustentarla, y como que están pidiendo sus filos gargantas castellanas." En diciendo esto, presentó al rey un riquísimo alfanje, labrada la hoja en Damasco y el puño en Fez, de oro afiligranado y pedrería; y al propio tiempo clavó sus ojos de águila en el semblante del monarca, y sondeó hasta el fondo de su corazon, aun antes de que abriese los labios.

Como las respuestas del rey, así en esta ocasion como en otras que aprovechó despues el sagaz nuncio, estaban

lejos de corresponder á sus deseos, fingió quedar completamente satisfecho con las razones que alegaba Albo Hacen para no quebrantar las asentadas paces, *llamando sobre sí la tormenta* (segun la frase de que usar solia), *antes que se divisasen las nubes*; y un dia en que Aben Farruch se paseaba con el rey por los jardines de *Generalife*, «este olor de zelindas y jazmines (le dijo) me desvanece la cabeza; y eso que está acostumbrada á desafiar los rayos del sol y los huracanes del desierto; ni tampoco me ostento galan en las zambras, ni en las cañas muy diestro; por lo que desearia, ya que no he recibido permiso de mi rey para ausentarme de estas tierras, pasar algun tiempo en la frontera, donde fuere de tu mayor agrado; que alli á lo menos podré tal vez serte de algun provecho, anunciando la tempestad antes que esté encima, como lo hacen algunas aves del mar allá en nuestras riberas.” Condescendió el rey en la demanda del africano, creyéndola hija meramente de su índole agreste y belicosa, lejos de columbrar el blanco á que se enderezaba; y hasta

le dió alguna gente de guerra, para poner á cubierto la frontera por la parte del reino de Jaen.

Partió el moro de alli á breves dias; puso buen presidio en las villas de Cambil y Avaral, entonces fronterizas; y apenas se situó en el punto mas á propósito (como quien acecha una presa) escribió secretamente al rey de Fez estas meras palabras: «el fuego arde en un monte; y en el monte vecino hay una selva: en medio sopla el viento.»

Poco tardó en aclararse el misterioso anuncio: unos pastores de la comarca llevaron sus ganados á pacer en tierra de moros, segun estos decian; trabóse entre unos y otros una rencilla, de que resultaron heridas, si es que no alguna muerte; y tomando Aben Farruch ocasion de este hecho, tan comun entre pueblos vecinos, demandó con arrogancia satisfaccion al alcaide de Martos; y no habiéndola recibido tan pronto cual quisiera, resolvió tomar por sí mismo venganza, aprovechando la ocasion que se le brindaba, y con el oculto designio de provocar un rompimiento entre ambas naciones.

Concebir el propósito y ponerlo en ejecucion, todo fué uno; y satisfecho con haberlo llevado á cabo con tanto secreto y presteza, se retiró otra vez á su guarida, aprestándose á la defensa, y dando parte al rey de Granada de todo lo acaecido. Bien receló desde luego, ni podia ocultarse á su sagacidad, que doleria en sus adentros á aquel monarca tener tal vez que salir mal su grado del ocio en que yacia; pero esto era cabalmente lo que el astuto africano anhelaba, ansioso de complacer á su propio rey, y de ganar renombre y prez en la guerra contra cristianos.

CAPITULO XI.

Situacion de Isabel á los principios de su cautiverio.

En una casa humilde, á pocas leguas de la frontera y como escondida en un valle, se hallaba postrada en el lecho la infeliz Isabel, sin conocimiento y sin habla, embargadas potencias y sentidos, respirando apenas; hasta que al amanecer del cuarto dia despues

de acaecida la desgracia, dió un profundo gemido, se llevó la mano al corazon, y volvió en sí tan azorada como quien recuerda de un pesado ensueño. Ni reconocia el lugar donde estaba, ni sabia cuál era su suerte: su padre, su esposo, el altar, la gente y el castillo, todo habia desaparecido como por encanto; y despues de abrir los ojos no sin afan y pena, y de tocar una vez y otra los objetos que la cercaban, aun dudó largo espacio si estaba dormida ó despierta.

Grandísimo consuelo sintió en su corazon, al oir la voz de su querida Arlaja, y al conocer que era ella la que la estrechaba en sus brazos; y dejando correr las reprimidas lágrimas, sollozó durante algun tiempo, sin poder articular ni una sola palabra; pero sintió aflojarse lentamente el dogal que la estaba ahogando.

Apenas respiró mas tranquila, hizo mil preguntas sin concierto á su antigua amiga, que ni siquiera acertaba á responderle: tan turbada estaba; mas cuando por medio de respuestas mal seguras, de circunloquios y rodeos, lle-

gó á vislumbrar la infeliz que se hallaba sola y sin arrimo, y en tierra enemiga, y cautiva de infieles, comenzó á dar tales alaridos, que no parecia sino que se le arrancaba el alma; y hasta ella misma llevaba ambas manos al pecho, como para librarse mas breve del peso de la vida.

Recayó la sin ventura en el mismo estado que antes, y aun tal vez tocó mas de cerca el borde del sepulcro; pero la robustez de los pocos años, los remedios y el cuidado de Arlaja, ó mas bien altos juicios del cielo, que tenia reservada á Isabel tan extraña y varia fortuna, fueron parte á que recobrase al cabo el conocimiento y la salud, si bien muy quebrantada y expuesta á los azares de una larga convalecencia. Conociendo su postracion, y temiendo una recaida mas fatal quizá que la primera, procuró Arlaja con especial ahinco que no se presentase á los ojos de Isabel nada que pudiese recordarle su amarga situacion: ella sola la servia, no se apartaba de su lado, dormia al pié de su cama; y cuando llegó el caso de responder cumplidamente á sus pregun-

tas, cuidó la sagaz mora de encubrir la muerte del Comendador, para dejar este consuelo á su desamparada hija, y le dió á entender que se habia salvado su padre, no menos que Don Alonso de Córdoba, habiéndose encaminado juntos, segun la comun voz, hácia la corte de Castilla. Por lo que hace al Venegas (que fué la segunda persona por quien preguntó Isabel, aunque con cierta timidez y embarazo) no vaciló la mora en responderle desde luego que habia perecido en aquel trance, por su culpa y no por la agena, pues que se habia arrojado desapoderadamente sobre el filo de los alfanjes. Asi lastimó, y bien lo preveia, el corazon de la afligida doncella; pero como le constaba que Isabel no habia tenido tiempo de cobrar cariño á su futuro esposo, y que el sentimiento que mostraba por su temprana muerte nacia mas bien de piedad que de amor, y se calmaria en breve, prefirió la astuta mora cortar de un golpe el nudo, en vez de desatarle con tiento, quitando asi á Isabel hasta el último rayo de esperanza.

Muy cerca de dos meses iban ya tras-

curtidos; y aun permanecia la infeliz casi en el mismo estado: empezaba, es verdad, á recobrar sus fuerzas; pero ni se atrevia á poner el pié fuera de su aposento, y se contentaba con asomarse á la ventana los dias mas serenos, para respirar el aire del campo. De esta suerte le parecia que se desahogaba su corazon; y hasta sintió como una especie de consuelo (¡lo que es ser desdichado!) al ver que empezaban á blanquear unos almendros plantados enfrente de la puerta, anunciando con su temprana flor que iba de vencida el invierno.

Mientras duró la convalecencia de Isabel, no se presentó Aben Farruch á su vista ni una vez siquiera: andaba en otros cuidados, vagando de un lugar á otro, y apercibiendo la frontera, por lo que pudiese acontecer: solo de tarde en tarde venia como de paso á informarse de la salud de su cautiva y á disponer lo conveniente; pero llamaba en secreto á Arlaja, hablaba con ella unos instantes, y se volvia tan veloz como habia venido. Mas aconteció que un dia llegó á hora desusada; pensativo, cavi-

loso, como quien revolvia en su mente algun designio; y en breves palabras manifestó á la mora que habia recibido un mandato del rey para comparecer en Granada; por lo cual era forzoso que se preparase ella á seguirle, trayendo en su compañía á la cautiva. Oyó Arlaja la inesperada nueva, como quien espera ver dentro de breves dias su patria y su hogar, que antes lloró perdidos; y saltándole el gozo en el pecho, compuso el rostro y las palabras para prevenir el ánimo de Isabel, sin que le sobrecogiese el anuncio, y antes bien dejándole entrever que quizá el cielo le abria aquella senda para trocar en dichas sus pesares. «No te verás alli (le dijo entre otras cosas) cual yo me vi en tus tierras, á pocos dias de cautiva, ceñida el pié con grillos, y sellada con hierro en la frente.... Mírame, hija, mírame; que aun ahora mismo se me enciende el rostro de ira y de vergüenza!... Y habia nacido noble y rica, y me hallaba á la sazon en la primavera de la vida, y me veia requerida de amores por la flor de Granada.... No tengo queja del Conde de Cabra; que cuando

luego vine á su poder, me trató con humanidad, ya que no con cariño; ni menos olvidaré en mis dias la buena acogida que encontré en tu casa. Pero Dios misericordioso paga con creces el bien que á otros se hace; y los socorros que se dan al desvalido nunca son como el grano que se siembra en arena... Vas á vivir en mi propia casa, hija mia; te verás tratada como tal por mis deudos y amigos; que no me faltan en aquella ciudad acaudalados y poderosos: y si el corazon no me engaña (que me precio de tenerle leal, aunque haya sido á costa de redoblar muchas veces mis penas) no lastimará tus oidos el nombre de cautiva, y alli donde temes quebrantos, te aguarda quizá la fortuna; que ello ha de suceder, si está escrito."

La escuchaba Isabel atónita, suspensa, sin dar muestra de pesar ni de alegría; ni aun despegó sus labios; pero asi que se recogió aquella noche, y despues de vanos esfuerzos por conciliar el sueño, empezó su mente á devanear, sin poder ella misma tenerla de la rienda; y recordando lo que tantas veces habia oido desde su niñez acerca de la

hermosura de Granada, y esperando que allí tal vez encontraria mas fácilmente medio de recobrar la libertad, quedóse al cabo sosegada, ni bien dormida ni despierta; pero sí mas tranquila, ya que no mas dichosa.

CAPITULO XII.

Viaje á Granada.

No sin sorpresa y sobresalto oyó Isabel la señal de partir: y aunque Arlaja la sostuvo del brazo hasta salir al camino, y por mas que ella misma se apegaba á su cuerpo, como la yedra al olmo, tan consternada iba, que ni siquiera alzaba los ojos, por no ver á los moros que iban en su guarda; y solo sintió algun consuelo cuando oyó la voz de otras cautivas, que hablaban su propia lengua y se desvivian por animarla.

Los pocos dias que duró el viaje, no ocurrió en él ningun suceso de entidad: el caudillo africano se adelantaba á todos, tornaba luego atras, recorria cien veces el camino; y bien se traslucia cuánto le costaba enfrenar su impacien-

cia, al ver la rémora que traia con aquellas mujeres: siglos le parecian los instantes que tardaba en dar vista á Granada.

Descubrióse al fin la ciudad, á la caida de una hermosa tarde de abril, cuando ya el sol iba á ocultarse dorando con sus reflejos las cumbres de Sierra Nevada. *Allí está!* gritó Aben Farruch desde lejos: volvieron todos los ojos hácia el lugar que el moro les señalaba con el brazo; y hasta la misma Isabel sintió que le latia mas apriesa el corazon, al acercarse á la ciudad en que se iba á decidir su suerte.

Tan solamente Arlaja parecia enagenada, absorta, sin poder contener las lágrimas ni explicar con voces su alegría; hasta que habiéndose calmado algun tanto, se aproximó aun mas á Isabel, le tendió la mano con cariño, y empezó á desahogar su pecho con estas palabras: «ya ves si te he engañado, hija mia: vas á entrar en la tierra de bendicion, que con solo pisarla se auyentan los quebrantos.... Aquella es la ciudad, que corona uno y otro collado y se extiende por la llanura.... Mira co-

mo blanquéa á lo lejos la altísima *Sierra del Sol*, que con razon le dieron este nombre; pues estás viendo que refleja sus rayos tan puros y brillantes como pudiera un monte de nácar.... Desde la ciudad se descubre mucho mas cercana la sierra, que no parece sino que se toca con la mano; y ella le sirve de antemural, la abastece de pastos, de mármoles, de aguas; mitiga el ardor del estío; y purifica los aires, aunque lleguen hasta alli emponzoñados con el mismo soplo de la muerte.... [28]. Esos campos que se extienden á mano derecha, cubiertos de frescuras y de ganados, pertenecen ya á la feracísima *Vega*, si bien no es esta parte tan alegre ni tan hermosa como la que riega el Jenil... Pero mira sin embargo cuántos pueblos y casas de campo, y cómo se cruzan por todas partes las acequias y arroyos, y cual descuellan los árboles entre las cercas y sembrados: no descubrirás un palmo de tierra que no sirva al sustento ó al abrigo del hombre.... [29.] Alli sobre todo, hija mia: vuelve la vista hácia estotro lado, antes que acabe de trasmontar el sol: ¿ves

aquel collado tan verde?... Alli principian los deliciosos *cármenes de Dynadamar*, que se extienden por mas de una legua al norte de la ciudad, y le ofrecen para su regalo los frutos mas preciosos, cuando en el *Valle* y en la *Vega* ha pasado ya su estacion [30]: ya lo verás con tus propios ojos, si es que no das fé á mis palabras: sobre aquella altura levantadas en peso las aguas, y correr al arbitrio del hombre, y hasta flotar bajeles en la cresta de la montaña."

La relacion de la mora, las deleitosas vistas, y el vigor y lozanía que infunden en el ánimo el recobro de la salud, los pocos años y el aura de la primavera, fueron poco á poco disipando la profunda tristeza de Isabel, en términos que se halló, sin saber cómo, al pié de los muros de la ciudad.

Alli mismo se despidió Aben Farruch de Arlaja y de las cautivas, encargando á los moros de su séquito que las acompañasen; y entró como una saeta por la puerta llamada *Bib-Elbeira* (hoy corruptamente *de Elvira*) [31] encaminándose por la via mas corta á la Alhambra, para presentarse de impro-

viso al rey, antes que por algun otro fuese sabedor de su llegada. Entre tanto Isabel, Arlaja y las cautivas, dejando á su derecha la parte llana de la ciudad, empezaban á trepar trabajosamente por la áspera cuesta *de la Cava*; nombre que le dieron los moros, y que aun conserva hoy dia, como para perpetuar la deshonra de la hija del conde traidor [32]. Entre dos luces llegaron al *Albaicin*, empezando á cruzar sus estrechas y retorcidas calles, como quien se pierde en un laberinto; hasta que arribaron por último á la casa de Arlaja, no sin necesidad y deseo de encontrar en ella descanso.

CAPITULO XIII.

Isabel en casa de Arlaja.

No parece sino que la estrella de Isabel la condenaba á mirar los sucesos de su vida como si fuesen otros tantos sueños; tan peregrinos eran! Apenas se habia quedado la primera noche en poco adormecida con el cansancio del camino y el frescor de la aurora, la

despertaron unos gritos que no comprendió, y que resonando no muy lejos, parecian repetirse de distancia en distancia, como otros tantos ecos. Era la voz del *Almuedano* [33] de la mezquita mayor, situada no lejos de la plaza de *Bib-albonut* [34], que convocaba á los creyentes á la oracion de la mañana; y repitiéndose luego por tres veces de una torre en otra el mismo clamoréo, no es maravilla que despertase Isabel sobresaltada. Pero Arlaja, que habia dormido junto á ella, acorrió al momento que la oyó suspirar, y le explicó brevemente lo que aquellas voces significaban; y al advertir que Isabel se habia entristecido, recordando al punto, como era natural, que se hallaba en tierra de infieles: «¿crees por ventura, hija mia, (le dijo la mora con blanda sonrisa) que sois vosotros los únicos que adorais á Dios? Nosotros le adoramos tambien; y él entiende tambien nuestra lengua: mira cuál nos apresuramos á tributarle gracias, apenas amanece; como que entonces puede decirse que el cielo nos renueva la vida [35].» No contestó Isabel, ni siquie-

ra levantó los ojos, aunque se esforzó cuanto pudo por ostentarse mas tranquila; y deseando la mora despejar de tristes pensamientos el ánimo de la doncella, hizo venir á aquel aposento á dos sobrinas suyas, ambas de pocos años y de buen natural, hijas del hermano mayor de Arlaja, Aben Xeniz, que habia quedado como dueño de la casa paterna y cabeza de la familia, con la autoridad de *xeque* ó mas anciano, muy venerada entre aquellas gentes, quizá como vestigio de las costumbres patriarcales de sus pasados [36]. No tenia Aben Xeniz mas que aquellas dos hijas de su última mujer, á la que habia amado entrañablemente sin poder olvidar su dolorosa pérdida; y un hijo de su primera esposa, mancebo de grandes esperanzas, que se hallaba á la sazon con uno de sus tios, alcaide de la *taha* ó comarca de Orgiba, uno de los puntos mas importantes de la Alpujarra [37].

Ambas moras habian cobrado aficion á Isabel, desde el punto que la vieron la noche antes; porque tal era el signo de aquella mujer singular, que llevaba tras sí el corazon de todos; y no

era menester tanto, ni con mucho, para granjear en favor suyo el cariño de unas doncellas, casi de la misma edad y de condicion apacible. Instáronla pues para que las acompañase al jardin, antes que se hiciese mas tarde; y cediendo Isabel á sus ruegos, ya mas sereno el ánimo, fuéronse las tres juntas, asidas de las manos, y divirtiéndose en ver como pronunciaba Isabel las voces árabes, que habia aprendido de boca de Arlaja, y las que le iban diciendo sus nuevas compañeras, señalándole los objetos que se presentaban á su vista.

Salieron desde luego al patio de la casa, rodeado de una cenefa de flores, y en cuyo centro saltaba el agua de una hermosa fuente, con mas ímpetu y abundancia que la que salia á borbotones de una concha de mármol, situada en el promedio de un cenador. No era este espacioso ni magnífico, pero sí limpio y cómodo: cubierto el suelo por los dos costados con una finísima estera de palma, los colores vivos y la labor menuda y primorosa; corria al rededor de la sala un zócalo de azulejos, en forma de estrellas; y desde ellos hasta el techo,

entallado de diversas maderas, las paredes tan tersas y lucientes que se espejaba en ellas la cara.

Al otro lado del cenador se descubria el jardin, esmaltado de diversas flores y regado con abundantes aguas: el muro que le cercaba altísimo, para ocultar aquel sitio á importunas miradas; pero revestidas las tapias de enredaderas y jazmines, y colgando hasta el suelo en festones la hermosísima flor (mas roja que la del granado) que ha conservado hasta nuestros dias el nombre vulgar de *flor del moro*. A un extremo del jardin comenzaba la huerta, reunidos en ella los árboles mas preciosos que se crian en Europa, en Africa y en Asia; maravillados de verse juntos y viviendo en buena hermandad, como peregrinos de distintas naciones. Al extremo opuesto, en el lugar mas apartado y recóndito, estaba el aposento destinado á los baños: la puerta era baja y angosta, oculta tras un sauce, y el techo de ladrillo en forma de bóveda, con una claravoya en medio, que apenas dejaba penetrar un débil reflejo de luz: como que convi-

daba aquel sitio al regalo del cuerpo y á la paz y descanso del alma. Alli fueron despues á reposar Isabel y sus compañeras; y le explicaron estas, del mejor modo que pudieron, que la costumbre de bañarse con suma frecuencia (tan antigua y comun entre los suyos) no nacia meramente de una práctica religiosa, sino de lo conveniente que era para la limpieza y la salud, sobre todo en climas ardientes: con lo cual Isabel, persuadida de sus razones y aun mas de su ejemplo, les ofreció bañarse con ellas de alli á breves dias.

Tampoco fueron menester grandes esfuerzos, para que por via de donaire y pasatiempo se pusiese Isabel los vestidos de sus amigas, mas nuevos y de mejor ver que los que ella traia; y cuando se vió tan hermosa y galana (verdad es que aquel traje le asentaba á las mil maravillas) no pudo contener su alborozo, y corrió desalada á recibir de Arlaja mil alabanzas y caricias.

La viva imaginacion de Isabel y su condicion blanda, no menos que su carácter poco reflexivo y la inconstancia y veleidad tan propias de los pocos

años, contribuyeron de consuno á que se acomodase con facilidad á su nuevo linaje de vida; y como, segun costumbre de aquellas gentes, vivia retirada del trato de los hombres, y solo se rozaba con personas que la querian de corazon, pasó aquellos primeros dias en la casa de Arlaja, desparcido el ánimo y casi contenta, cual si no existiese mas mundo que aquel corto recinto.

CAPITULO XIV.

Preséntase Aben Farruch al rey.

Entre tanto, y no á mucha distancia de allí (mediaban solo dos collados y un rio) se estaban abriendo los cimientos de la futura suerte de Isabel. Ya hemos dicho como apenas llegó Aben Farruch á Granada, partió sin demora á presentarse al rey; habiendo tenido la dicha de encontrarse con él de improviso, al entrar en palacio. Contaba el sagaz moro con la índole bondadosa de Albo H[illegible]en, que frisaba casi en flaqueza; y no dudó que aunque estuviese desabrido y malcontento, como lo habia

mostrado en el primer arranque de la ira, se habria esta amortiguado con el trascurso del tiempo, y no estallaria al tenerle delante. Ni le infundia menos confianza el saber lo resguardadas que tenia las espaldas con el favor del rey de Fez, príncipe poderoso, á quien tenia que volver los ojos el de Granada en cuanto le apremiasen los sucesos; y que ademas era tenido en suma veneracion, por ser del linaje de los *xarifes*, reputados como santos entre aquellas gentes [38].

Aconteció de todo punto lo que el africano habia previsto: apenas divisó al rey, saltó del caballo y se arrojó á los pies del monarca, para besarle el borde de la vestidura en señal de respeto; y levantándole al punto Albo Hacen, indeciso todavia entre la severidad y la benevolencia, le insinuó con un leve ademan que le siguiese. Ni una palabra le habló, mientras atravesaron los patios; mas apenas hubo llegado á la primera estancia, ordenó á su comitiva que los dejasen solos.

No dió lugar Aben Farruch á que el rey se adelantase á reprender su com-

portamiento ni á mostrársele siquiera quejoso: como si le punzase una espina en el corazon, mientras no sinceraba su conducta, la bosquejó rápidamente con los mas favorables colores, insistiendo con ahinco en la avilantez y descuello de los castellanos, sus insultos á la contínua, daños en la frontera, robos, incendios, muertes; que provocarian de cierto á mayores escándalos y demasías, si se les daba vuelo con muestras de flaqueza. «Dos lunas han trascurrido (le dijo al concluir) desde la noche en que vengué la afrenta hecha á los tuyos; y esos reyes de Castilla, tan desvanecidos con su poder, que osaron al principio de tu reinado pedirte parias, cual á un vil tributario, no han osado ahora salir á la demanda, y han ahogado en el pecho su afrenta."

No era asi en realidad, y bien lo sabia el africano; pero fingiendo no alcanzar los motivos que hacian tan detenidos y circunspectos á los reyes de Castilla, y como si ignorase que Albo Hacen no habia ahorrado escusas y demandas para desarmar el enojo de aquellos monarcas, procuró sagazmente li-

lisonjear el orgullo del de Granada, recordándole su famosa respuesta, y calmar juntamente sus temores, mostrándole remoto el peligro.

No se atrevió Albo Hacen á contradecirle, por no dar indicio de flaqueza; cosa que temia á par de muerte, celoso de su honra, y por miedo de que llegase á oidos de su aliado; y tal fué la astucia del africano, y tanta la indecision del rey, que acabó este por convenir en que eran fundadas las razones que le habia expuesto, y que estaba plenamente satisfecho de su conducta.

Despidióse al instante Aben Farruch, ufano con aquel triunfo, pero sin cifrar en él sobrada confianza; como quien conocia el terreno de los palacios, de suyo resbaladizo; y temiendo que en breve le malquistasen con el rey, renovando la reciente herida, apenas sobresanada, determinó partir la vuelta de Fez, para informar cumplidamente á su señor del estado que las cosas tenian, y que redoblase sus instancias con el rey de Granada.

Presentósele otra vez Aben Farruch, de allí á pocos dias; como si le trajese

desasosegado el deseo de mostrarle su agradecimiento por la favorable acogi-ga; y volviendo por retorcidas sendas al camino trillado, insinuó á Albo Hacen que tan convencido estaba él propio de que en largo tiempo no se quebrantarian las paces, que se holgaria de aprovechar la ocasion y tornar al seno de su familia, aunque con la esperanza de volver á ver á tan buen príncipe y de derramar por él su sangre, si necesario fuese. No le pesó á Albo Hacen deshacerse de un testigo importuno, que parecia calar hasta sus pensamientos y ejercer cierto poderío sobre su ánimo (cosa pesada siempre, y mas para un rey, y sobre todo si no puede sacudir de los hombros la carga); pero aparentó sentimiento de que le dejase tan breve, y le colmó de agasajos y de presentes, con la secreta mira de que fuese bien dispuesto en favor suyo, cuando informase á su aliado.

Mostróse agradecido el moro, cual si no columbrase las intenciones del monarca; y al fin le dijo: «yo no tengo, señor, sino mi vida que ofrecerte; y escuso repetirte que es tuya, y la per-

deré gustoso en tu defensa; mas porque veas, gran rey, que solo me movió en aquella ocasion el desagravio de tus armas, y no liviana causa ni mezquino interes, voy á dejar en tu propio reino y en poder tuyo el único tesoro que el castillo escondia, y el solo que me cupo en suerte: todos ensalzan hasta el cielo la belleza y raras dotes de una cautiva, hija del mismo alcaide; y aunque yo, rudo africano (añadió con donaire), no puedo apreciar joya de tanto valor, me atreveré á decir, si es que me lo consientes, que es alhaja propia de un rey."

Aceptó Albo Hacen la fatal dádiva, muy ageno de recelar los males que escondia, no menos para sí que para su reino; y recordando al punto lo que habia oido encarecer la hermosura de aquella cristiana, cuando la toma del castillo, renovó las muestras de gratitud por el generoso presente.

Al ofrecérselo Aben Farruch no habia desmentido su doblez y perfidia: poco dado, aun en sus años juveniles, á amores y devanéos, los miraba como flaqueza indigna de un hombre, cuanto mas de un rey; pero como sabia cuán

fácilmente se dejaba prender el de Granada en tan funesta liga, concibió de antemano el designio de ofrecerle la hermosa cristiana, no solo para ablandar por este medio el ánimo del monarca, si le encontraba acaso áspero y bronco, sino para introducir dentro de su palacio mismo á la sagaz Arlaja. Todo iba á pender del vuelco de un dado: y si tan singular belleza hacia la mella que era de esperar en el corazon del monarca, tenia ya un medio Aben Farruch de aprisionarle como en una red; prevaliéndose á un tiempo de la flaqueza del rey, de la inexperiencia y candor de Isabel, y de la astucia de su amiga.

CAPITULO XV.

De lo que pasó en casa de Arlaja, asi que se supo esta nueva.

Desde el palacio de la Alhambra partió el africano al Albaicin; que tal era uno de los secretos de su valimiento y poder: presteza en las resoluciones y celeridad en la ejecucion: el relámpago y el rayo no se siguen tan presto.

Apenas llegó á la casa de Arlaja, hízola llamar con sigilo y habló con ella á solas; empezando por referirle, pero únicamente en cuanto convenia á sus fines, lo que acababa de acontecerle con el rey. Le mostró despues, como al descuido, abiertas de par en par las puertas de la fortuna, no menos para Isabel que para ella; y dejándole entrever el favor de que podia gozar y la recompensa que le aguardaba (sin contar el señalado servicio que haria á su ley, no menos que á su patria, si ayudaba á levantar el decaido ánimo del monarca, para armarle contra los cristianos) ganó tan completamente á la mora, que desde aquel mismo instante pudo contar con ella para llevar á cabo sus designios.

Concertaron entre sí varios medios de mantener secretos tratos, sin exponerse á peligros ni azares; y quedaron aplazados para la mañana siguiente, en que habian de presentar al rey á la hermosa cristiana, antes que se entibiase el deseo que habia manifestado de verla.

Retiróse luego Aben Farruch; y aun se oian las pisadas de su caballo, cuando corrió la mora á donde Isabel y sus

dos amigas se hallaban, diciendo á voces desde la puerta: «Buenas nuevas te traigo, hija mia; que no estuviera tan alborozada, si se cifrase en ello mi propia ventura. Te creiste al principio esclava, cautiva de un guerrero africano, que podia llevarte tras sí á aquellas abrasadas regiones, donde se marchitara tu hermosura, cual flor entre arenales.... Te hallaste luego en esta humilde casa, tratada con amor por los mios; pero lejos del esplendor y grandeza que te pronostiqué, bien lo sabes, casi desde la cuna.... y ahora mismo, en este instante, acabo de vislumbrar un rayo de luz, como si el cielo se aprestase á colmar mi esperanza.» No comprendió por el pronto Isabel lo que Arlaja queria decirle; y ora fuese á causa de la sorpresa, ora que como se hallaba bien avenida con su actual situacion, temiese aventurarla y empeorar en el cambio, antes bien dió muestras en su semblante de desplacer que de alegria. Pero sin darle tiempo la mora ni aun de volver sobre sí, cuanto menos de interrumpirla, prosiguió en estos términos: «el rey mas poderoso de la tierra desea

verte y te aguarda; vas á morar en su mismo palacio, en aquella mansion encantada, que tantas veces despertó tu admiracion y encendió tus deseos; y la hija de mis entrañas, la que me debió ya la vida y ahora tanta ventura, va á ser tal vez la gloria de Granada y la envidia del mundo." Arrojóse Isabel en sus brazos, sin responderle ni una sola palabra, escuchándose de trecho en trecho sus ahogados sollozos; redobló Arlaja sus caricias, que mas bien la enternecian que no la consolaban; lo cual visto por la mora, hizo seña á sus sobrinas para que procurasen distraer el ánimo de Isabel, y la dejó sola con ellas.

Lo que en todo aquel dia y durante la noche, que le pareció eterna, pasó por la mente de la desventurada doncella, difícil es de concebir, cuanto mas de explicar: temores, esperanzas, zozobras, delirios de ambicion, devanéos de amor propio, recuerdos amargos, remordimientos, dudas; y en medio de este contraste, capaz de echar por tierra el ánimo mas firme, encontrarse sin luz ni guia, y sentirse sin aliento y sin

fuerzas, tal era la situacion en que se hallaba la desdichada huérfana; hasta que al fin, postrada ya y rendida, cerró los ojos y se entregó al destino: como una débil rama, desgajada de un árbol, lucha en el remolino de las aguas y se deja al cabo llevar de la corriente.

CAPITULO XVI.

Conducen á Isabel á la Alhambra y la presentan al rey.

Mas bien resignada que satisfecha, el ademan grave y el semblante abatido, se presentó Isabel á los ojos de Arlaja al amanecer del siguiente dia: ni mostraba curiosidad de saber cosa alguna, ni contestaba á lo que le decian sino con brevísimas respuestas; en términos que la mora, como tan sagaz y advertida, tomó por buen acuerdo no apremiarla ni aun con sus cariños, sino procurar con arte que sus sobrinas le dieran pié para hablar largamente de los encantos de la Alhambra y de los atractivos de la corte.

Poco á poco se fué despejando el

ánimo de Isabel; como la misma mañana, que asomó empañada con levísimos nublos, y se habia tornado ya de las mas apacibles de mayo: el cielo puro, templado el ambiente, la tierra fresca y olorosa con la reciente lluvia. Y despues de pasar unas cuantas horas en el jardin, empezaron las moras á presentar á la vista de Isabel galas, vestidos, joyas; para que ella misma escogiese las que fuesen mas de su agrado. Embebecida se quedó la doncella, admirando unos adornos, dejando otros, ensayando cuales le asentaban mejor; y despues que hubo colocado no sin gracia sobre su cabeza un turbante blanco y carmesí, y prendido un cendal finísimo, que parecia cuajado de menuda escarcha y le cubria airosamente los hombros y la espalda, adornó el pecho con ricas sartas de coral y de ámbar, y se miró en una fuente, quedando tan prendada de sí que casi olvidó sus pesares.

Los elogios de sus amigas y los encarecimientos de Arlaja acabaron de desvanecerla; y solo le dió un vuelco el corazon, recordando su suerte, cuando

oyó á lo lejos la voz del africano, y conoció que era llegado el momento que tanto temia. Presentóse Aben Farruch á la vista de Arlaja y de las doncellas, que antes de que llegase habian cubierto el rostro con sus velos; y apenas se acercó á pocos pasos de Isabel, le dijo suavizando el acento: «No te quejarás, hermosa cristiana, de mi comportamiento contigo: mi voz no ha llegado hasta ahora á tus oidos, ni aun para ensalzar tu belleza, que quizá sólo de mí pudieras en el mundo contarlo. Hoy te habló por primera vez, y es para anunciarte mil dichas: te dejo en el paraíso de la tierra; y dentro del palacio de un monarca que te apreciará en lo mucho que vales.» No respondió Isabel; y antes bien se sintió tan turbada, que estrechó mas y mas el brazo de Arlaja, que tenia cogido con el suyo; pero como la mora no queria perder ni un instante, abrazaron sus sobrinas á la querida huéspeda, no sin lágrimas de una y otra parte, y sin reiteradas promesas de volverse á ver cuanto antes; y poniendo fin á la dolorosa despedida, salió de la casa Arlaja, llevando á Isabel

á su lado, y seguidas á corta distancia por Aben Farruch y unos esclavos negros.

Con intencion y deseos de encaminarse á la Alhambra por la ruta mas breve y solitaria, se apresuraron á salir de la poblacion, y bajaron por uno y otro repecho hasta las márgenes del Dauro: atravesaron el estrecho cauce por un puente de madera, que servia como de trabazon á ambas orillas; y comenzaron á subir por una áspera senda, la mas variada y deleitosa que imaginarse puede: huertos de flores en los mismos tajos, quiebras, precipicios, cascadas, torres al cielo, y en lo profundo el rio [39]. Por la escasa abertura que dejaban los informes peñascos, llegaron al fin á una llanada apacible, que formaba contraste con el camino rudo y agreste que acababan de recorrer: divisábanse ya los jardines y el palacio de *Generalife*; y despues de contemplarle á lo lejos, y de tomar breve descanso, revolvieron á mano derecha, encaminando sus pasos por un frondoso bosque.

No iba aparejado el ánimo de Isabel

para gustar las delicias de aquel lugar; y sin embargo, tan poderoso es su hechizo, que sintió aliviado el corazon y respiró con mas desahogo. Arboles corpulentos, lozanos con sus nuevas galas; jilgueros, ruiseñores, calandrias, saludando con sus amores la vuelta de la primavera; cubierto el suelo de sándalo y violetas, y los arroyos despeñándose por aquellas laderas y serpeando entre los troncos; todo ofrecia á los ojos y al alma un cuadro tanto mas delicioso, cuanto no dejaba entrever la mano del hombre ni el conato del arte. Sublime pensamiento, á no caber mas: dejar que la naturaleza ostentase á placer sus sencillos encantos, en medio de dos palacios tan magníficos como *Generalife* y la *Alhambra*.

Penetraron en el recinto de este regio alcázar por la puerta principal [40], en que se veia entonces (no menos que hoy dia) grabada una mano en el primer arco, y en el de mas allá una llave; como indicando que jamas podrian verse juntas, ni verificarse la entrega de la ciudad [41]: (jactancioso emblema, de que en breve se burló la fortu-

na!) y de allí á pocos pasos, avistaron el palacio del rey.

Hallábase este á la sazon en el *patio de los arrayanes*, el mas espacioso y alegre de los cinco que encerraba el palacio, con un estanque en medio, vistosas galerias á los extremos, salones y aposentos por uno y otro lado; y apenas llegó al rey el aviso de que Aben Farruch se acercaba, acompañado de la hermosa cautiva, entró para recibirlos en una de aquellas estancias [42]. Alejóse la turba de cortesanos, como temiendo poner los ojos en una belleza destinada al rey; y solo le acompañaron dentro de aquel recinto Aben Hamet y otros cuantos validos. Desde á pocos momentos presentóse Isabel delante del monarca, sostenida por Arlaja y precedida de Aben Farruch; y si hermosa se habia mostrado siempre, aun mas hermosa se mostró aquel dia; tímida, recatada, clavados en el suelo los ojos, ya encendido el rostro como una amapola, ya mostrándose pálida y descolorida, y si cabe mas bella. Acercóse Aben Farruch al rey, que no apartaba la vista de aquella criatura ce-

lestial, ni oyó siquiera lo que el africano le dijo; tan atónito y embebecido estaba. Y no es extraño que así le sucediese, acostumbrado á dejarse llevar del ímpetu de sus deseos, cuando no hubo un solo moro de cuantos allí vieron á la gentil doncella, que no quedase prendado de sus hechizos; empezando á darle desde aquel mismo punto el nombre de *Zoraya*, que le ha conservado la historia, y que sólo se habia dado hasta entonces por aquellas gentes al *lucero de la mañana*. Rara belleza de mujer: no se encontró en la tierra cosa alguna á que compararla [43].

Cuando ya lo consintió el pasmo y embeleso del rey, se aproximó segunda vez el artero africano; y le demandó en voz baja, como desconfiado y temeroso, si habia tenido la dicha de ofrecerle un don que no desmereciese su agrado. La respuesta de Albo Hacen fué tan pronta y vehemente, que no dejó duda de que salia de lo íntimo del corazon, ya cautivo; y seguro Aben Farruch de tenerle en el lazo que le habia tendido, pidió permiso al rey para ausentarse de Granada dentro de breves

horas. Mas antes le demandó por última merced (cual si no estuviese cierto de conseguirla) que supuestos los pocos años de Isabel, su orfandad y desgracias, y que solo habia tenido por madre á aquella mora, viniese el rey en consentir que permaneciese á su lado, siquiera los primeros dias: «*hasta que se acostumbre la inocente paloma* (añadió con donosa sonrisa) *á volar sin temor por el ámbito del palacio.*" La mitad del reino que en aquel punto y hora hubiesen pedido á Albo Hacen, la hubiera concedido de buen grado, á trueque de mitigar la afliccion de la hermosa cautiva y granjear su voluntad; cuanto mas una merced liviana, que tal le parecia, y que concedió tan gozoso cual si en ello estribase su dicha.

CAPITULO XVII.

Situacion en que se hallaban, por aquellos dias, la esposa y el hermano del rey.

Apenas se susurró por el palacio que se hallaba dentro de su recinto una her-

mosísima cristiana, y que con solo verla se habia prendado el rey de sus encantos, voló la fama de Isabel de una boca en otra, como si fuesen otros tantos ecos; despertando curiosidad en unos, en quien admiracion, en quien envidia; pero en todos igual deseo de congratularse con el monarca, volviendo el rostro al sol naciente. Quiso tambien el acaso que no se hallase entonces en la Alhambra la esposa de Albo Hacen: mujer de ánimo entero y condicion altiva, cual se mostraba en su continente, en sus palabras, hasta en el volver de los ojos. Habia nacido en la nobilísima estirpe de los zegries, una de las principales del reino, que le habia trasmitido con la sangre su ambicion y sus odios; y aunque hubiese templado algun tanto su índole recia y orgullosa cuando la desposaron con el rey (para que fuese como prenda de reconciliacion entre dos tribus largo tiempo enemigas) [44], bien presto se echó de ver que la conveniéncia de Estado es débil vínculo de voluntades y flaco cimiento para asentar una paz duradera.

No faltaban á Aixa (que asi se lla-

maba la reina) prendas de gran merecimiento, ingenio claro, resolucion, prudencia; pero las dotes de su alma, así como las hermosas facciones de su rostro, tenian un no sé qué de varonil, que inspiraban despego, y que mal podian avenirse con la condicion blanda y el carácter voluble del rey. La aficion de este al deleite y al galanteo, y sus costumbres licenciosas, impropias de un monarca, resaltaban aun mas, y en descrédito suyo, teniendo al lado la conducta de Aixa, tan grave y mesurada, que el pueblo le habia dado el sobrenombre de la *Horra*, que tanto quiere decir en árabe como en castellano *la honesta*. Verdad es que tal era la altivez de su condicion, que ni una sola vez en su vida se mostró zelosa; y hasta se le oyó decir (como por via de desahogo, y aludiendo tal vez á Isabel de Castilla, á quien de corazon aborrecia) [45] que *enfermedad de zelos no era achaque de reinas*. Mas no por eso dejaba de labrar lentamente en su ánimo, como la gota continua que cae en una piedra, cada accion ó palabra del rey, por leve que fuese, en que le mostraba desvío,

si es que no aversion; porque le acontecia á Albo. Hacen lo que á todo príncipe débil, que mira con ojeriza hasta en su propio lecho á quien parezca dominarle.

A estas causas de desunion, tan poderosas de suyo, se allegaron otras, quizá no menos graves, atizando el fuego de la discordia por la parte de afuera las dos tribus competidoras. Arrimábase el rey á la de los Abencerrages, que á ninguna otra cedia en nobleza y poder, si es que á todas no llevaba ventaja; y tal vez, sin conocerlo él propio, se mostraba aun mas aficionado á aquella tribu por lo mismo que Aixa manifestaba en público y en secreto su predileccion por los Zegries. Enconáronse aun mas los ánimos, llagados ya de muy antiguo, cuando nombró el monarca á su valido Aben Hamet, cabeza de los Abencerrages, por *Alguacil Mayor de la ciudad*; dignidad tan alta y encumbrada, que no consentia encima ninguna que le hiciese sombra, excepto la del rey [46].

Subió de todo punto el encono de los Zegries, al ver tan señalada mues-

tra del favor que alcanzaban sus émulos; y aunque al pronto no estalló su venganza, tanto mas cierta cuanto mas oculta, empezaron desde entonces á aparejarla para lo porvenir, prevaliéndose del influjo que ejercian en el ánimo de la reina, y volviendo ya los ojos hácia su hijo, mancebo de pocos años, enfermizo de alma y de cuerpo; pero mas propio por su ánimo apocado y su flaqueza misma para servir de instrumento en manos de su madre.

Insinuaron pues á esta que se hallaba desairada, cuando no envilecida, permaneciendo por mas tiempo en el palacio de la Alhambra, siendo testigo con sus propios ojos de las liviandades del rey; y lo que era aun mas, hecha el blanco de su menosprecio, menguando así la estima y veneracion en que era tenida del pueblo; por lo cual era conveniente, con cualquier pretesto, que eligiera para sí distinta morada, donde viviese á lo menos tranquila; que tal era el poco amor que el rey le profesaba, que pocos esfuerzos se habrian menester para alcanzar su consentimiento.

Abrigó por su parte la reina los deseos de sus deudos y amigos; y hallándose mas quebrantada de resultas del rigor del invierno la salud de su hijo (Abdilehí ó Boabdil, mas conocido por este último nombre), rogó al rey le permitiese llevarle por algunos meses á su propio palacio, mas elevado que el de la Alhambra y de aires mas delgados y puros; como que estaba asentado en la cumbre del *Cerro del Sol*, mas allá de *Generalife*. Llamábase el palacio de *Darlaroca*, ó sea *de la Novia* [47]; porque se lo habia ofrecido á la reina el mismo Albo Hacen, como por via de arras, la víspera de su casamiento: lo que no habia dado el amor, lo escogió para sí la venganza.

En este apartamiento y retiro vivia la reina, rodeada de sus deudos mas íntimos, excitando con su desgracia la compasion del pueblo, y calentando solapadamente los intentos de sus parciales, cuando se presentó la hermosa Isabel en el palacio de la Alhambra; y como si quisiera la suerte que hallase mas desembarazado el terreno, sin tropiezo ni estorbo, se hallaba á la sa-

son ausente de Granada el hermano del rey, nombrado tambien Abdilehí, como su sobrino, pero que ya habia ganado en algunos reencuentros que le apellidasen el *Zagal*, dictado de valiente [48]. Era este príncipe de aventajadas partes, robusto el cuerpo, y el entendimiento despejado; pero de condicion recia, mal sufrido, ambicioso, aunque mostrado desde niño al recato y al disimulo; como quien habia nacido al pié del trono: puesto demasiado alto para despeñarse, y no lo bastante para colmar deseos.

Apenas creció en años, y echó de ver la índole de su hermano (apto tal vez para gobernar un reino en tiempos bonancibles, pero falto de firmeza para regir en la tormenta el timon del Estado), mostró sumo desvio por las cosas del mando, desdeño de la corte, aficion á una vida áspera y trabajosa. Asi consiguió á un tiempo desvanecer hasta las mas leves sospechas por parte del rey; captar el ánimo de la plebe, muy pagada por lo comun de los príncipes que muestran costumbres rudas, aun mas que severas; y sobre todo gran-

jear poco á poco la buena voluntad de los valientes, que le veian siempre en el campo y delantero en los peligros.

La situacion del reino, la guerra que mas pronto ó mas tarde habia de rebentar contra Castilla, los bandos y parcialidades que comenzaban á hervir dentro de la ciudad, la discordia que habia ya prendido hasta en el seno del palacio, la imprevision del rey, la soberbia de Aixa, el apocamiento de su hijo, todo concurrió de consuno á que nacieran mas vivas las esperanzas de Abdilehí; pero dejó, como tan cauto, que el tiempo las abrigase y la ocasion les diese alas; previendo con razon que, si se verificaba un rompimiento entre las dos tribus rivales, ó si se alzaba Boabdil á impulsos de su madre para usurpar el trono, tendria el mismo Albo Hacen que llamar á su hermano en su ayuda, ó por mejor decir, que arrojarse en sus brazos. Por cuyo medio lograba, sin que pareciese haberlo codiciado, sobreponerse á todos, á manera de juez del campo, mantener en su mano el fiel de la balanza, si convenia á sus miras; y si era tan recio el

embate, que ambos contendores quedaban por tierra, presentarse como libertador del reino y coger del suelo la corona.

CAPITULO XVIII.

Palacio de la Alhambra.

En tanto que por un lado y otro se iban apiñando las nubes, que habian de oscurecer en breve aquel hermoso cielo (como suele acontecer con tormenta de estío), no se respiraba en el palacio de la Alhambra sino el aura suave del deleite. Esmerábanse todos en halagar la pasion del rey, encareciéndole á porfia la belleza de la cristiana, refiriéndole sus acciones, sus palabras, hasta su mas leve ademan; en términos que el monarca no oia hablar sino de Isabel, cuando no la tenia en su presencia. La misma Arlaja adquirió mucho valimiento, por el influjo que se le atribuia en el ánimo de la doncella; y esta por su parte se halló al cabo de algunos dias tan embelesada y como fuera de sí, que ni pensaba en su cautiverio.

Verdad es que nada le recordaba su triste situacion: todos lisonjeaban sus gustos y se deshacian por satisfacer sus antojos; no llegaba á sus oidos sino el murmullo de las alábanzas; y cuanto la rodeaba, cuanto tenia á la vista, redoblaba su enagenamiento y su encanto. Nacida en una villa de corta poblacion y de escasa riqueza, acostumbrada á vivir en una casa antigua, con mas apariencia de fortaleza ó de prision que de morada de recréo, y sin habér tratado mas gente que rudos campesinos, hidalgos de aldea, ó alguno que otro noble, mas dado á la guerra y la caza que á fiestas y galanteos, no podia menos de embelesarse en la region en que se hallaba. Aquel palacio tan magnífico, sin igual en el mundo; los suelos de mármol de Granada, mas blanco que la nieve; las paredes de azulejos y rica lazería, al uso persiano; las techumbres de cedro, embutidas de nácar y de oro y esmaltadas con vivos colores; los claros y ventanas labrados con primor tan exquisito como la filigrana de Córdoba; por todas partes arcos, inscripciones, columnas mas

delgadas y airosas que el tronco de las palmas; y en los patios fuentes y estanques; en los jardines árboles y flores; hasta en los regios salones manando y deslizándose cristalinos arroyos; embalsamado el aire con aromas de oriente, que humeaban bajo los mismos pies, y se alzaban á manera de levísima nube por mil respiraderos; los baños de alabastro; los ecos de la música sonando allá á lo lejos; hasta las misteriosas paredes repitiendo los secretos del amor á sus favorecidos, y ocultándolos á los profanos, aunque allí esten presentes; todo ofrecia á los ojos de Isabel una mansion encantada, cual apenas la pudo concebir en sus ficciones la fogosa imaginacion de los árabes [49].

Ni se desvanecia la ilusion de la gentil doncella al asomarse por recreo á las ventanas y miradores: la parte del palacio que habitaba á la sazon el rey, era la morada de estío, vuelta la faz al cierzo, con vistas al Dauro: descubríase fronteriza una parte de la ciudad, que se levantaba magestuosamente á manera de anfiteatro, desde la mis-

ma orilla del rio hasta las cumbres del *Albaicin* y la *Alcazaba* [50]: á mano derecha, señoreando las alturas, los palacios de *Generalife* y de *Darlaroca*; y al pié mismo de aquellos alcázares, en una y otra ladera, (como bajando á estrechar el lecho de la mansa corriente) mil deleitosos *cármenes*, poblados de avellanos, de almendros, de toda suerte de árboles, de flores y hortaliza [51].

Pues si tan apacibles y amenas eran las vistas del palacio por aquella parte, mucho mas extensa y magnífica era la perspectiva que se descubria por el lado opuesto: hoy la oculta enteramente el palacio de Carlos V, labrado sobre el mismo terreno.... Condicion del mundo: levantarse los poderosos sobre las ruinas de los caidos, y robarles hasta el sol y el aire [52].

A mano izquierda, como resguardo de la ciudad por la parte del mediodia, se divisaban las altísimas cumbres de la *sierra de la helada ó del sol* (*solaira* la llamaban) cubiertas siempre de nieve, aun en el corazon del estío: á su falda misma, y extendiéndose por es-

pacio de algunas leguas, la famosa *Vega de Granada*, á manera de una rica alfombra, compartida en mil cuadros de diversos colores con cercos de verdura; y por enmedio de aquellos campos serpenteando el Genil caudaloso, que habiendo salido al encuentro del Dauro en las mismas puertas de la ciudad, le recibe en su seno, y corre en busca del Guadalquivir [53].

Horas enteras pasaba Isabel, contemplando embelesada cuadro tan extenso y tan vário: á uno y otro lado torreones, alcázares, muros; cubiertas las colinas de jardines y casas, y derramándose la ciudad por el inmenso llano; alli los montes de *Abahul*, desnudos y rojizos; allá la blanquísima sierra; acullá el rio: por todas partes pueblos, lugares, alquerías hasta perderse en el horizonte.... «No sin razon (exclamaba tal vez la doncella) te llaman, oh Granada, *el nuevo paraiso.*"

CAPITULO XIX.

Pasion del rey: situacion de Isabel.

Cuanto podia contribuir á que se encendiese mas viva la llama en el pecho de Albo Hacen, todo concurrió por su daño: la hermosura de la cristiana era extremada; su gracia y sus hechizos acababan de cautivar el ánimo; y hasta el metal de su voz, sin ser quizá de los mas sonoros, tenia un dejo tan grato y tan suave, que penetraba insensiblemente hasta lo íntimo del corazon. Si no era empresa fácil resistir á tantos encantos, aun menos podia esperarse del rey, naturalmente tierno y apasionado, y que á fuerza de no encontrar obstáculos y de no poner linde á sus deseos, habia caido en tal estado de abatimiento y de tristeza, que casi le era enojoso el peso de la vida. Ahora por primera vez, al cabo de muchos años, sentia latir su corazon como en la lozanía de su mocedad; y se entregaba con tanto mas anhelo á su nueva pasion, cuanto estaba íntimamente

convencido de que aquella era la postrera: asi aparecen mas hermosos los últimos dias de otoño, porque amenaza ya de cerca el invierno. El carácter bondadoso del rey, y aun mas tal vez su pasion misma, le retraian hasta del pensamiento de torcer por fuerza la voluntad de Isabel: no deseaba poseer á una cautiva hermosa, como quien inmola una víctima; habia menester quien le amase, quien le trajese incierto entre el temor y la esperanza, quien le hiciese gustar en fin las delicias de hallar obstáculos y de vencerlos. Recabar el amor de Isabel, y no deberlo al poder y grandeza, cuanto menos al villano temor, sino á su propio merecimiento, este era el único deseo que le embargaba el alma. Aunque no se hallase Albo Hacen en la flor de sus años, ni hubiese nunca sido hermoso, era de gallarda presencia, el semblante grave al mismo tiempo que apacible; y hasta en el mirar de sus ojos, melancólico y adormido, parecia que se reflejaba lo apasionado de su corazon. No creyó por lo tanto imposible ganar el de Isabel, cuyas primicias anhelaba; te-

niendo la certeza de que jamas habia amado á hombre nacido, y esperanzado por su parte en que el continuo obsequio, el agradecimiento, y el extremo de la pasion misma que inspiraba, lograrian al cabo rendirla.

Con esta intencion y propósito no omitia el monarca nada de cuanto pudiese lisonjear á la hermosa cristiana: apenas abria los ojos, le presentaban en azafates de plata las frutas mas exquisitas de los huertos del rey, salpicadas aun con el rocío y cubiertas con frescuísimas flores: si se dirigia al baño, lo encontraba preparado con perfumes y esencias, que infundian en el alma y en los sentidos como una embriaguez deliciosa: y al tornar á su estancia, le habian ya adivinado hasta sus mas leves deseos. Do quiera que estuviese, á donde quiera que se encaminase, ya se habia adelantado la eficacia del rey, para que por todas partes hallase el rastro de su amor: seguíala el monarca; pero á manera de un Genio invisible, que cubre con su sombra á sus favorecidos y les va allanando los pasos. Rara vez se presentaba á vista de Isabel, bien fue-

se por temor de perturbarla en su solaz y esparcimiento, bien porque luchando en su ánimo la costumbre del mando y la timidez que inspira el amor, rehuyese confesar con sus propios labios la pasion que le dominaba, hasta estar cierto de ser correspondido; pero sus acciones, sus gestos, sus palabras, revelaban á la par su secreto; y los sagaces cortesanos, que no habian menester tantas señas é indicios, se esforzaban por aliviar al rey de tan gravoso peso. En los versos y cantares no se oian sino elogios del *lucero de la mañana*, ocultando bajo este clarísimo velo lo mismo que intentaban manifestar; y tan solícita se mostraba la lisonja de los esclavos, que á duras penas podia ganarle el paso la ciega pasion del monarca.

Aun no le amaba Isabel; pero ya le miraba con cariño: dotada de buen natural, y habiendo visto tan de cerca la cara al infortunio, no podia menos de experimentar en favor de su bienhechor cierto sentimiento de afecto y gratitud, distinto del amor, pero no muy lejano; y hasta la vanidad y el orgullo, sobradamente poderosos en el corazon

de la incauta doncella, la inclinaban mas y mas al monarca, que le ofrecia tan halagüeño triunfo. Pero tal era el candor de Isabel, ó si se quiere su carácter poco reflexivo, que ni siquiera se apercibia de los riesgos de su situacion; satisfecha con ver deslizarse los dias en aquella mansion encantada, y con tener cautivo de su belleza á un príncipe tan poderoso. Lo mas singular es que el mayor obstáculo que se oponia á los deseos del rey provenia de la sagaz Arlaja: como conocia á fondo el corazon humano, y tuvo tiempo y ocasion para examinar á su salvo la índole de Albo Hacen, coligió desde luego que el medio mas seguro de acrecer su pasion y de hacerla durar de por vida, era oponerle una barrera casi insuperable; pero sin cerrar todo resquicio á la esperanza, para que no se diese por vencido. No habia cuidado la mora de grabar en el ánimo de Isabel sanos principios de virtud acendrada, y mucho menos los de una religion tan severa, que ofrece como víctima el sacrificio de las pasiones; mas se prevalió diestramente, para lograr sus fines, del único

recurso que le quedaba á mano; y con éxito tanto mas seguro, cuanto se fundaba en la índole y condicion de Isabel, cuya altivez era á propósito para venir en auxilio de su virtud. Cortísimos esfuerzos hubo menester la astuta mora para despertar en el alma de la doncella sentimientos de nobleza y de pundonor, que habia mamado con la leche; y aun para refirmarla mas en ellos, presentó de bulto ante sus ojos el contraste que ella misma ofrecia, respetada y adorada del rey, con la turba de esclavas que habian compartido breves horas su lecho.

Verdad es que aun Arlaja estaba muy distante de prever el desenlace de tan extraña situacion; pero el cariño extremado que profesaba á Isabel, y el recelo de que menguase la pasion del rey, si llegaba al término de sus deseos, la mantuvieron firme en su propósito, sin entregarse á necias esperanzas ni arredrarse por livianos temores; antes bien encomendándose á la suerte y dejando obrar á la ocasion y al tiempo.

CAPITULO XX.

Acontecimiento imprevisto.

Iba ya de vencida el verano (los moros contaban el principio de su tercera luna), y aun conservaba Isabel la costumbre de bajar sola con Arlaja á un jardin amenísimo, situado en el repecho que desciende del palacio hasta el Dauro, al pié mismo de la torre llamada hoy vulgarmente *tocador de la reina* [54]. La frondosidad y el apartamiento del sitio convidaban á pasar en él algunas horas; y con tanta mayor satisfaccion y deleite, cuanto gozan aquellas márgenes el raro privilegio de restaurar la salud y las fuerzas, sin que sea nociva la frescura del ambiente ni la humedad del cercano rio [55]. El murmullo que formaban sus ondas, retorciendo el paso entre los riscos, y el rumor de los árboles al mecerlos el viento, era lo único que perturbaba el grato silencio de la noche; á no ser que el monarca, para halagar la aficion de Isabel, dispusiese que desde lejos la re-

galasen con apacible canto. La misma noche en que le sobrevino tan fatal contratiempo, habia estado embelesada oyendo un romance, compuesto en su alabanza, y cantado con aquel tono suave y melancólico, que se echa de ver aun hoy dia en algunas tonadas de los andaluces. Quedóse luego callada largo trecho, como si empezase á sentir en su corazon necesidad de amar; y por no distraerla, permaneció Arlaja á su lado, tan inmóvil y silenciosa, que poco á poco fué cerrando los párpados y salteóla el sueño. Mas de alli á breve tiempo oyó Isabel un rumor levísimo en un vecino césped; volvió azorada la cabeza, y llamó en voz baja á su amiga, que despertó con sobresalto; y al querer ambas levantarse y ponerse en huida, vieron acercarse unos bultos altísimos, del propio color de la tierra, que sin proferir ni una sola palabra, se abalanzaron de improviso y las ciñeron con sus brazos, cubriéndoles la cabeza con un *albornoz*, para que no gritasen. Casi arrastrando por el suelo llevaron á aquellas infelices hasta la boca de una sima; y bajaron con ellas por tan largo

espacio, cual si fuesen á sepultarlas en el centro mismo de la tierra. Notó despues Arlaja (la tímida Isabel iba desvanecida) que las conducian por una senda tan premiosa, que apenas consentia ir dos personas juntas; y con tantas vueltas y revueltas, que no era posible adivinar el punto en que se hallaban: solo tuvo por cierto, al advertir el destemplado frio y lo grave del aire, que iban por un camino subterráneo, en que nunca habian penetrado los rayos del sol. Lo que no acertaba á concebir (ni era tampoco fácil, aun cuando no estuviese tan sobrecogida de espanto) era cómo tardaban tantas horas, andando sin cesar y sin llegar al término: los mismos mónstruos que las conducian parecian ya cansados, y se escuchaba su sobrealiento, cual si el respirar les faltase; y por lo que respecta á Isabel, no bastaban esfuerzos, insultos, amenazas, para hacerle siquiera dar un paso; llevando á tal punto su crueldad aquellos asesinos, que hasta la aguijaban por despecho con la punta de los puñales. Volvió en sí la infeliz, arrojando un quejido tan agudo, que resonó

una vez y otra en aquellas profundas bóvedas; y queriendo desasirse de los brazos que la apremiaban, fué luchando y reluchando por larguísimo trecho, hasta que la arrojaron como un cadáver á la salida del subterráneo. Despuntaba ya el dia: y apenas sintió Arlaja la frescura de la mañana, y sospechó que se hallaba en el campo, arrojó de súbito el albornoz que la cubria, y comenzó á invocar á grito herido el nombre de *Alá*! Acudieron al punto los verdugos que las custodiaban, y que ya se aprestaban á consumar la obra de iniquidad; pero en el mismo instante, como si fuera permision del cielo, divisaron á la puerta de una caverna un venerable anciano, que en la estatura y el ademan retrataba la imágen del Profeta: «¿Qué haceis, asesinos?... Teneos! El socorro viene de Dios; y el Angel de la muerte acecha á los malvados.”

Aun antes de resonar estas palabras, ya estaban los asesinos como si á sus mismas plantas hubiese caido un rayo; mas cuando escucharon aquellas voces y reconocieron el acento, el temor les dió alas y se desparcieron por los cam-

pos. Postróse entonces el anciano, vuelto el rostro al oriente; y comenzó á entonar el cántico de la mañana con tanto fervor y entusiasmo, que los ecos de aquellos montes no repetian sino el nombre de Dios.... «Dios solo es grande.... Dios solo es fuerte..... no hay mas Dios sino Dios"...!

Entre tanto la solícita Arlaja habia volado al socorro de Isabel: desciñó sus vestiduras, y reconoció sus heridas, que eran poco profundas, y casi todas en el brazo (como si por instinto natural lo hubiese llevado siempre al resguardo del pecho); mas cuando comenzaba á respirar la mora, creyendo exenta de peligro á su hija, se inmutó de pronto y arrojó un alarido, al conocer en el retroceso y el color de la sangre que las puntas de los puñales estaban tocadas con yerbas. Advertirlo y aplicar sus labios, aun á riesgo de su propia vida, todo fué un solo instante; y volviendo en derredor la vista, descubrió una retama, la arrancó, exprimió el jugo, y arrojó el veneno fuera de las heridas [56].

Ayudóle despues el anciano á con-

ducir á Isabel á orillas de una fuente (era la de *Alfacar*, la mas famosa y abundante en las cercanías de Granada); y salpicando el rostro de la doncella con sus puras y cristalinas aguas, fué poco á poco recobrando el sentido, hasta el punto que de allí á breve tiempo pudieron conducirla á la cueva.

En ella tenia su mansion el venerable anciano (aquel viejo *Alfaquí* de que hablan nuestras historias; el mismo que sublevó á Granada, cuando ya estaban á punto de asentarse las paces): el cual queriendo en todos los pasos de su vida seguir las huellas del Profeta, se retiraba durante un mes del bullicio de la ciudad, y permanecia dentro de una caverna, no lejos de una fuente; asi como el Favorecido de Dios se retiraba todos los años á la cueva del monte Hera, y se purificaba con las aguas del pozo de Zemzem [57].

Cabalmente la cueva, que habia escogido para su retiro el piadoso Alfaquí, era la mas espaciosa y profunda de cuantas se hallan en aquellos contornos, escavada en los riscos por la caida de las aguas; y presentaba crista-

lizaciones de tan várias y peregrinas formas, arcos, chapiteles, columnas, que la imaginacion creia ver, al leve reflejo de la luz, un templo magnífico, inmenso, creado por la naturaleza para culto de la Divinidad.

Hasta la misma fuente, cercada de alisos y gayombas, y en cuyo fondo se ven brotar con ímpetu las cristalinas aguas, parecia convidar en medio de aquel páramo al descanso y al alivio del hombre; y asi no es maravilla que la mirasen los alárabes con profunda veneracion, y cual si fuese un lugar religioso, acudiendo en sus quebrantos y dolencias á aquel manantial de la vida [58].

CAPITULO XXI.

Tribulacion en el palacio de la Alhambra.

Habia ya trascurrido la mitad de la noche; y como no tornase Isabel, segun lo tenia de costumbre, comenzaron á desasosegarse las esclavas que la aguardaban en el vecino patio (llamado co-

munmente *jardin de Lindaraja*), aunque sin atreverse ninguna de ellas á manifestar su recelo, ni menos á traspasar el límite vedado. Mas al ver que iban deslizándose las horas y que Isabel no parecia, se empezó á susurrar si le habria sobrevenido algun daño; y queriendo cada cual á su vez parecer mas solícita y cuidadosa, corrieron todas de tropel á dar aviso de la extraña novedad que advertian.

En menos de un instante, los patios y jardines se cubrieron de guardas: acudió azorado el Alcaide, que tenia encomendada la custodia del régio alcázar; mandó escudriñar los parajes más ocultos, recorrer el bosque, bajar á la márgen del rio; pero no hallando rastro ni señal ni huella, sintió desfallecer su ánimo, y comenzó á invocar á gritos la clemencia del rey.

Ninguno tuvo aliento para participar á Albo Hacen la fatal nueva; mas creció tanto el rumor, que llegó á sus oidos; y empuñando las armas, incierto y receloso, saltó del lecho y salió de su estancia, para informarse de la causa de tamaño escándalo. Quedóse al

pronto inmóvil, cual si fuese de mármol; pero rompiendo luego los diques á su enojo, comenzó á dar tales voces de dolor y de ira, que mas bien parecian rugidos de un leon que no acentos de un hombre. Corrieron los cortesanos, los esclavos, los guardas; buscando por todas partes el mas ligero indicio; bajaron otros á la ciudad, y salió una turba de atajadores á explorar los vecinos campos; y para que corriese el aviso con la celeridad del rayo, encendieron fuegos en lo mas alto del alcázar, á que respondieron en el mismo instante cien torres y atalayas. La entrada de huestes de Castilla en los términos de la Vega no hubiera ocasionado en el palacio de Albo Hacen tanta confusion y tumulto. El primer pensamiento que asaltó el ánimo del rey, fué que la misma Isabel habria premeditado su fuga, para volver á tierra de cristianos; pero ¿quién podia haberle suministrado los medios de llevar á cabo su designio? Tan solamente Arlaja era la depositaria de sus secretos, su única amiga, el móvil de su voluntad; y rayaba casi en lo imposible que se hubiese prestado la

mora á un paso tan aventurado, abandonando locamente prosperidad, riqueza, el colmo de sus esperanzas, para exponerse á mil azares y tal vez arrastrar las antiguas cadenas.

Otros mil pensamientos, á cual mas confuso y extraño, pasaron unos tras otros por la mente del rey, sin posar en ella un solo instante; y con la misma incertidumbre y zozobra que le angustiaba el alma, corria desatentado de una parte á otra, registrando cien veces por sí mismo el patio, el jardin, sus contornos. Mas al pasar junto al césped, le dió un latido el corazon, présago de alguna desdicha; y examinando con mayor esmero, advirtió removida la tierra y desgajada tal cual rama; sospechando en el punto mismo que de allí habia procedido su daño.

Era aquel lugar solitario el mas oculto del vergel, poblado de arbustos tan espesos que cerraban el paso: ningun mortal, só pena de la vida, podia penetrar en aquel recinto, que parecia reservado por los monarcas para acrecentar con la sombra del misterio las

dichas del amor. Pero bajo esta apariencia habian ocultado los príncipes un refugio de salud para cualquier peligro; como sabedores que eran, y por propia experiencia, de lo poco que podian fiar en la lealtad del pueblo, naturalmente descontentadizo, y aun menos en el cariño de los propios deudos, manchados mas de una vez con sangre de padres y de hermanos, por arrebatarles á un tiempo la vida y la corona. Asi no es de extrañar que para ponerse á cubierto de cualquier sorpresa ó rebato, en caso que cayese la Alhambra en manos enemigas, hubiesen labrado los reyes de Granada (segun costumbre de aquellas gentes) una senda subterránea, que partia desde el mismo alcázar, taladraba el monte, y venia á parar en un paraje oculto, no lejos de la márgen del rio [59]. Ni valido ni deudo, por allegado que fuese al rey, era partícipe de tan grave secreto: habiase guardado inviolablemente, pasando como un legado de los monarcas á sus sucesores, desde el tiempo del rey Nazar, que habia labrado aquella oculta via, durante las guerras civiles, has-

ta el reinado de Albo Hacen. Mas este príncipe, naturalmente confiado y fácil, habia revelado este misterio á Aixa, hallándose con ella en aquel sitio, disfrutando las primicias de su himenéo; y aun cuando se arrepintió muy en breve de su imprudencia, ya el daño estaba hecho, y mas temprano ó mas tarde habia de llorar sus resultas.

Recordólo Albo Hacen al pasar junto al césped; y como conocia á fondo el carácter de Aixa, y sabia que ella sola en todo el ámbito del reino hubiera sido osada á descargarle un golpe tan mortal, no dudó ni un momento que habia partido de su mano. Rebosó su furor á la mera sospecha: registró, ciego de ira, los senos de aquel laberinto; halló rastros, pisadas, mal cerrada la compuerta de hierro; y acudiendo á su voz una turba de esclavos, se arrojaron unos tras otros en la desconocida senda.

A la misma entrada de la sima aguardaba impaciente el rey: redoblaba preguntas, avisos, amenazas; arroyos de sangre iban á correr en Granada, si no parecia la cautiva. Volvió en

breve un esclavo, sin poder alentar siquiera; hízole mil demandas el rey, á que el infeliz apenas contestaba, sobrecogido de temor y respeto; mas al fin pudo colegirse de sus mal concertadas palabras que en el camino subterráneo se hallába mas de un vestigio de la reciente fuga.

Escucharlo Albo Hacen y correr desalado á la orilla del rio, donde desembocaba en una gruta el oculto sendero, todo fué obra de muy cortos instantes: apenas podian seguirle sus cortesanos; tanta era su presteza. Mas así que hubo llegado, incierto todavia entre el temor y la esperanza, y cuando luego supo que no habian hallado á Isabel, arreció tanto su furor, que cuantos allí le cercaban temblaron por sus vidas.

Este mismo recelo, y el ansia de granjear la buena voluntad del monarca, redoblaron, si cabe, la eficacia con que buscaban todos á la cautiva; hasta que el mas afortunado volvió lleno de júbilo á donde el rey se hallaba, y arrojándose á sus pies, le dió la feliz nueva de que ya se sabia el camino que

había llevado la cristiana. Dudó al pronto Albo Hacen; pero de allí á breves momentos, como se repitiesen los anuncios de nuevos indicios, túvose por seguro que la única senda por donde pudiera haberse evadido Isabel, sin que le opusiesen obstáculo los muros ni las guardas de la ciudad, era por una cueva, cuya boca se descubria á la márgen opuesta del Dauro, y que corriendo soterrada bajo los mismos cimientos de la poblacion, se extendia no menos que por espacio de una legua, hasta mas allá de Alfacar. Aun la vieron abierta nuestros padres, años despues de expulsados los moros [60].

Mandó al punto Albo Hacen á su mas íntimo valido que penetrase por aquella senda con gente de su confianza; y que registrando, si menester fuese, hasta las entrañas de la tierra, fuera luego á encontrarse con él á la salida de la cueva.

En un caballo alazan, mas veloz que el viento, salió el rey de la ciudad, á tiempo que ya alboreaba; y tomando el camino de Víznar, por hallarle mas á la mano, llegó de un vuelo á orillas

de la fuente, habiéndole seguido hasta allí muy pocos de su comitiva.

CAPITULO XXII.

Halla el rey á Isabel, y vuelve con ella á la Alhambra.

Derramáronse por las sierras de Alfacar cuantos habian acompañado al rey, y los que despues le siguieron, en busca todos de la hermosa cautiva; en tanto que Albo Hacen, con el afan de verla antes, permanecia inmóvil á la salida del camino subterráneo, inclinado el cuerpo y aplicando atento el oido. Mas de allí á poco tiempo oyó Arlaja á lo lejos pisadas de caballos; y mal recobrada todavía del reciente peligro, asomó la cabeza con temor y recato, y descubrió las gentes del rey. Dió entonces tales gritos, enagenada de alegría, que al escucharlos Isabel desde lo hondo de la cueva sobrecogióse de espanto, y corrió á guarecerse junto al Alfaquí; y el venerable anciano, con el ansia de calmar sus temores, salió á

ver por sí mismo lo que habia dado ocasion á las voces de Arlaja.

No hubo menester preguntárselo: que ya se hallaba la mora cercada de cortesanos y de esclavos; y se veia al ansioso monarca trepando por aquellos riscos, bañado en sudor frio, temiendo preguntar si aun vivia la prenda de su corazon.

«*Aquí está*! (gritó Arlaja, al divisar al rey:) *aquí, señor, aquí; el cielo mismo le ha servido de escudo*!...» Oirlo Albo Hacen, llegar á donde se hallaba la mora, y aparecer Isabel como por ensalmo, todo fué un solo punto: habia salido la infeliz, casi arrastrando por el suelo, llena de temor al contemplarse sola; y apenas vió al monarca, abrazóse á sus piés, como quien no tenia en la tierra mas refugio ni amparo; y comenzó á llorar amargamente, sin proferir ni una sola palabra.

La sorpresa, el contento, la indignacion por tamaño atentado, sobrecogieron de tal manera al rey, que tampoco por su parte podia expresar con voces lo que pasaba en su corazon: sostenia á Isabel, la contemplaba atónito,

sentia correr por sus manos sus lágrimas ardientes; y cuando luego reparó las vendas que ligaban sus brazos, y las vió salpicadas con sangre, comenzó á temblar de dolor y de ira; y volviendo el rostro hácia la ciudad, anunció con una mirada mil desventuras y desastres.

Suspensos, mudos, sin atreverse á levantar los ojos, permanecieron largo espacio cuantos allí se hallaban; hasta que haciéndoles el rey una leve señal, alejáronse todos; y el venerable Alfaquí rompió al cabo el silencio. Dió cuenta al monarca, con el sencillo lenguaje de la verdad, de lo que habia presenciado, como si hubiese sido mero testigo, y no hubiera tenido en ello tanta parte; pero con su mismo relato dió ocasion á que Arlaja refiriese menudamente las circunstancias de tan extraño acontecimiento. Escuchóla Albo Hacen, sin interrumpirla ni una vez siquiera; pero á cada palabra que iba pronunciando la mora, anublábase mas y mas el rostro del monarca; y al fin ya no fué parte á reprimirse por mas tiempo. «Respira, desventurada, no temas, dijo á Isabel, estrechando con

vehemencia sus manos; jamás, mientras yo viva, te alejarás un punto de mi lado; ni aun los rayos del sol volverán á ofenderte!»

No contestó Isabel; mas derramó por respuesta un torrente de lágrimas: se veia sola, huérfana, lejos de su patria, esclava en tierra extranjera, perseguida, amenazada de muerte; y en medio de tantos peligros y en tan cruel desamparo, no tenia mas asilo que la sombra del rey. Otra vez fue á arrojarse á sus plantas; mas lo estorbó Albo Hacen, y la sostuvo en sus propios brazos, sintiendo mas vivo en sus venas el fuego que ya le abrasaba.

Entre tanto habia ido el Alfaquí á traer un canastillo de frutas, primicias del otoño, mas sabrosas y regaladas en los contornos y en los huertos de la ciudad, que las que á su vez brindan la primavera y el estío: Arlaja permanecia siempre al lado de Isabel, reconociendo cuidadosa sus recientes heridas, ya fuese por la inquietud natural de quien tanto la amaba, ya tal vez con la solapada intencion de acrecentar la pasion del rey, ofreciendo á

sus propios ojos lo que costaba su cariño.

Acudió luego una turba de cortesanos, que venian de los vecinos pueblos y alquerías con provisiones y socorros de toda especie; y pasadas algunas horas, en que procuró cerciorarse el rey con solícito afan de si permitia el estado de Isabel trasladarla á Granada, sin poner á riesgo su vida, resolvió partir con ella aquella misma tarde, como si le pareciese un sueño que habia de tornar á verla en su palacio.

En cortísimo tiempo, esmerándose todos á porfía y sin perdonar diligencia, labraron con delgados troncos y juncos una especie de lecho, para conducir en él á la hermosa cristiana, cubriéndolo por encima con ramaje y con flores, para preservarla del sol, del viento, de las miradas de los hombres; y hasta el mismo rey, por mayor fineza, quitó con sus propias manos una hermosísima piel de tigre, que cubria á su caballo, y la tendió sobre los troncos para que no lastimasen el cuerpo de la delicada doncella. Despidióse luego del Alfaquí, dándole señaladas muestras de agradecimiento, y

no sin exigir antes la promesa de presentarse en palacio, en cuanto saliese de su retiro, pasada la fiesta de *Mauled*, celebrada por aquellos dias en memoria del nacimiento del Profeta [61]. Apercibióse despues la gente, para llevar en medio al rey y á la cristiana, en cuyo mismo lecho iba sentada Arbtaja, para servirle á un tiempo de compañía y consuelo; y caminando todos á paso mesurado, por no causar á Isabel fatiga ni molestia, llegaron á la márgen del Beyro, al trasponer el sol; y allí aguardaron á que se cerrase la noche, para entrar sin bullicio ni escándalo en el recinto de la ciudad.

CAPITULO XXIII.

Determina Albo Hacen repudiar á la reina.

El delirio que produce una fiebre aguda, no es bastante á dar idea de la agitacion y tumulto que atormentaron el ánimo de Albo Hacen la noche que tornó de Alfacar. Ni un sólo punto pudo sosegar en el lecho; vagaba por su

estancia; asomábase á las ventanas, como si hasta el aire le faltase; pero la vista del Dauro renovaba su herida, y apenas podia reprimir el dolor y el enojo: Amargo fruto de las pasiones, cuando no las reprime ningun freno: una sola se habia enseñoreado del corazon de Albo Hacen, príncipe humano, clemente, generoso; y en el breve término de un dia no parece sino que se habia trocado su condicion, al verle abrigar con gozo proyectos de venganza.

Las circunstancias del rapto de Isabel contadas por Arlaja, los propios recuerdos del rey, y el concepto que tenia del carácter de Aixa, no le dejaban ni aun asomo de duda de que ella habia sido el alma del atentado; no por pesar y despique de ver entregado á otra el corazon de su esposo, (en cuyo caso el mismo extremo del cariño podria servir de excusa), sino para quebrar los ojos al rey, amenazando la vida de lo que mas amaba en el mundo, y aun tal vez para humillarle á vista del pueblo, mostrando que hasta al palacio mismo alcanzaba el brazo de la reina.

Este concepto (que no se avenia mal con la condicion y las miras de Aixa, y que lastimaba á un tiempo la autoridad del rey y le infundia recelos para en adelante), preocupó tan completamente su ánimo, que se aferró mas y mas en el concepto de que no para saciar su pasion, sino para su propia seguridad y por la paz y bienestar del reino, era forzoso, urgente, hacer un escarmiento ejemplar. Asi es como el amor, empleando siempre su natural astucia, se cubria con la máscara de la justicia y se ocultaba bajo la capa del bien público, para arrollar el único estorbo que le contenia y correr desbocado á sus fines.

Mas de una vez, en el trascurso de aquella aciaga noche, sintió Albo Hacen en su pecho ardiente sed de sangre; pero como su corazon era de suyo blando, y aun estaban sus manos puras y sin mancilla, él propio se horrorizó al contemplar que el primer paso que iba á dar en tan fatal carrera era la muerte de su esposa; exponiéndose tal vez á excitar en favor suyo la compasion del pueblo, que lejos de mirarla como autora del

malogrado crímen, la lloraria cual víctima inocente.

El temor de que asi aconteciese, la indecision natural del rey, y la repugnancia que cuesta derramar por primera vez sangre humana, alejaron á Albo Hacen del mal propósito que le sugeria su venganza; y como el móvil y alimento de semejante pasion era el mismo amor que le avasallaba, y este se daba por satisfecho con repudiar á Aixa, prevaleció esta resolucion en el ánimo de Albo Hacen, y determinó llevarla á cabo no mas tarde que al siguiente dia.

Asi le pareció que conciliaba todos los extremos: aparecer justiciero, y no sanguinario; quitar armas á sus enemigos y desalojarlos de su propio palacio; mostrar mayor desden y menosprecio á Aixa, dejándola con vida, para que presenciase el triunfo de su odiada rival. De esta manera, al cabo de incertidumbres, dudas, contrastes y vaivenes; despues de tentar en vano uno y otro sendero; y cuando mas lejano se creia el desventurado Monarca de tropezar con su ciega pasion, la hallaba á

cada paso que le salia al encuentro y arrastraba su voluntad.

Fijos los ojos en el oriente, como quien espera alivio á sus males con la próxima luz del dia, aguardó Albo Hacen á que rayase el alba; y en aquel punto y hora mandó venir á su valido Aben Hamet, con otros dos caudillos Abencerrages, en quienes depositaba el rey su mayor confianza. Y apenas hubieron llegado, comenzó á exponerles largamente las antiguas ofensas que habia recibido de Aixa, su odio mal encubierto, su altivez, sus designios; entrelazando sagazmente (como quien mas bien pedia aprobacion que consejo) su propia causa con la causa de los Abencerrages, enemigos de la reina y de toda su estirpe. Tambien evitó Albo Hacen, al menos cuanto pudo, hacer alusion á la cautiva; pero sus mismos esfuerzos dejaban traslucir su artificio; y á cada palabra del rey se veia claramente que Isabel la dictaba, por lo mismo que este nombre no salió ni una vez de sus labios.

Pendientes de ellos estuvieron Aben Hamet y los otros caudillos, como ma-

ravillados á un tiempo de la atrocidad del intentado crímen y de la resolucion del rey: miráronse despues unos á otros, cual si el respeto les trabase la lengua; hasta que al fin Aben Hamet, comenzando por ensalzar la magnanimidad del monarca (á fin de que apareciese mas odiosa la conducta de Aixa, sin tener él que acriminarla), concluyó por medio de sagaces rodeos recomendando la prudencia.

Resintióse Albo Hacen, sin poderlo disimular el rostro, al ver que su privado, su confidente, su amigo, parecia tomar con tanto encogimiento y tibieza el desagravio de tamaño ultraje; y sospechando que tal vez con aquellos tímidos consejos intentaban echarle en cara su propia irresolucion y flaqueza, se mostró mas firme y tenaz en su primer propósito. « No ha sido mi ánimo, gran Rey, (repuso entonces el sagaz privado) ni amenguar lo grave de la ofensa ni retardar el justo escarmiento: antes bien tengo para mí, como que á todas horas toco y palpo la condicion del pueblo, que nada afirmará tanto tu trono como el que á un tiempo se sepan

el desacato y el castigo. Los árboles mas altos son los que hiere el rayo; y asi es como los cielos muestran su poder á la tierra. Mas por lo mismo que no ignoras el odio que la reina y los suyos profesan á los de mi linaje, esta consideracion me retrajo (excusa, señor, y perdona) de darte un consejo digno de tu autoridad y grandeza. De mi propio desconfié, que no de tí, gran príncipe; temiendo que mis pasiones, sin yo apercibirlo, tomasen parte en lo que solo toca al bien y quietud de estos reinos. Mas ya que tú, señor, exento de mezquinas flaquezas, como está libre el sol de pesados vapores, has resuelto en tu mente lo que de tí reclama la justicia, resuelve, manda, ordena; que tu voluntad será cumplida.»

Echaron mano á los alfanjes los otros dos caudillos, como impacientes de confirmar, aunque fuera á costa de sus vidas, la promesa de Aben Hamet; y asi que hubo el monarca manifestado su satisfaccion por tan leal ofrecimiento, concertaron allí mismo, sin tregua ni demora, poner en ejecucion el mandato del rey. Era menester ante todas

cosas proceder con cautela, para impedir que los parciales de la reina intentasen desasosegar al pueblo, ó tal vez le empeñasen en su defensa; y cuando todo estuviese á punto, intimar á Aixa que el rey la repudiaba, y le ordenaba salir cuanto antes fuera de la ciudad.

No era fácil empeño llevar á cabo esta resolucion, ni aun siquiera anunciarla á una mujer tan altiva y prepotente como lo era la reina, ufana de su propio merecimiento, del resplandor del trono, del lustre de su raza; pero Albo Hacen, que conocia á su vez la pasion que dominaba á su valido, se prevalió diestramente del odio que en su pecho albergaba contra los Zegries, abultándole de industria los estorbos y riesgos, para punzar su altivez y su orgullo, hasta que él propio se brindase á dar cima á la empresa.

Respiró entonces Albo Hacen, como aquel que en una montaña áspera y trabajosa comparte con otro la carga, para trepar mas pronto á la cumbre; y despues de dar á Aben Hamet y á los otros caudillos nuevas pruebas de confianza, despidiólos con afable ademan,

inquieto ya y desasosegado, porque aun no habia visto á la hermosa cristiana.

CAPITULO XXIV.

Congréganse secretamente los deudos y parciales de Aixa.

La misma noche en que estaba premeditando el rey la perdicion de Aixa, hallábanse congregados los deudos y parciales de esta, recelosos del daño que le amenazaba. Habíanse difundido por el pueblo, en el trascurso de aquel dia, mil rumores extraños, pintando cada cual á su antojo las circunstancias del rapto de Isabel y su liberacion maravillosa; y como el hecho mismo de por sí prestaba vastísimo campo al vuelo de la imaginacion, no hubo suerte de prodigio ó de fábula que no hallase acogida en la plebe, prendada siempre de lo que aparece extraordinario hasta casi rayar en portento.

Bien supieron discernir los caudillos del bando de Aixa lo que habia de falso y de increible en las voces que apadrinaba el vulgo; y como contaban

muchos parciales dentro del palacio del rey, y tenian minado el terreno á sus enemigos, supieron al fin con certeza que Isabel habia escapado con vida; que Albo Hacen habia ido en su busca; y que tornaba con ella á la ciudad, sediento de venganza.

Ni menos pudieron dudar que las sospechas del rey habian de recaer sobre su misma esposa, una vez malogrado el intento, descubierta la secreta via, y tal vez ya cargados de cadenas y apremiados con rudos tormentos los que habian perpetrado el crimen. Asi es como el celo en favor de la reina (blanco de tantas esperanzas), el espíritu de partido, el odio á los Abencerrages, y hasta el instinto de la propia defensa, reunieron en tan grave aprieto á los cabezas de la tribu de los Zegries con otros gefes y caudillos, afectos á su bando. Ayuntáronse á la callada, amparados de la noche, llegando uno tras otro al lugar señalado; que era cabalmente un palacio en que habia habitado la reina algunos meses de invierno, por hallarse abrigado en el riñon de la ciudad. Contaron para ello con el alcaide de aquel pala-

cio, hechura de Aixa y alimentado con sus promesas, mas poderosas en el pecho del hombre que no los beneficios; y elijieron aquel paraje, oculto y recatado, por ofrecer ademas la ventaja de poderse llegar á él en breve tiempo y por diversos puntos, sin excitar recelos ni sospechas; como que se hallaba situado en la parte llana de la ciudad, entre uno y otro rio, al desembocar de mil estrechas calles.

Al promediar la noche, ya se hallaban todos reunidos en una magnífica estancia (la única que subsiste hoy dia de aquel régio alcázar, llamada comunmente el *cuarto real*) [62.] Ocupaban en ella el lugar preeminente el *Xeque* ó cabeza de los Zegries; el mismo que despues se tornó cristiano, y se honró con el nombre de Gonzalo Fernandez, en memoria de haber roto una lanza con el Gran Capitan [63]: otro moro de la misma tribu, llamado Aben Comixa, que luego tuvo gran valimiento con Boabdil, y concertó con los enviados del rey de Castilla la entrega de la ciudad [64]: un insigne caballero llamado Aben Hamar, que ha dejado su nombre

á una de las calles de Granada [65; y otros moros principales de aquella nobilisima estirpe, asi como de otras tribus amigas que compartian su ambicion y su gloria.

Despues que se hubieron cerciorado del hecho por mil lenguas y espias, y que convinieron todos en lo grave de tamaño conflicto, comenzaron los vários pareceres, poco conformes entre sí, opuestos, encontrados, cual acontece en tales casos: muda la razon, despiertas las pasiones, escaso el tiempo, la ocasion urgente, dudoso el fin, y arriesgados los medios.

Los mas tímidos y azorados de cuantos alli se encontraban, eran los que proponian los partidos extremos; que tal es cabalmente la índole del temor, arrojarse á ciegas al peligro por el ansia misma de evitarle; pero los mas avisados y prudentes, seguros de su propio valer y arrostrando serenos el riesgo, ponian de bulto los estorbos, contrapesaban las ventajas, y no se mostraban pagados de su propio dictámen.

Tambien les retraia de aventurar un paso decisivo, el temor de encender

la güerra civil, sin bastante causa ni pretesto, cuando aun no estaban apercibidos los ánimos, prontas las armas, la ocasion madura; siendo de recelar que les imputasen haber provocado un rompimiento, á costa de la quietud y salud del reino, por lavarse ellos de la mancha de un crímen, poniéndose á salvo del castigo, y no en defensa de una causa justa, honrosa, digna de proclamarse á la faz del cielo y de la tierra. Y si la suerte habia hecho, como era de creer, que hubiese caido en manos de las gentes del rey alguno de los esclavos que habian servido de instrumento á Aixa, subia de todo punto el peligro de ver desenmarañada la trama, dejando en descubierto á la reina, y quebrantadas las fuerzas de sus amigos y parciales. Contrastados por estas olas de pensamientos, hallábanse aun fluctuando al clarear el dia, cuanto les llegó aviso de que Albo Hacen habia llamado á su valido Aben Hamet y á otros Abencerrajes; y no pudiendo ya dudar de que se aprestaba á descargar el golpe, determinaron por el pronto acudir en defensa de la reina, cualquie-

ra que fuese el peligro que la amagase, y apercibirse con presteza y recato para cuanto pudiese sobrevenir.

Partieron unos con este designio, y se esparcieron secretamente por el *Albaycin* y la *Alcazaba*, en que tenian muchos amigos y valedores; encargóse Aben Hamar de tantear los ánimos de la gente mas acaudalada de la *Alcaizeria*, barrio muy cercano á su propia casa, en que se celebraba la contratacion de las mercaderías de la ciudad [66]; y aun el mismo Aben Comixa, mudado el traje y cubierto el cuerpo y la cabeza con un albornoz africano, fué á ponerse de acuerdo (para tener un refugio en cualquier trance) con un pariente suyo, de gran ánimo y esfuerzo, alcaide de una torre situada no lejos de la *Sierra sin fruto*, (*Elbeyra* la llamaban) á corta distancia de Granada, en el mismo paraje en que se cree tuvo asiento la famosa *Iliberia* [67].

El Xeque de los Zegries, con los mas granados de su tribu, tomó sobre sí el grave cargo de prevenir el ánimo de la reina y aposentarse en su palacio; como que siendo los mas allegados á

ella, debia causar menos extrañeza que se hospedasen por algunos dias bajo el mismo techo; pero para no excitar fuera de sazon recelós y rumores, salieron á la deshilada y se encaminaron al palacio de Aixa, esquivando el paso por la ciudad, y trepando por la loma de *Abulnest*, hoy *Campo del Príncipe* [68], y por el *cerro de Abahul*, llamado despues *de los mártires* [69].

CAPITULO XXV.

Intima Aben Hamet á Aixa el mandato del rey.

Entre las prendas de gran precio que adornaban á Aben Hamet, y que habian concurrido con el viento de la fortuna á elevarle hasta la cumbre del poder, contábase como una de ellas, y no la de menos valía, la firmeza con que llevaba á cabo sus designios, sin detenerle ni peligros ni obstáculos, y antes bien acrecentándose con ellos el ímpetu de su voluntad; como acontece al agua represada, cuando rompe y lleva tras sí los diques y reparos. Apenas

recibió aquel caudillo el mandato del rey, y salió de palacio para ponerlo en ejecucion, concibió que el buen éxito pendia de la celeridad y presteza, en términos que se sintiese á una el golpe y el amago. Desdeñó por lo tanto las nímias prevenciones, que á fuerza de querer encadenar á la fortuna, la dejan las mas veces escapar de las manos; y por no despertar sin provecho los ánimos de la ciudad, á riesgo tal vez de alterarla, resolvió no salir del ámbito de la Alhambra sin dejar antes cumplida la voluntad del rey. Tuvo empero por buen acuerdo enviar á su propio hermano (llamado tambien Aben Hamet, y de sobrenombre el *zaguer*, por ser el menor) para que concertase en secreto con el caudillo de los Gomeles que estuviesen apercibidos y prontos, para acudir á su llamamiento.

Era esta tribu una de las mas guerreras y famosas de cuantas ennoblecian á Granada: traia su orígen de la ciudad de *Velez de la Gomera*, asentada en la costa de Africa; ciudad rica, populosa, cabeza de un imperio, y de

que no queda hoy dia ni rastro ni vestigio; solo un peñasco estéril nos conserva su nombre!.. [70]. Y tan bien merecida reputacion habian ganado aquellos moros por su lealtad y bizarria, que los reyes de Granada se holgaron mucho de acoger en la ciudad á los que pasaron de África con intento de llevar las armas; y aun les confiaron su propia defensa, dándoles para que poblasen un barrio muy cercano á la Alhambra, apegado á sus mismas puertas, donde todavia dura con el apellido de aquel linaje la memoria de sus hazañas [71].

Requirió por sí mismo el celoso caudillo las torres de la Alhambra, para que todo estuviese á punto en caso necesario; y como ténia por máxima, asi en paz como en guerra, que *quien hiere el corazon mata el cuerpo*, encaminó desde luego sus miras á intimar cuanto antes á Aixa el mandato del rey, sin darle lugar á concertarse con sus deudos, ni espacio siquiera para volver en sí. A cuyo fin y propósito, determinó envolverla como en una red, estrechándola dentro del recinto de su

palacio, y cerrándole toda senda por donde pudiera esperar socorro, avisos, cebo á sus esperanzas. Puso buen recaudo de gente escogida en el palacio de *Generalife*, cercano al de la reina, y que era como la llave del camino que sube desde el Dauro, del que parte en derechura de la Alhambra, y del que conduce á la ciudad; mandó escuchas y barruntes, para que rodeasen con sigilo el *Cerro del Sol*, en que estaba situado el alcázar donde se albergaba la reina; y para impedirle que tal vez se arrojase á bajar á Granada por la parte que mira al Genil, envió uno de sus caudillos á fin de que se encastillase con algunos de su confianza en el *palacio de los Alijares*, espacioso, magnífico, situado á espaldas de aquel cerro, por el lado del mediodia. Hoy cuesta afan y sudor buscar el menor rastro; pocos años despues de la conquista apenas quedaban vestigios [72].

Aun no estaba el sol á la mitad de su curso, cuando cierto ya Aben Hamet de que bastaban las precauciones que habia tomado para desvanecer cualquier recelo, se encaminó sosegada-

mente al palacio de la reina, sin aprestos guerreros ni boato de su dignidad, sino con hábito sencillo, montado á la gineta, y sin mas armas que un alfanje damasquino pendiente siempre de su lado. De esta suerte llegó hasta la puerta del palacio, que encontró cerrada; y á los recios golpes que en ella dió un esclavo africano que le acompañaba, asomóse un moro al rastrillo, y demandó con extrañeza quien osaba causar aquel estrépito. *Un nuncio del rey* (contestó Aben Hamet, desembozando el alquizel para mostrar el rostro): y mandándole con el brazo que abriese, dudó el moro un instante, tornó á mirarle, y obedeció.

No se veia persona humana ni se escuchaba el mas leve rumor en aquel recinto: y aunque notó Aben Hamet tanta soledad y silencio, como indicio tal vez de que estaban apercibidos, no por eso retardó ni apresuró el paso; y se encaminó en derechura á las habitaciones de la reina.

Llegado que hubo al primer patio, divisó unos cuantos guardas en rededor de un estanque, al parecer entretenidos

con la pesca, pero que sabedores ya de su llegada, tenian de intento vuelta la espalda hácia la senda por donde él venia, y fingieron no sentir sus pisadas. «¿Quién es el caudillo de esta gente? (preguntó Aben Hamet, acercándose á ellos). — Yo soy: respondió uno de los moros. —Dí á Aixa que Aben Hamet le trae un mensaje del rey. —La reina no está en su aposento. —¿Dónde está? —No lo sé. — Yo iré á buscarla.»

Al decir estas palabras, ya estaba Aben Hamet encaminándose hácia un cenador al extremo opuesto del patio, sin que ninguno de los guardas osase detenerle; ora fuese por el temor que infunde el arrojo y grandeza de ánimo, ora porque no tuviesen órden de atajarle el paso.

Tal habia sido en efecto la presteza de aquel caudillo, que apenas habian tenido tiempo los cabezas de los Zegries para informar á Aixa de la causa de sus recelos; y cuando aun estaban dudando si tendria aliento el rey para atentar contra su esposa, supieron que Aben Hamet estaba ya á las puertas.

La sorpresa, la incertidumbre, el

temor de aventurar la vida de la reina con una resistencia inútil, helaron el corazon aun de los mas osados; pero conservando Aixa su serenidad en aquel trance, rogó á sus deudos y amigos que la dejasen sola; «pues queria oir de la boca misma del Abencerrage, (que asi le llamó por menosprecio) hasta donde llegaba la ceguedad de Hacen.» Mahomad Zegri y los otros caudillos hicieron vanos esfuerzos para retraer á la reina de su propósito; y desesperanzados de blandearla, se ocultaron en los alrededores de aquella estancia, con ánimo resuelto de acudir en defensa de Aixa y verter por ella su sangre, antes que tolerar el menor desacato.

Entre tanto Boabdil, reclinado en unos almohadones á corta distancia de su madre, la miraba de hito en hito sin pronunciar ni una sola palabra: pendiente de sus ojos y esclavo de su voluntad, se reputaba seguro á la sombra de Aixa; y ni siquiera dió muestras de indignacion, cuanto menos de aliento, al ver amenazada á su madre.

Una turba de guardas y de esclavos acudieron unos tras otros, á cual mas

azorado, para dar parte á la reina de la llegada de Aben Hamet: ya habia salvado las puertas, ya se hallaba en el patio, ya cruzaba el cenador y los jardines.... Mandó entonces Aixa que le condujesen á su presencia: y lo mandó con tan mesurado ademan y con voz tan serena, cual en otro tiempo habia recibido á los embajadores de los príncipes, encargados de tributarle dádivas y presentes.

De allí á pocos momentos vió venir á Aben Hamet por una larguísima calle de arrayanes; y clavando la vista en su hijo para infundirle ánimo, y componiendo el rostro, se adelantó hasta la misma puerta, como para impedir al osado moro profanar sus umbrales.

Cualquiera otro que no fuese Aben Hamet habria titubeado, al ver el continente de la reina; pero el caudillo Abencerrage se acercó gravemente, sin mostrar ni temor ni audacia; y le dijo estas meras palabras: «El rey de Granada me envia á anunciarte su voluntad: te aparta de su lecho, y te ordena que salgas cuanto antes de la ciudad y sus contornos.»

Encendiósele el rostro á la reina; y apenas pudo contener la ira que hervia á borbotones en su pecho; pero volviendo luego en sí, y mostrando desden en su ademan y acento: «Vuelve, y dí á tu señor que la nieta de Hozmin, *el vencedor de reyes* [73], aceptó sin vanagloria la mano de Muley Hacen, y hoy la suelta sin pena.» Quiso Aben Hamet replicarle; pero tornándole la espalda, se encaminó la reina hácia donde Boabdil reposaba, y le dijo alzándole del brazo: «recobra, hijo mio, recobra la salud; que el cielo es justo, y no nos faltará en la tierra un asilo.»

Inmóvil se quedó Aben Hamet, maravillado á su vez de la entereza que mostraba Aixa; y viéndola retirarse con Boabdil hácia su última estancia, y satisfecho con haberle hecho saber la voluntad del rey, partió sin pérdida de tiempo á robustecer el ánimo del monarca, para que no dejase impune el vilipendio de su autoridad.

CAPITULO XXVI.

Declara el rey su pasion: respuesta de Isabel.

Entre tanto Albo Hacen, preso de los amores de su cautiva como si le hubiesen dado bebedizos, no tenia mas anhelo que cerciorarse por sus propios ojos del estado de su salud; temiendo no le engañasen con favorables nuevas por calmar su inquietud y zozobra; hasta que al fin determinó pasar á la estancia en que se hallaba Isabel en compañía de Arlaja, despues de prevenir secretamente por medio de un esclavo que no le embarazasen el paso testigos importunos.

Halló el rey á Isabel recostada en una alcatifa, descolorido el semblante, los ojos bajos, el cabello destrenzado sobre los hombros; manifestando en su ademan y rostro la mella que habia hecho en su ánimo la reciente desgracia. Al ver entrar al Rey, dió muestras de querer levantarse, como para arrojarse á sus plantas; pero el apasionado mo-

narca lo estorbó con blandas razones, manifestandó recelo de que al mas leve esfuerzo se tornasen á abrir las heridas.

Las palabras del rey, sus miradas, y aun mas que todo su silencio mismo, dejaban traslucir la interna lucha que estaba trabada en su pecho: cien veces fué á hablar, y el temor puso un sello en sus labios; mudaba de conversacion sin órden ni concierto; y hasta vergüenza tuvo de sí mismo, al mirarse tan tímido y apocado en presencia de una cautiva.

De industria ó por acaso, alejóse Arlaja unos instantes, como para renovar los perfumes que humeaban en una especie de nicho, á la entrada misma de la estancia; y aprovechando el rey tan buena coyuntura, y sin ser parte á reprimirse, dijo asi á la doncella con acento tierno y apasionado: «Ya es en vano, criatura celestial, que te oculte por mas tiempo lo que pasa en mi corazon: desde el primer momento que te vieron mis ojos, tú sola entre tantas hermosas, tú sola has sido el blanco de mis deseos, el norte de mis pensamientos, el alma de mi vida... Yo no te

amo, Zoraya, como se ama en el mundo; yo te quiero, te adoro, como se ama en los cielos á las *houris* del Paraíso!».

Inclinóse el rey, cogió la mano de Isabel y la llevó á sus lábios; pero apartándola de pronto la doncella, y sin poder contener sus sollozos y lágrimas: «mi suerte, mi libertad, mi vida, todo, señor, está en tus manos; y aunque derramara por ti la última gota de mi sangre, nunca podria pagarte la piedad con que miras á esta desventurada huérfana.... Pero, óyeme, señor, óyeme por lo que mas ames, y no te ofenda mi atrevimiento: la hija del Comendador Solís no nació destinada á un trono; pero no será mientras viva la querida de un rey.»

Pronunció Isabel estas palabras con tal dignidad y entereza, que el mismo Albo Hacen se quedó sorprendido; y aun no le pesó que se acercase Arlaja, poniendo fin de esta suerte á una situacion tan penosa. Mudo permaneció el rey por larguísimo espacio, sin mirar siquiera á Isabel, cuyos sollozos se oian mas profundos y ahogados; hasta que

al fin, incierto y pesaroso, poco satisfecho de sí mismo y arrastrando con ira la cadena de su pasion, salió de aquella estancia, despues de manifestar á Isabel con tibias y mal concertadas expresiones cuán grato le seria su total restablecimiento.

Era costumbre entre aquellas gentes, trasmitida de siglo en siglo como herencia de sus mayores, que el rey todos los dias administrase por sí mismo justicia; para lo cual se colocaba, menos como juez que como padre, á la entrada de la *sala de Comares*, donde se veian esculpidas sobre la puerta estas consoladoras palabras: «*Entra y pide; no temas de pedir justicia, que hallarla has* [74]».

Mas al volver el rey de la morada de Isabel, y como le manifestasen algunos ministros de su corte que era llegada la hora de que diese la acostumbrada audiencia, despidiólos con desabrimiento; mandando que buscasen al cadí, para que desempeñase aquel cargo.

Encerróse despues en su aposento; y comenzó á vagar por él, como aque-

jado de alguna dolencia: el amor, el despique, la cólera, un confuso deseo de venganza, el peso de su propia grandeza, mil sentimientos en fin diversos y encontrados, pero todos amargos y enojosos, le traian desasosegado de una parte á otra, sin hallar en ninguna descanso. Hasta llegó al extremo (¡quién pudiera creerlo!) de querer doblar por fuerza la voluntad de Isabel y vengar asi su desaire; pero él propio se sonrojó de solo imaginarlo; y el noble comportamiento de la desvalida doncella, que provocaba el enojo del príncipe, le forzaba al mismo tiempo á respetar su honestidad, y acrecentaba, si posible era, el ímpetu de su pasion.

Postrado á manos del dolor en tan penosa lucha, indeciso, dudoso, determinado únicamente á poseer á Isabel, aunque fuese á costa de su propia vida, se tornó naturalmente su pensamiento hácia la odiada Aixa, causadora del daño que habia encendido mas y mas la pasion del rey, dando ocasion é impulso á que la confesasen sus labios; y por un cambio repentino, harto comun en las tormentas del corazon humano, la

ira provocada por la repulsa de Isabel se tornó al fin contra la reina.

CAPITULO XXVII.

Aben Hamet da cuenta al rey del éxito de su mensaje.

Tan violento era el estado en que se encontraba Albo Hacen, y tan poco firme y robusto el temple de su ánimo, que de allí á breves horas, cansado de reluchar consigo mismo, ya no anhelaba sino salir á cualquier costa de aquella situacion. Presentósele en esto Aben Hamet y le refirió lo acaecido, sin desfigurar los hechos ni adulterar las palabras; pero sí disponiendo unos y otras de tal suerte, que hiciesen impresion mas profunda en el corazon del monarca. Engañosa, á no caber mas, debe de ser la luz de los palacios, cuando hasta la misma verdad toma en ellos un viso de mentira.

Esperaba Aben Hamet que el rey se diese por sentido de la altivez de Aixa, y que se enconase mas y mas en su daño; pero satisfecho Albo Hacen

con que fuese ya sabedora de su repudio, y con ver allanado el principal obstáculo que le separaba de su amada Isabel, contestó meramente á las instigaciones del valido: «¿no ha de darse algun desahogo á la que se ve arrojada de un trono?.... Las palabras que arranca la ira, el viento se las lleva».

Con el secreto estímulo del odio que alimentaba contra los Zegries, ó bien á impulso de su carácter imperioso y resuelto, ó tal vez leyendo en el libro del porvenir, como cauto y prudente, no omitió Aben Hamet ningun medio de cuantos estimó á propósito para poner de bulto ante el monarca las resultas que podia acarrear su condescendencia, si se toleraba á aquella mujer vengativa permanecer en su propio palacio, al abrigo de su familia, á las puertas de una ciudad en que contaba tantos deudos y parciales. «Al enemigo herido no dejarle á los pies; que hasta el insecto se vuelve contra aquel que le huella».

No contestó Albo Hacen: y aunque sintió el peso de las razones de su privado, como era de por sí tan irresolu-

to y no tenia mas anhelo que satisfacer su pasion, prefirió exponerse á un peligro incierto y lejano, mas bien que empeñar desde luego la lucha con una mujer como Aixa.

Apremióle Aben Hamet con nuevas instancias, y cada vez con menos fruto; hasta que al fin, deseando el rey sellarle los labios, y de un modo que no le ofendiese: «agradezco (le dijo) tu lealtad y tu celo; pero tú, Aben Hamet, no eres padre, y yo no puedo olvidar que Boabdil es mi hijo.»

Al punto comprendió el sagaz moro que la intencion del rey era poner de por medio á Boabdil, para excusar que le temblase el brazo al descargar el golpe contra Aixa; y mostrándose mas bien obediente y sumiso que convencido y satisfecho, dijo sentidamente al desacordado monarca: «Alá quiera, señor, que el corazon me engañe, y que no aprendas con el tiempo lo que cuesta la venganza de una mujer; pero si mis pronósticos pueden salir fallidos, nunca fallarán mis promesas: sea cual fuere la suerte que el cielo te depare, vuelve, señor, la vista á los pies de

tu trono, que allí me hallarás vivo ó muerto.»

Acogió el rey estas palabras con semblante apacible, en que se reflejaba la bondad de su corazon; y á fin de lisonjear al valiente caudillo, buscando á la par excusa para no seguir sus consejos, le dijo al despedirle con blanda sonrisa en los labios: «Tú propio has echado por tierra la obra que levantabas: ¿cómo quieres que tema á una mujer quien tiene á Aben Hamet á su lado?»

Caviloso y malcontento salió este del palacio; y deseando hallar cuanto antes á quien abrir su pecho, bajó por la cuesta mas agria, por ser la via mas corta, y se encaminó *á la calle de Almanzora*, junto á las mismas puertas de la Albambra, donde le aguardaba su hermano con el xeque de los Gomeles [75].

Juntos los tres caudillos en un aposento apartado, conferenciaron largamente sobre los males que amagaban al reino, dejando en su seno mismo una tea de discordia, pronta á encenderse al primer soplo; y despues de lamentar la ceguedad del rey, que podia arrastrarlos consigo al precipicio, resolvieron

apercibirse con presteza y recato para desbaratar las tramas de sus enemigos.

CAPITULO XXVIII.

Resuelve el rey desposarse con Isabel.

No menos de tres dias, que le parecieron tres siglos, permaneció Albo Hacen en su aposento, abandonadas las riendas del Estado, y sin acoger siquiera á sus ministros y validos. Ni sabia qué partido tomar, ni tenia aliento para romper los grillos que le aprisionaban; y si alguna vez vislumbraba un rayo de esperanza, al punto resonaban en su oido las últimas palabras que pronunció Isabel: *la hija del Comendador Solis no será nunca la querida de un rey*.... «¿Y porqué no su esposa? (dijo al fin Albo Hacen alzándose de pronto); ¿cuál mas bella en el mundo ni adornada de mejores prendas? Cien y cien hermosuras me ofrecen sus encantos, mendigan mis miradas, me atosigan con sus caricias; y ella sola, ella sola, mísera, desvalida, no se ha dejado deslumbar por el brillo de mi grandeza....

¿Y si por ventura me ama? Yo he sorprendido alguna vez sus ojos que buscaban los mios, y al punto de encontrarlos clavábanse en la tierrra..... Sus expresiones de gratitud, tan tiernas, tan ardientes, como si las dictase el amor mismo..... su turbacion y recato al verse en mi presencia.... el placer que brilló en su semblante, al arrojarse á mis pies en la cueva... Por mí la sin ventura ha vertido su sangre; por mí sirve de blanco á los tiros de mis enemigos; apenas bastará á guarecerla la sombra de mi trono..... y yo la dejaré desamparada!.... Mi pueblo, mis vasallos..... ¿y quién de ellos, por infeliz que sea, no puede elegir por esposa á la amada de su corazon? Yo lo quiero, lo puedo, lo haré: no será el primer monarca en el mundo que ha dado su mano á una cautiva. Isabel es hija de un famoso guerrero..... su linaje, noble..... sus deudos, lo mejor de Castilla...... Y aun los príncipes de aquel reino, tan vanos de su honra y poderio, ¿cuándo se han desdeñado de enlazarse con doncellas ilustres? Monarca de ellos hubo, y de los mas famosos, que compartió el le-

cho y el trono con una de mi nacion y de mi estirpe; y no por eso amancilló su nombre ni su gloria [76].»

Al cabo de estas reflexiones, respiró Albo Hacen con mas desahogo, pronto á salvar las barreras que le apartaban de su dicha; pero un momento despues recayó en mayor desaliento; como el viajero que perdido el rumbo en tenebrosa noche se cree ya salvo al apuntar el dia; y descubre un torrente que le ataja los pasos.

Isabel habia nacido cristiana: ¿renunciaria por Albo Hacen á la ley de sus padres?.... Esta duda cruel empezó á atormentar al rey, tanto mas grave y angustiosa cuanto no estaba en su mano superar aquel nuevo obstáculo; pero anteponiendo la muerte misma, si necesario fuese, á permanecer por mas tiempo en tan amarga incertidumbre, mandó venir á Arlaja y le abrió de par en par su pecho.

Atónita y maravillada escuchó la mora la resolucion del monarca; y aunque mil veces antes, en los devaneos de su imaginacion, se hubiese lisonjeado con la esperanza de ver á su

hija en el trono, ahora que veia tan cercana su dicha, la reputaba un sueño, y temia despertar de su encanto. Ni aun expresar pudo con palabras lo que pasaba en su corazon: lloraba y sonreia al mismo tiempo; besaba los pies del monarca; y solo se oian en sus labios estas confusas voces: «Alá te ensalce y te bendiga!.... Los reyes de la tierra van á envidiar tu suerte... ¿qué mayor tesoro en el mundo?»

Regracióla el rey por tantas muestras de lealtad y cariño como daba la mora, que bien se percibia en ellas que amaba á Isabel con entrañas de madre; y despues de exigirle una vez y otra la promesa de alcanzar el consentimiento de la doncella, para verificar sin demora el anhelado enlace, le instó de nuevo, volvió á rogarle, despidióla al cabo; y al ir ya cercana á la puerta, salió el rey presuroso y le dijo como fuera de sí: «cuenta que no lo olvides! Dí que Albo Hacen le ofrece su corazon, su mano... pero que no tolera que desprecien sus dones.»

Inclinóse hasta el suelo la mora, y llevó ambas manos al pecho, en ademan

de ratificar su promesa; y el apasionado monarca se tornó á su aposento, tan inquieto y desasosegado como el que espera dentro de breve plazo su sentencia de vida ó de muerte.

CAPITULO XXIX.

Instancias de Arlaja: dudas é incertidumbre de Isabel.

Ademas de ser Arlaja muy sagaz y advertida, y de haberse amaestrado largos años en la escuela de la desgracia, poseia en la ocasion presente la singular ventaja de conocer á fondo la índole de Isabel, cual si fuese su propia hija; no habiéndose apartado de ella ni un instante casi desde la cuna. Asi bien puede decirse que leia en su corazon, aun mejor que ella misma; y como la desventurada doncella se veia en la flor de sus años desamparada y sola, su orfandad é infortunios habian estrechado mas y mas los vínculos que la unian con su madre adoptiva: no tenia en la tierra otro arrimo.

Ora fuese por afirmarla en este con-

cepto, ora para que renunciase á la esperanza de volver á tierra de Castilla, ó bien que la astuta mora vislumbrase con su deseo lo que al cabo realizó la pasion del monarca, lo cierto es que ya de antemano habia empezado Arlaja á insinuar á Isabel que su padre habia muerto en el rebate del castillo: y al ver que en tantos meses de ausencia y cautiverio no habia recibido la infeliz ni respuesta á sus cartas ni consuelo ni aviso, poco tardó en convencerse de que era cierta su desdicha. Roto el único lazo que la unia con su patria, abandonada de parientes lejanos, que ningun esfuerzo hacian para limar sus hierros, conservando un recuerdo tristísimo de sus primeros años, y mas prendada cada dia de los encantos de Granada, insensiblemente se acostumbró á la idea de pasar su vida en una mansion tan dichosa.

Arlaja por su parte no desaprovechaba ocasion, por liviana que fuese, de encarecerle su ventura; y como la índole de la doncella era de suyo blanda, poco á poco se fué amoldando á las costumbres y á los usos de las gen-

les con quienes vivia; cual si hubiese nacido en aquella tierra de su predileccion.

Ni descuidó la mora inculcar en el ánimo de la doncella que su libertad y su dicha pendian de la buena voluntad del príncipe, que le servia de escudo en medio de tantos peligros, celos, odios, ocultas tramas, rivalidad, envidia; por manera que al cabo llegó Isabel á contemplar al rey con tal gratitud y ternura, que bien puede decirse que le amaba, aunque ella misma lo ignorase. La memoria del reciente riesgo, de que se habia salvado como por milagro, la afliccion, el cariño, el vivísimo anhelo que en aquel trance habia manifestado Albo Hacen, su declaracion misma, que no se borraba ni un instante de la imaginacion de la doncella, hasta la postracion y desaliento que le causaban sus heridas, todo contribuyó de consuno á que sintiese mas vivo un desasosiego, un afan, cuya causa no comprendia; pero que iba á decidir de su futura suerte.

Aprovechóse diestramente Arlaja de la situacion de Isabel, no menos que

de los sentimientos que despuntaban en su corazon; y al anunciarle enagenada de júbilo la resolucion del monarca, tampoco echó en olvido despertar en el ánimo de la doncella la vanidad y el orgullo, que la habian alimentado con gratas ilusiones desde su infancia, y que debian desarrollarse con mayor fuerza, al tocar casi con la mano lo que apenas en sueños imaginó posible. «¡Yo esposa de Albo Hacen!» repitió Isabel una vez y otra, sin dar crédito á lo mismo que oia, y mas bien sorprendida que alborozada: las lágrimas se le saltaron, no siendo parte á reprimirlas; y sin darse cuenta á sí propia de lo que pasaba en su corazon, cubrióse el rostro con entrambas manos, como vergonzosa y confusa, y comenzó á llorar amargamente. «¿Qué tienes, hija mia? (le dijo Arlaja, estrechándola con amor en sus brazos.) «No sin razon llorabas, y mil veces te dejé desahogarte, al verte huérfana, desvalida, sin mas amparo que el del cielo y el mio..... pero en este momento en que llega á colmo tu ventura; cuando no hay en la tierra una mujer, por afortunada que

sea, que no envidie tu suerte; cuando hallas juntamente en Albo Hacen un protector, un amigo, un esposo.... ¿Ni qué mas prueba de amor que ofrecerte su mano y su corona? Tú sola vas á reinar en su corazon, á brillar en su corte, á ser el astro de Granada; tu fama volará de boca en boca por todo el ámbito del mundo; y hasta en el centro de la ruda Castilla, donde moran tus parientes ingratos, se sabrá que has debido á tu hermosura y tus virtudes no menor recompensa que un trono.»

Las palabras de Arlaja tan halagüeñas y suaves, los incentivos de la vanidad, que desplegó ante los ojos de la incauta doncella el cuadro mas seductor y lisonjero, y sobre todo el amor mismo, que empezaba á brotar en su alma con el vigor y lozanía de verde planta en una tierra virgen, se apoderaron de Isabel con tan mágico hechizo, que de allí á breves horas solo pensó en la dicha de verse esposa de Albo Hacen y reina de Granada.

Tanta era su irreflexion, bien fuese por achaque natural, bien por costum-

bre, ó tal vez efecto de sus pocos años y de su inexperiencia, que apénas comprendió las insinuaciones de Arlaja, cuando con sesga intencion y astuciosas palabras le indicó el principal obstáculo que se oponia á su enlace. Mostróse al pronto Isabel sorprendida, pasmada: alzó los ojos al cielo; y quedó luego silenciosa por larguísimo espacio, sin levantar siquiera la cabeza. Y no porque conociese el valor del sacrificio que de ella se exigia; pues tan descuidada habia sido su educacion en punto de tamaña importancia, (¿ni quién suple en el mundo la falta de una madre?...) á causa de las ocupaciones del Comendador y de haber abandonado su hija en manos de Arlaja, que los sanos preceptos y las augustas verdades del cristianismo apenas habian echado raices en el corazon de Isabel; y solo se habia acostumbrado, durante su infancia, á tal cual práctica de devocion.

Mas trasladada en breve á tierra extraña, lejos de los suyos y cercada de infieles, se fué borrando poco á poco de su alma una impresion tan leve y tan somera; como que nada se ofrecia

á sus sentidos que le recordase á lo menos la religion de sus mayores. Cosa extraña, increible, y sin embargo sobradamente cierta: la tierra mas privilejiada del cielo, como que en ella derramó á manos llenas sus gracias y tesoros; una de las primeras que oyó en el mundo la voz del Evangelio, anunciando á los hombres una ley de paz y mansedumbre; la que cuenta como glorioso timbre haber acogido en su seno á uno de los concilios mas antiguos y mas famosos; la que durante siglos de persecucion y servidumbre conservó viva la antorcha de la fé, y vió empapado el suelo en sangre de sus mártires; olvidadiza ahora, desconocida, ingrata, habia perdido hasta la memoria de la religion de sus padres. Templos, aras, sacerdotes, fieles, todo habia desaparecido: y al acercarse el plazo, señalado por la Providencia para romper el yugo de ciudad tan insigne y coronar con su reconquista la libertad de España, no quedaba en Granada ni rastro ni vestigio de la religion de los Recaredos y Alfonsos [77].

No debe por lo tanto causar mara-

villa que se mostrase Isabel menos apegada que debiera á la fé de sus padres: nada veian sus ojos, nada escuchaban sus oidos que se la trajese á la memoria: ella misma se habia acostumbrado á hablar la lengua de los infieles, se engalanaba con sus vestiduras, gustaba de sus baños, repetia sus cantares, imitaba por donaire sus gestos, su ademan, hasta el acento de su voz; por manera que era difícil, no sabiendo su patria ni su nombre, distinguirla de las moras que habitaban en el palacio.

Mostró no obstante sumo desplacer y desvio á la sola idea de mudar de creencia; no por propio convencimiento, ni aun siquiera por hábito; sino por una especie de instinto, nacido de altivez y de pundonor, que la retraia involuntariamente de prestarse á aquel sacrificio. Aun tal vez estoy por decir que hubiera vacilado largo tiempo, si solo se hubiese presentado á su vista el atractivo de una corona; pero el enemigo mas temible le abrigaba Isabel en su corazon, y casi rayaba en lo imposible que no se diese por vencida.

Aun no lo habian confesado sus la-

bios, ni tal vez ella misma lo creia, cuando cierta ya Arlaja de haber conseguido su triunfo, la apremió con nuevas caricias; y apuró todos los recursos de su ingenio para acabar de convencerla: «Por mi vida, hija mia (le dijo entre otras cosas), que no alcanzo á concebir de donde nace esa repugnancia: nosotros adoramos á un Dios, como vosotros, que ha criado los cielos y la tierra, y que solo exije de sus hijos que adoren el poder de su brazo y bendigan su misericordia: en nuestras mezquitas, en nuestras casas, en el mismo palacio, en las puertas y muros ¿qué has visto grabado por todas partes mas que el nombre de Dios, y repetidas de mil maneras su gloria y su alabanza? Al despertar el alba, al subir el sol á la mitad del cielo, al esconderse en occidente, al convidar la noche al descanso y al sueño, nuestros labios repiten el nombre del Altísimo, que no reclama en pago de tantos beneficios mas víctimas ni mas ofrendas. Adorar á un solo Dios, sin resabio ni vestigio de idolatría, purificar nuestros cuerpos para la salud y limpieza, y tener abier-

to el corazon y la mano en favor del desvalido y menesteroso, á estos preceptos está reducida la Ley que descendió del séptimo cielo; y el que cumple con tan fáciles y tan gratos deberes recibe en premio una lluvia de dones, y ve abrirse al morir ambas puertas del Paraiso."

No contestó Isabel ni con voz ni con gesto; y antes bien permaneció cabizbaja, como confusa y pesarosa; lo cual visto por la mora, prosiguió en estos términos: « Como tienes tan pocos años y aun menos experiencia, tu propia imaginacion te presenta montes y precipicios, donde solo te ofrece tu ventura una senda trillada: millares de cristianos, y de los mas ilustres, se han acogido á nuestro suelo y han preferido disfrutar sus delicias, trocando de buen grado su religion y patria: pregúntalo á tantas familias como pueblan la ciudad de Granada, y que apenas recuerdan el nombre de Castilla, á pesar de que allí nacieron sus mayores [78]. ¿Y quién sabe, hija mia, si el cielo te destina, en los arcanos de su misericordia, para ser amparo de los tuyos, madre

de los cautivos, iris de paz entre ambas naciones?"

Alzó los ojos Isabel y los clavó tristemente en Arlaja, estrechando sus manos con la mayor ternura: «No me abandones, madre mia, y ten piedad de esta desventurada: nunca he necesitado mas tu apoyo y tus consejos; que yo, pobre de mí, ni sé lo que pasa en mi alma, ni tengo nadie en el mundo á quien volver los ojos!» En diciendo esto, comenzó á llorar la cuitada con tanta afliccion y desconsuelo, que apenas pudo Arlaja conseguir al cabo de gran trecho que algun tanto se aserenase; y no queriendo apremiarla mas, compadecida de su mísero estado, la condujo hasta el lecho, y la colocó en él con las mayores muestras de amistad y cariño.

CAPITULO XXX.

Determinacion que tomó Isabel: lleva Arlaja la respuesta al rey.

Próxima á sentarse en un trono y á ser esposa del único hombre á quien

habia amado, difícil es imaginar una suerte mas próspera que la que se ofrecia á vista de Isabel; y sin embargo, tal fué la lucha que se trabó en su ánimo, al verse abandonada á sí misma en medio del silencio y la oscuridad de la noche, que pocas pasó tan largas y tan tristes en todo el curso de su vida. Hasta las lágrimas y sollozos tenia que reprimir, por no exponerse á las tiernas reconvenciones de su amiga y aun á sus instancias y caricias, que en aquella ocasion le eran graves; y despues de permanecer una hora y otra hora en la agitacion mas violenta, su misma congoja y cansancio la rindieron en brazos del sueño. Entonces fué cuando padeció la infeliz un linaje de tormento tan cruel que hasta el alma se le partia: los recuerdos de su infancia, la memoria de un tierno padre, el castillo, los desposorios, los estragos y muertes de aquella noche de desolacion, la imágen del malogrado esposo, que parecia revivir ahora y presentársele salpicado en su sangre, todos los objetos mas tristes que podia ofrecerle la imaginacion, pasaban unos tras otros por

su agitada fantasia; y para que fuese mayor su pena y mas recio el contraste, se mezclaban confusamente en el oscuro cuadro las delicias de Granada, el palacio, Albo Hacen, fiestas, amores, trono. La vida tal vez le costára, á durar mas tiempo el ensueño; porque no parecia sino que una mano de hierro le estaba apretando el corazon; y á duras penas pudo arrojar un grito, al despertar despavorida. Acudió al punto Arlaja, y abrió las ventanas de un *ajimez*, que daba vista al Dauro, para que el ambiente de la mañana y la luz apacible del dia calmasen la congoja de la doncella; y despues de dejarla desahogarse con abundante llanto, empezó á decirle palabras de consuelo, hasta que calmándose al fin lo agudo del dolor, cayó la desdichada en un profundo abatimiento. Mil veces le demandó Arlaja lo que habia de contestar al rey, sin alcanzar ni la menor respuesta; hasta que cansada Isabel de tan porfiada lucha, y mas bien como quien cede á la lima sorda del ruego que como aquel que acepta un don de la fortuna, díjole en voz sumisa y ahogán-

dola los sollozos y el llanto: «mi suerte, madre mia, está en tus manos.... haz de mí lo que quieras... y Dios, que ve mi alma, me mire con ojos de clemencia!» Arrojóse en brazos de Arlaja, y permaneció en ellos por buen trecho, bañando el seno de su amiga con las lágrimas que vertia; y tal era su pesar, tal su dolor y angustia, que temiendo la mora no se desvaneciese, la animaba con sus voces, besaba amorosamente su rostro, enjugaba su llanto; sin atreverse á dejarla sola para llevar la respuesta al rey.

Salió al fin con este propósito, cuando creyó que Isabel se mostraba ya menos aflijida; pero apenas se vió sola la desventurada doncella, derramó un torrente de lágrimas, represadas largo tiempo contra su voluntad; y sin saber ella misma lo que hacia, saltó fuera del *alhamí* ó alcoba, cerró las puertas de la estancia, y cayó de rodillas sobre las duras losas. Ambas manos unidas y levantadas al cielo, descolorido el semblante; el cuerpo inmóvil, el ademan sumiso y religioso, parecia Isabel una estátua de mármol, de las que suelen

verse en los antiguos templos arrodilladas sobre los sepulcros; mas volviendo de pronto en sí, con mayor dolor y sobresalto, desprendió de una cinta una crucecita de oro, que habia traido siempre al pecho desde el dia en que nació. Era un triste recuerdo de su madre, de su desventurada madre, que en el momento mismo de morir se la quitó del cuello y la entregó á su esposo, sin poder articular ni una sola palabra; pero mostrándole con la mano la cuna destinada á la prenda de sus entrañas; y como se hubiese arraigado en la familia la tradicion piadosa de que aquella cruz contenia una reliquia de gran precio, traida de la Tierra Santa por uno de los ascendientes del Comendador, habia crecido hasta lo sumo la estima y veneracion en que era tenida aquella alhaja. Al verla ahora Isabel en sus manos, y quizá por la vez postrera, sintió correr por sus miembros un sudor frio, y comenzó á temblar como la hoja en el árbol: arrimó la cruz á su boca, la estrechó entre sus lábios, la regó una vez y otra con abundantes lágrimas; y encerrándola

en una cajita de nácar, en que solia guardar sus joyeles, la escondió azorada en la tierra, removiendo la de un vaso precioso, en que criaba con sus propias manos yerbas olorosas y flores [79]. Miró despues en derredor, por si alguien la habia visto; asomóse á la puerta; corrió otra vez al lecho; y arrojándose en él desfallecida, quedó tan inmoble y helada cual si fuese un cadáver.

Entre tanto rebosaba el gozo en el aposento del rey; nunca en su vida habia experimentado tanta felicidad: ¿qué valen, á par del amor, gloria, poder, grandeza? Iba á poseer el sumo bien que habia codiciado su corazon; y lo debia, no á la ruda violencia ni al villano interés, sino á la voluntad de su amada, á su gratitud, á su cariño, de que le daba tantas muestras: ya habia derramado por él la sangre de sus venas; habia expuesto su vida; le sacrificaba ahora su familia, su patria, hasta el Dios de sus padres... ¿Qué hombre mas feliz en el mundo?

Embriagado con tamaña dicha, mostrábase Albo Hacen como fuera de sí;

hacia mil demandas á Arlaja, le ofrecia recompensas y dones; y tal era su afan por oir una vez y otra de los propios labios de la mora lo que tanto halagaba sus deseos, que no acertaba á desasirse de ella, para que volviese á su estancia.

Concertaron, antes de separarse, que hasta pasadas algunas horas no se presentase el rey á vista de Isabel, para dejarle al menos lugar y espacio de preparar su ánimo; pero que al punto se dispusiese todo para celebrar el desposorio no mas tarde que al siguiente dia, sin pompa ni aparato, hasta que despues se publicase con tales fiestas y alegrias, cual nunca en muchos siglos las hubiese presenciado Granada.

Lo que restaba de aquel dia lo empleó el apasionado monarca en encarecer su ventura á sus validos y cortesanos; los cuales, lejos de retraerle de que llevase á cabo su designio, se esmeraban á porfía en realzar la hermosura y prendas de Isabel, como si el cielo mismo la hubiese destinado para recompensar con su mano las virtudes de tan buen príncipe; mas á la par que cele-

braban su felicidad y su triunfo, se repartian ya en la mente dones, premios, despojos.

Arlaja por su parte (forzoso es hacerle esta justicia) olvidaba su propia suerte, y solo pensaba en la dicha de la hija de su corazon: apènas lo consintió el rey, voló inquieta al lado de Isabel; y como la hallase sin conocimiento y sin habla, la acorrió con la mayor ternura, suministróle bálsamos, esencias; y no tuvo descanso ni consuelo hasta que la vió tornar en sí y respirar con mas desahogo.

No perdonó despues esfuerzo humano por calmar su afliccion y zozobra; la alentó con blandas razones; desarrolló á su vista cuanto podia cautivar su imaginacion; y para no exponerla, en el estado en que se hallaba, á la viva impresion que habia de experimentar al ver á su lado á Albo Hacen, recabó al fin del bondadoso príncipe que retardase su venida hasta el próximo dia, que iba á coronar su ventura.

CAPITULO XXXI.

Vuelve á morar Isabel en el palacio de la Alhambra.

Poco despues de haberse libertado Isabel del inminente riesgo que habia amenazado su vida, y como creciese por momentos la pasion del monarca, no se habia contentado este con la habitacion destinada á la hermosa doncella, y la trasladó á otra de mayor regalo, libre del bullicio y confusion del palacio, pero apegada á él como parte del mismo edificio. De esta suerte se prometió Albo Hacen dar una muestra señalada de cariño á Isabel, no confundiéndola con las demas cautivas, y tal vez disfrutar por su parte mas cumplido deleite, ocultando sus nuevos amores con cierto velo de misterio. Tan solo Arlaja y unas cuantas esclavas africanas habitaban en la misma casa, no magnífica por su extension y grandeza; pero sí adornada con exquisito primor, y aun mas si cabe que el alcázar régio. Los suelos de alabastro, las techumbres

de madera entallada y su esmalte de oro, nácar, azul del cielo y púrpura de oriente; formados los alizares ó frisos con mosáicos de menudas piezas, y las paredes de una labor riquísima, con lazos, estrellas, arcos, colgantes, inscripciones. Las vistas sobre todo, que desde su altísima torre se disfrutaban, eran tan várias y amenas, que han perpetuado el nombre de aquella mansion de delicias, hoy casi desmoronada y por tierra [80].

Al salir Isabel de aquel tranquilo albergue, la mañana misma en que iban á celebrarse sus bodas, se sintió tan apesadumbrada que las lágrimas se le saltaron: no parece sino que el corazon le predecia que dejaba su quietud y su dicha en aquel apartado recinto. Mas Arlaja, por no dejarla ni un instante siquiera abandonada á sus propias reflexiones, habia concertado con el rey que, apenas alborease el dia, se trasladara Isabel á los suntuosos aposentos que como á reina la estaban destinados. Hallábanse cabalmente no lejos de la casa que dejaba, entre dos hermosos jardines, conocido el uno con el nombre de *pa-*

tio de los leones, (por los doce de mármol que sostienen la espaciosa fuente) [81] y situado el otro vergel, en que se cultivaban con especial esmero las mas raras y exquisitas flores, al lado opuesto, vuelta la cara al rio, á los cármenes y á Generalife. Un mirador, cómodo y anchuroso, daba vista á este *jardin*, llamado comunmente *de Lindaraja* [82] con una fuente en medio, de forma circular ó de estrella, al gusto de los árabes. La sala principal de los aposentos de la reina era la que hoy se apellida de las *dos hermanas*, á causa de dos losas iguales, de extraordinaria magnitud y blancura, que enriquecen su pavimento [83]; y aunque no sea tan grande ni tan magnífica como la de la *torre de Comáres*, (destinada segun antigua tradicion á la pompa de la potestad régia) [84] aun es mas delicado su ornato, su labor mas menuda y graciosa, su aspecto mas risueño y apacible. No parece sino que desde el momento mismo de labrarla, la dedicó el artífice á las gracias y á la hermosura; y aun tal vez por eso enlazó con hojas y flores, en los labrados muros, el nombre de *felicidad* [85].

La que cabia á Isabel, al recorrer en compañía de Arlaja aquel encantado recinto, aun fuera mas cumplida, si no sintiese en lo íntimo de su corazon cierto dejo de melancolía; pero por mas que se complacian sus ojos y se embelesaba su imaginacion á vista de tantos objetos halagüeños; estaba muy lejos de juzgarse dichosa. La astuta mora, que lo echaba de ver, no omitia medio alguno para desparcir el ánimo de la doncella: le hacia recorrer los várias aposentos, ricamente alhajados para su uso y situados todos ellos al rededor de la estancia principal, hasta que al cabo la condujo, como término de descanso, al mirador bellísimo, formado de leves arcos y graciosas columnas, que da vista á la *sala de las dos hermanas* y al magnífico *patio de los leones*; viéndose desde allí al mismo tiempo correr el agua de la hermosa fuente, saltar por mil partes á la vez en los cenadores, y despeñarse por canales de mármol, bajando á unirse en el jardin desde una y otra sala [86].

Como en nada encontraba Isabel

tanta recreacion y deporte como en la música y el baño, con leve esfuerzo la condujo la mora á las soberbias estancias, destinadas para bañarse las reinas de Granada: allí sí que habia reunido la naturaleza y el arte cuanto puede halagar el alma y los sentidos. El pavimento de bruñidas losas; los zócalos de azulejos, las colores vivas, la labor de riquísimo alicatado; las paredes mas tersas que la plata, y por techo una elevada bóveda, salpicada de lumbreras en forma de estrellas, como para remedar en aquella mansion de delicias la tibia claridad de la noche. Espaciosos baños de mármol (que ha respetado el curso de tres siglos) recibian el agua purísima, que parecia manar de los muros y brindar con apacible temple, á medida y sabor del deseo; y para que nada faltase al regalo y deleite, no lejos de los baños se veian, poco levantadas del suelo, dos *alhamis* ó alcobas, con alfombras y cojines de Persia; en tanto que allá junto al techo (recatada la vista con los calados muros, á manera de un finísimo encaje) se percibian los ecos de

la música, que convidaba al descanso y al sueño [87].

Imposible pareceria, á no saberse la falta de reflexion propia de los pocos años y la inconstancia natural de la imaginacion de las hembras, que en el trascurso de breves horas se encontrase Isabel tan aliviada como se halló por buena dicha despues de reposar del baño. Hasta la convidó Arlaja, para distraer su ánimo, á pasar con ella unos instantes en la *sala de los secretos*, de allí poco lejana, y con cuyo mágico artificio se habia solazado la doncella en dias mas tranquilos [88]; pero Isabel, que comprendió la intencion y designio, le contestó meramente con una mirada, llena de expresion y ternura.

Bien fuese por el estado de languidez en que se hallaba, bien por encogimiento y recato, ó tal vez por confianza en su propia hermosura (que mas de una vez el orgullo se confunde con la modestia), desdeñó Isabel ataviarse aquel dia con espléndidas vestiduras y galas; y prefirió un ropaje sencillo, mas cándido que el ampo de la nieve, el

ceñidor de seda azul turquí, y en la cabeza un almaizar del mismo color, pero mas apacible y suave; como el que ostenta en los campos la tierna flor del lino. Ni consintió adornar con ricas sartas las trenzas de su cabello, su pecho ni su garganta; pero en el mismo instante en que rehusaba engalanarse con joyas de subido precio, ya fuese á una seña de Arlaja, ya que hubiese llegado la hora convenida, sonó en la puerta un ruido levísimo, como si alguien intentase abrirla con timidez y recelo. Sobresaltóse Isabel, sonriyóse la mora, acudieron las esclavas; y vieron en el quicio, como ufana de ser la mensajera de su dueño, una linda gazela que le habian traido á Albo Hacen desde Africa, y que se habia criado en el palacio mismo. El garboso animal, como si una especie de instinto le guiase, entró con veloz paso dentro del aposento y se paró frente á frente de Isabel, con la cabeza enhiesta y los ojos clavados en su rostro: hasta que advirtió la doncella que traia pendiente del cuello un canastillo de filigrana, lleno de azahar y violetas, y en medio de las flores dos

ricas aljorcas de oro para la garganta del pié; esmaltadas con tan varios y tan vivos colores como las alas de la mariposa, y grabado en cada una de ellas un ingenioso verso, que decian ambos de esta suerte:

Esclava soy del amor.
Mas esclavo es mi Señor.

En mas estima tuvo la doncella esta fineza del monarca que si le hubiera ofrecido todos los tesoros del mundo; y como si quisiese mostrarle su agradecimiento acariciando á la linda gazela, la besó en la frente, echóle los brazos al cuello, y en este ademan sorprendióla el rey, mostrándose de improviso en la puerta.

La turbacion de Isabel es harto fácil de concebir; pero no fué menor la del monarca, que en medio de su poder y grandeza, como que se mostraba tímido al lado de la que tanto amaba: pocas palabras acertó á decirle para manifestarle la dicha que rebosaba en su corazon; mas ni un solo punto apartaba de ella los ojos, y con sus tiernas mi-

radas parecia decirle: «dentro de un instante eres mia.»

CAPITULO XXXII.

Despósase Isabel con el rey.

A poco de llegar el rey, vino en su seguimiento Aben Hamet, acompañado del cadí; en tanto que aguardaban en el jardin vecino algunos ministros inferiores, alcaides y caudillos. A una leve señal colocóse Arlaja al lado de Isabel, echándole sobre la cabeza un *alhareme* ó velo, de cendal tan sutil que dejaba traslucir sus facciones, y aumentaba, si posible era, su encanto y sus hechizos; aguijando á la par la curiosidad y el deseo. Precedíalas el rey, vestido con traje modesto, pero que realzaba su magestad entre las ricas galas de caudillos y cortesanos; la túnica ceñida á la usanza de Persia, y en la cabeza un turbante oriental, con solo una garzota.

Atravesaron en silencio por el *jardin de Lindaraja*, y se encaminaron al extremo del *patio de los Leones*, que da vista al oriente, donde un laberinto

de apiñadas columnas forma una especie de templo de las gracias, y da paso á una estancia magnífica.

La situacion de la sala, su grandeza y ornato, los tres recintos que se hallan en su frente, y el oro y las pinturas que enriquecen sus bóvedas, todo contribuye á indicar (aun cuando el antiguo nombre no lo confirmase) que aquella parte del palacio estaba destinada á los actos solemnes. Mas de una vez el rey, rodeado de ancianos venerables, solia allí mismo administrar justicia ó pesar en fiel balanza los graves intereses del estado; y en el mismo paraje en que se conserva aun hoy dia el recuerdo de aquel antiguo uso, se celebró sin pompa el desposorio del monarca [89].

Unicamente entraron en el privilejiado recinto el cadí, que reunia en su persona la noble prerogativa de juez y la alteza del sacerdocio, el caudillo Aben Hamet, como magistrado supremo de la ciudad, y unos cuantos *talbés*, ministros inferiores, que habian de servir de testigos: los alcaides y cortesanos se derramaron por la espaciosa sala, inclinada la frente, y tan sumisos

y silenciosos que ni á respirar se atrevian.

Leyó el cadí en alta voz la escritura ó contrato, que iba á poner el sello al venturoso enlace; mas al tiempo de pronunciar el nombre de la esposa, sintió la doncella tan encendido el rostro cual si en él reflejara una llama; y bajó los ojos al suelo, vergonzosa y confusa. Empero Arlaja, que estaba junto á ella, haciendo las veces de madre en aquella augusta ceremonia, le estrechó con ternura la mano, y le dijo al oido: «¿te pesa llamarte, hija mia, como la que tantas veces apellidaste *hermana*?» Es de advertir, que desde el momento mismo en que se presentó Isabel en palacio, la admiracion de unos, la lisonja de otros, y el deseo en todos de congraciarse con el rey, habian arraigado la costumbre de apellidar á la hermosa doncella con el sobrenombre de *Zoraya*; ella misma respondia cuando asi la llamaban; y acabó por quedar en desuso y olvido el nombre que recibió en su patria. Mas como fuese preciso que elijiese otro, al ir á desposarse con el rey, se habia negado á ello du-

rante todo el dia que precedió á la boda, mostrando con su silencio que le costaba mucho el doloroso trueque; hasta que al cabo, conociendo Arlaja su índole dócil y flexible, la habia convencido á que tomase el nombre de *Fátima*, en memoria de su sobrina, la menor en edad y á la que Isabel mas amaba.

Requirió el cadí, con acento grave y pausado, el consentimiento de ambos esposos; dándolo el apasionado monarca de lo íntimo de su corazon con voz clara y sonora; y echándose de ver en la turbacion de la doncella el contraste del pudor y de la ternura. El rico pergamino, en que estaba escrito el contrato con letras de mil colores sobre campo de oro, le recogió de manos del cadí el mismo Aben Hamet, como alguacil mayor de Granada, á fin de custodiarlo en los régios archivos; y antes de finalizar aquel acto, presentó Albo Hacen á su esposa, como por via de arras, dos azafates colmados de joyas y preséas, que con su brillo deslumbraban los ojos; dándole despues, envuelto en seda, un pliego escrito de su propia mano, en que le afianzaba una riquísima

dote, y entre otras dádivas un palacio de los mas amenos, situado á las márgenes del Genil, y en que se criaban para recreacion de los reyes las aves mas vistosas y raras de todas las partes del mundo [90].

Sorprendida se mostró la doncella, y casi involuntariamente esquivó la mano, al ofrecerle aquel presente el rey: como si la luz de un relámpago brillase de repente á su vista, recordó que era costumbre y uso entre aquellas gentes asegurar con rica dote la suerte de la esposa, para el caso en que el marido la repudiase sin causa; y dándole un vuelco el corazon, y brotando en sus ojos las lágrimas, sintió tal contraste y angustia, que no fué parte á sustentarse en pié, y se arrojó á los del monarca: «yo no tengo mas amparo en el mundo... por compasion, al menos, no abandoneis á esta desventurada!...» — «¿Qué dices, esposa de mi vida, qué dices? (le interrumpió sorprendido Albo Hacen, procurando levantarla del suelo). — «No me alzaré de aquí, (prosiguió la cuitada) sin que antes me jureis no apartarme jamás de

vuestro lado... Guardad, señor, guardad vuestros tesoros; que si algun dia perdiere por desdicha vuestro amor y ternura... yo sí que os lo juro desde ahora con el alma y la vida: no habré menester entonces riquezas ni palacios; me bastarán pocos palmos de tierra.» Al decir esto, volvió tristemente la vista hácia la *rauda* ó panteon de los reyes, que de allí muy poco distaba [91]; y quedóse tan inmóvil y yerta, que á duras penas pudo el rey levantarla y estrecharla cariñoso en sus brazos.

Asi que lo hubo consentido el abatimiento de Isabel y la sorpresa del monarca, rogóle este de nuevo que aceptase algunos dones; mas no pudiendo vencer la obstinacion de la doncella, y temiendo lastimarla con repetidas instancias, «pídeme lo que quieras, (le dijo) y que disfrute yo la dicha de escucharlo de tus propios labios: ¿de qué me sirve el poder de un trono, si no tengo un solo don que ofrecer á mi esposa?» Alentada la doncella con estas palabras, en que se retrataba la pasion del monarca no menos que su in-

dole generosa, le contestó al cabo de unos instantes, y no sin turbacion y encogimiento: «pues es tanta vuestra bondad para con esta desdichada, una sola gracia me atreveré á pediros.»—«No te detengas, habla; mi vida misma, si la quieres, es tuya!»—«Yo he sido muy infeliz; harto lo sabeis, señor, pues que habeis enjugado mis lágrimas....»—«¿Y á qué te aflijes con ese recuerdo, ahora que se ha colmado tu ventura y la mia?.»—«Escusadme, señor, si os causan pesadumbre mis palabras; mas por lo mismo que soy ahora dichosa, no puedo echar en olvido á los que son muy desdichados... En vuestro reino, señor, en este mismo palacio, hay no pocos cautivos, como yo lo he sido hasta hoy dia... Romped, señor, sus hierros, y que vuelvan á abrazar á los suyos... Yo os lo ruego por mi amor, por estas lágrimas que vierto... es el mayor presente que podeis hacerme en la vida!».

El desinterés de Isabel, su candor, su ternura, acabaron de hechizar al rey, que la miraba como á un ángel del cielo: mandó inmediatamente abrir las

mazmorras de la Alhambra y soltar centenares de cautivos cristianos; y á pesar del delirio de la pasion y de la embriaguez del deleite, repitió mil veces despues, en lo restante de su vida, que no habia disfrutado momento mas dichoso que cuando vió llegar á aquellos infelices llorando de alegría, arrojarse á sus plantas, y colmar de bendiciones á la esposa que tanto amaba.

De esta manera, por un encadenamiento de sucesos peregrinos, extraños, casi maravillosos, se asentó como reina en el trono musulman de Granada una doncella cristiana, cautiva en la flor de sus años; y cabalmente á tiempo en que aquel mismo trono, al parecer tan firme, estaba próximo á desplomarse, á impulso de una reina, honra y prez de Castilla, que tambien habia recibido en la cuna el nombre de *Isabel.* Pocos hechos tan singulares ofrece en sus fastos la história [92].

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

Notas.

(1) « Enrique IV (dice un juicioso escritor, cuya memoria me será siempre grata), heredó el ánimo apocado y servil con el reino. Incierto y pusilánime en sus resoluciones, despreciado de sus vasallos, corrompido en sus costumbres, amigo de placeres que le negaba naturaleza, llegó á aborrecer de todo punto los negocios, y los abandonó al capricho y antojo de sus ambiciosos privados. De aqui nacieron las discordias de la familia real, los horrores de la guerra civil y los peligros que corrió la corona de Don Enrique; pero la indolencia del monarca hacia inútiles las lecciones de la adversidad. Mientras la corte pasaba en justas y galanteos el tiempo que se debia á los cuidados del gobierno, mientras vagaba flojamente de bosque en bosque tras la distraccion

y entretenimiento de la caza, los próceres se hacian cruda guerra unos á otros en las provincias, y se repartian impunemente los despojos de la corona y la sustancia de los pueblos. Daba muestras de deshacerse entre los de Castilla la mútua sociedad de intereses que forma la república. La moneda adulterada de resultas de los privilejios concedidos indistintamente para acuñarla, y alguna vez de órden del mismo Enrique, era excluida de los tratos. Los malhechores, no ya en tímidas y fugaces cuadrillas, sino en tropas ordenadas y numerosas, se levantaban con castillos y fortalezas, desde los cuales cautivaban á los pasajeros, obligaban á rescatarlos, y ponian en contribucion las comarcas y aun las primeras y mas populosas ciudades del reino. Era general la corrupcion, la venalidad, la violencia: la insensibilidad de Enrique crecia á par de las calamidades públicas; y el Estado sin direccion ni gobernalle, combatido por todos los vicios, inficionado de todos los principios de disolucion, caminaba rápidamente á una ruina cierta é inevitable.»

«En tal situacion recibió Isabel los dominios de Castilla.»

(*Elogio de la reina Católica Doña Isabel*, por Don Diego Clemencin: se halla en el tomo VI de las *Memorias* de la Real Academia de la Historia).

(2) La familia de los señores de Luque, enlazada desde tiempos remotos con la grandeza de Castilla y de Portugal, contaba ya entre sus ascendientes á Don Pedro Venegas, uno de los conquistadores de Córdoba, en tiempo del Santo Rey; y á Don Egas Venegas, tercer señor de aquel

estado, quien *se señaló á maravilla* (como dice un historiador) en la conquista de Antequera.

En el reinado de los Reyes Católicos, el poseedor de aquella ilustre casa fué uno de los caballeros de Andalucía que prestaron sin demora obediencia á tan esclarecidos príncipes, continuando los servicios de sus mayores en la frontera de su villa, y contribuyendo al feliz éxito de la guerra de Granada, sobre todo á la victoria alcanzada contra el Rey Chico, de cuyas resultas quedó este prisionero.

(Véase la *Historia de la casa de Cabrera*, *en Córdoba*, y la *Crónica del gran cardenal de España*, &c. por Don Pedro de Salazar y Mendoza).

(3) « El crédito que ha tenido tambien entre los crédulos é ignorantes de España el uso de la mano de tejon, y la de marfil y de azabache, sacó su orígen de esta supersticion ridícula, que nos han comunicado los moros. Aun el dia de hoy tenemos ejemplo de ella; y la higa, que es la representacion de la mano en la forma que hemos indicado, se vé pendiente de la cintura de los niños, y del cabezon ó freno de los caballos, de la jaula de algun canario y de otros muchos seres vivientes, á quienes se quiere libertar del mal de ojo, que podria causarles la aficion con que se les mira por los que tienen el poder funesto, aunque involuntario, de fascinar. »

(*Nuevos paseos por Granada*, publicados por Don Simon Argote : tom. 2.°, *paseo* 1.°)

(4) « Esencial y séria por carácter, poco aficionada á las fiestas y distracciones que suele amar su sexo; enemiga de truhanes, agoreros y otras sabandijas palaciegas, que en aquella era

mas que en otras abundaban en las casas de reyes y poderosos, y tal vez hallaron entrada en la de su marido, buscaba el descanso de las fatigas del gobierno en las labores mujeriles, sin adivinar cómo podian compadecerse la felicidad y el ocio, la frivolidad y la paz interior del alma.»

(*Elogio de la Reina Católica Doña Isabel*, por Don Diego Clemencin).

"No fué tenida por larga (dice un historiador) ni lo pudo ser; porque le privó de la materia la pobreza con que entró en el reino y le halló, y despues las guerras y conquistas detuvieron la mano de la liberalidad.»

«En un año deprendió latin, para rezar las horas canónicas: tuvo por maestra á Doña Beatriz Galindo, fundadora del hospital de la Latina en Madrid. Amaba extraordinariamente á su marido; y de aquí nació el ser algo celosa, condicion de mujeres castas y honestas, con que se criaban en palacio las hijas de los mayores señores de España con mas recato que en un convento; porque las celaba mucho..... Deseaba la reina que los caballeros pajes en su casa y tambien las damas supiesen la lengua latina; y ella tambien deseaba mejorarse en ella.»

(*Historia eclesiástica de Granada*, por Bermudez de Pedraza: *part.* 3.ª, *cap.* XXXII).

(5) «Es Granada la metrópoli de las ciudades marítimas, cabeza insigne de todo el reino, madre benigna de marinos, albergue de peregrinos de todas naciones, huerto contínuo de frutas, que sin interrupcion se suceden unas á otras, encanto de los hombres, erario público, ciudad

muy celebrada por sus campos y fortalezas, mar inmenso de trigo y de acendradas legumbres, como asimismo manantial inagotable de seda y de azúcar. No lejos de ella sobresale una sierra, notable por la blancura de las nieves y por la bondad de las aguas. A esto se allega lo saludable del aire, la multitud de amenísimos huertos, y la variedad de yerbas y de exquisitos aromas; siendo lo mas singular que no pasa dia del año en que no se siembre, y haya verdes campos y risueños pastos. Su terreno abunda en oro, plata, plomo, hierro, atutía, marcasitas y zafiros. En sus montes y lagunas se cria peucédano ó yerbatun, genciana y espliego; por último produce cochinilla; y hay tal abundancia de seda, que sirve para el consumo y aun sobra para el comercio; con la singularidad de que de estas ropas de seda se puede decir sin reparo que en suavidad, delicadeza y bondad aventajan con mucho á las de Syria.»

(Fragmento de la *Historia de Granada*, por Abu Abdallah Ebu Alhatib, inserto en la *Biblioteca arábigo-hispana-escurialense*, del erudito Casiri).

(6) «Estaba esta ciudad en tiempo de moros cercada de murallas y torres de argamasa tapiada; y tenia doce entradas al derredor, en medio de fuertes torres con sus puertas y rastrillos, todo doblado y guarnecido de chapas de hierro, y sus rebellines y fosos á la parte de fuera.»

«Hecho un cuerpo y una ciudad, los reyes la ciñeron de muros y torres, como se vé el dia de hoy, en la cual hay *catorce puertas principales*, sin las dos que estan en el barrio del *Albaicin*...»

«Los muros que la rodean tienen *mil y trescientas torres*.»

(Esto escribia Luis del Mármol, que se hallaba en Granada al promediar el siglo XVI. (*Historia del rebelion y castigo de los moriscos* &c: lib. 1.°, cap. IX).

Un autor mas antiguo, que escribia en Granada recien verificada su conquista, se expresó de ésta suerte: «Tiene la ciudad en circuito casi tres leguas, y todo ceñido y cerrado de todas partes con edificios, y fortalecida con mil y treinta torres, para defension; tiene doce puertas, de las cuales las que estan á la parte del occidente tienen muy buenas salidas, y campos alegres y deleitosos, y las otras puertas que estan al oriente son mas difíciles: ademas de esto, en la ciudad de Granada y en toda su region hay muy grande fertilidad de todas las cosas que son necesarias á la vida humana y á la labranza, y muy saludable templanza del aire y del cielo. Adonde ni la tierra con el demasiado calor del sol es quemada, ni con la frialdad es encogida; y los hombres gozan de contínua templanza.»

(Lucio Marineo Sículo: *De las cosas memorables de España*, lib. XX.)

(7) «Y porque esta nacion (dice el insigne Hurtado de Mendoza) se vence tanto mas de la vanidad de la astrología y adivinanzas, cuanto mas vecinos estuvieron sus pasados de Caldéa, donde la sciencia tuvo principio.»

(*Historia de la guerra de Granada*: *lib*. 1.°).

(8) No sea que algun erudito, de los que andan á caza del menor desliz para cogerle al vuelo, se prevalga de la ocasion para sacarme

los colores al rostro, debo manifestar, á fuer de historiador concienzudo y escrupuloso, que no estoy muy seguro de que las hacanéas en que cabalgaban las damas de Isabel llevasen semejantes *gualdrapas*; por cuanto parece que el uso de ellas se introdujo algunos años despues en España, poco mas ó menos á tiempo en que falleció la reina Católica: «trajo por entonces Próspero Colona á España *dos cosas que antes no se habian visto*; *guruperas* para que las sillas no se vayan adelante, y *gualdrapas* para excusar el lodo en invierno y el polvo en verano.»

(*Historia de las proezas y hazañas del Gran Capitan* &c., escrita por el capitan Francisco de Herrera, natural de la ciudad de Córdoba, testigo de ellas. M. S.)

(9) Fernando IV, conocido en la historia con el sobrenombre del *Emplazado*, por haber muerto precisamente al cumplirse el término de treinta dias; dentro del cual le habian citado ante el tribunal de Dios los hermanos Carvajales, que mandó aquel rey precipitar de la Peña de Martos, por achacárseles la muerte de otro caballero, sin podérselo justificar, y antes bien protestando ellos de su inocencia hasta el último instante de su vida.

«Acrecentóse la fama y opinion susodicha, concebida en los ánimos del vulgo, por la muerte de dos grandes príncipes, que por semejante razon fallecieron en los dos años próximos siguientes: estos fueron Filipo, rey de Francia, y el Papa Clemente, ambos citados por los Templarios para delante el divino tribunal, al tiempo que con fuego y todo género de tormentos los manda-

ban castigar, y perseguian toda aquella religion.»

(Mariana: *Historia de España*, lib. XV, cap. XI).

(10) «Al principio del año siguiente, de 1457, se prosiguió la guerra: vino á ella con grueso ejército el rey Don Enrique por el mes de abril; y con su venida se hizo entrada en las tierras de los moros con no menos ímpetu que antes, hasta dar vista á Granada. Adelantóse cierto número de los nuestros, sin órden de sus capitanes, para pelear con los enemigos que por todas partes se mostraban. Eran pocos los cristianos; y cargaron tantos moros sobre ellos, que los desbarataron con muerte de algunos, señaladamente de Garcilaso, que era un caballero de Santiago de gran valor y esfuerzo. Este reves y la pérdida de persona tan noble irritó al rey de suerte que no solo quemó las mieses (como lo tenia de costumbre), sino puso fuego á las viñas y arboledas, á que no solia antes tocar.»

(Bermudez de Pedraza: *Historia eclesiástica de Granada*, *part.* 3.ª, *cap.XXIX*).

(11) «Alfonso de Córdoba, caballero muy esforzado en el valor militar en todas las conquistas de plazas y ciudades del reino de Granada, señaladamente en la conquista de Málaga, donde tuvo casas y repartimiento; pero donde lució mas su valor fué en la prision de Mahomad Abdalla, rey de Granada, llamado vulgarmente *el rey chico*, en la memorable batalla de Lucena, donde se halló con Don Diego Fernandez de Córdoba, conde de Cabra, y Don Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles, que despues fué primer marques de Comares, virey de

Navarra, conquistador de Mazalquivir, gobernador y capitan general de las plazas de Oran y reinos de Tremecen, y Lorenzo de Pórres, alcaide de Luque, y otros muchos caballeros que refiere el abad de Rute.»

(*Historia de la casa de Cabrera en Córdoba:* f.º 525).

(12) El grave historiador Mariana refiere con cierto candor, no falto de gracia, una fiesta de esta clase, con que se celebraron las bodas de Don Garcia, rey de Navarra, con Doña Urraca, hija bastarda de Don Alonso el Emperador. «El año 1144, á veinticuatro de junio se celebraron las bodas con real magnificencia en la ciudad de Leon. Hubo justas y torneos: corriéronse toros. Entre los otros juegos que hicieron, era uno de mucho gusto: en un lugar cerrado soltaban un puerco; seguíanle por el gruñido dos ciegos, armados con sendos bastones y sus celadas en las cabezas; el que le mataba era suyo. Avenia que, por herirle, muchas veces el golpe del un ciego por yerro descargaba sobre el otro, con grande risa de los que se hallaban presentes.»

(*História de España*: lib. X, cap. XVIII.)

(13) En los tiempos de que vamos hablando apenas se descubre el embrion del drama en los *juegos de escarnio*, (que debieron de ser unas breves composiciones satíricas, de que nacieron luego los *entremeses y sainetes*), y los *pasos* alusivos á asuntos devotos, que se representaban en las iglesias, y que despues dieron orígen á los *autos sacramentales* y á otras composiciones de índole religiosa, que continuaron representándose durante algunos siglos, y que á duras penas

pudieron desarraigarse de nuestros teatros en época no muy remota.

Es curioso notar cómo el sabio autor de las Partidas se ocupó ya en dar ciertas reglas respecto de ambas clases de composiciones dramáticas; creyendo fundadamente que este asunto no era indigno de la atencion de un legislador. "Nin deben (los clérigos) ser facedores de *juegos de escarnios*, porque los vengan á ver gentes como se facen. E si otros omes los ficiesen, non deben los clérigos y venir, porque facen y muchas villanías é desaposturas. Nin deben otrosi estas cosas facer en las iglesias; antes decimos que los deben echar dellas deshonradamente. Pero representacion hay que puedan los clérigos facer; ansi como de la nascencia de Nuestro Señor Jesucristo, en muestra como el Angel vino á los Pastores, é como les dijo que era nascido Jesucristo. E otrosi de su aparicion, como los Reyes Magos le vinieron á adorar, é de su resurreccion, que muestra que fué crucificado é resucitó al tercero dia. Tales cosas como estas, que mueven al hombre á facer bien é á aver devocion en la fé, puédenlas facer é demas, porque los omes hayan remenbranza que, segun aquellas, fueron las otras hechas de verdad. Mas esto deben facer apuestamente é con muy gran devocion, é en las cibdades grandes, donde oviere arzobispos ó obispos, é con su mandado de ellos é de los otros que tovieren sus veces, é non lo deben facer en las aldeas, nin en los lugares viles, nin por ganar dinero con ellas.,,

(Ley XXXIV, tít. VI, Part. I.)

(14) En el reinado de Don Juan el Segundo

puede decirse que la poesía castellana llegó á su adolescencia: por centenares se cuentan los poetas, cuyos nombres se hallan en los antiguos *cancioneros*, que contienen las composiciones de aquella época. Los varones mas insignes del reino, la flor de la nobleza, los príncipes, todos hacian versos: en la córte se agasajaba á los poetas con especial esmero; y el rey mismo "*oia muy de grado los decires rimados é conoscia los vicios dellos*,, como dice Fernan Perez de Guzman en su libro de las *Generaciones é Semblanzas*.

La famosa epístola del marqués de Santillana, dirijida al Condestable de Portugal, suministra no pocos datos acerca de la história de nuestra poesía, desde su nacimiento hasta los tiempos del citado monarca.

(15) Tan arraigada estaba la aficion á las *fiestas de moros y cristianos*, remedo ó simulacro de las antiguas lides, que se ha conservado esta costumbre en algunos pueblos de la Vega de Granada; celebrándose con cierto boato aun despues de entrado este siglo.

(16) "Perecieron en aquella batalla *doscientos mil moros*, y entre ellos la mitad fueron hombres de á caballo: otros quitan la mitad de este número. La mayor maravilla que de los fieles no perecieron mas de *veinticinco*, como lo testifica el arzobispo Don Rodrigo: otros afirman que fueron *ciento* y *quince*, pequeño número el uno y el otro para tan ilustre victoria.»

(Mariana: *Historia de España*, lib. XI.)

Si algun lector, sobradamente nímio y escrupuloso, hallase reparo en creer que muriesen en aquella refriega tantos moros y tan pocos cris-

tianos, bástele recordar que lo mismo, ni mas ni menos, sucedió en la batalla del Salado. "Afirman muchas ó las mas histórias que murieron en esta batalla *doscientos mil moros*, y otros muchos fueron presos. De los nuestros dicen graves autores que no murieron sino *quince ó veinte*. Luis Mármol dice que fue mucho el daño de los cristianos.»

(*Corónica de los moros de España*, por Fr. Jaime Bleda: lib. 4, cap. XXXVI.)

(17) "Con este fin el rey Ismael, ó por sentirse desobligado de pagar el tributo, por haberse quebrantado la tregua, dejó de acudir al de Castilla por algunos años con las párias que quedaron concertadas; con que le obligó á romper por sus tierras con grueso ejército el año de 1464, y apretarle de modo que no solo se las pagó, pero para aplacarle le hizo presentes de grande estima. Quedaron los dos reyes desde ahora nuevamente confederados, y asentadas las paces con buenos partidos. Don Enrique se volvió á Castilla; Ismael se quedó en Granada, donde tratando de reparar sus cosas y ponerlas en mejor estado, le cogió la muerte, domingo á 7 de abril del año de Cristo de 1465: sucedióle su hijo Muley Mahomad Abu Cazen.»

(Bermudez de Pedraza: *Historia eclesiástica de Granada*, part. 3.ª, cap. XXIX.)

(18) Es tan singular esta circunstancia, que me ha parecido conveniente no pasarla en silencio. "Quedó asentada entre los dos (el rey Alhamar y Don Fernando III) una confederacion y alianza, que duró firme mientras ambos vivieron. El de Granada se hizo vasallo del de Cas-

tilla; y en señal de sujecion le besó la mano. Prometióle la mitad de sus rentas, que llegaban por año á ciento y setenta mil ducados, suma grande para entonces. *Obligóse á acudir como vasallo á las Córtes del reino, todas las veces que fuere llamado á ellas.*»

(Bermudez de Pedraza: *Historia eclesiástica de Granada*, part. 3.ª, cap. XVIII.)

Andando el tiempo, y queriendo otro príncipe moro (Jusef Aben Alhamar) que le sostuviesen las armas cristianas en el trono de Granada, acudió al mismo medio: "en Ardales hizo su carta de reconocimiento de señorío al rey de Castilla, obligándose á servirle cada año con cierta cantidad de doblas de oro, y en tiempo de guerra con mil quinientos caballos, *y de acudir á sus Córtes cuando las celebrase de acá de los montes de Toledo*, ó *enviar alguna persona de su casa, la mas considerable*, y otras condiciones de alianza y recíproca amistad.»

(*Historia de la dominacion de los Arabes en España*, por Don José Conde: part 4.ª, cap. XXX.)

(19) "Concluidas las Córtes que el rey Don Fernando tuvo en Madrid el año siguiente de 1478, dió la vuelta á Sevilla, donde le vinieron embajadores del rey de Granada, pidiendo prorogase las treguas que el año antes se le concedieron. Dióseles por respuesta que no se les volverian á conceder, si demas de la obediencia y homenage, no pagasen el tributo que antiguamente se acostumbraba. Sobre este punto despachó el rey Don Fernando sus embajadores á Granada; y habiéndolo tratado con el rey moro, les respondió: *que los reyes que pagaron en otro tiempo*

aquel tributo eran muertos ; y que al presente en las casas de moneda de Granada no acuñaban oro ni plata, sino en su lugar se forjaban lanzas, saetas y alfanjes. Respuesta atrevida, de que se ofendió mucho el rey Don Fernando; aunque por no hallarse en estado de hacer una demostracion, se acomodó con el tiempo, otorgando las treguas que le pedian, y reservando la enmienda de este desacato para mejor ocasion.»

(Bermudez de Pedraza: *Historia eclesiástica de Granada*, part. 3.ª, cap. XXX.)

Casi todos los historiadores que han tratado del orígen y principio de la guerra de Granada, refieren la respuesta de Albo Hacen en términos muy parecidos á los que acaban de citarse.

(20) "En los reinados siguientes los disturbios civiles, las tutorías, la indolencia de los reyes, y las guerras con otros príncipes de la Península habian puesto en olvido la de los mahometanos, ó reducídolas á algunas entradas y talas sin plan ni consecuencias. Los moros se habian acostumbrado á despreciar al leon que dormia. Durante la guerra con Portugal, en los primeros años del gobierno de Isabel, los infieles habian penetrado en términos de Castilla, llevándolo todo á sangre y fuego. Hubo que disimular este insulto, igualmente que la arrogancia con que se negaron á pagar las párias que solian, al mismo tiempo que solicitaban la continuacion de la tregua; y contemporizar prudentemente, hasta que ajustado la paz con los portugueses, se ofreciera ocasion oportuna para la venganza.»

(Clemencin: *Elogio de la Reina Católica Doña Isabel.*)

(21) "Abuz Aben Abuz deshizo el reino de Córdoba, y puso á Idriz en el señorío del Andalucía. Con esto, con el desasosiego de las ciudades comarcanas, con las guerras que los reyes de Castilla hacian, con la destruccion de algunas, juntos los dos pueblos en uno, fué maravilla en cuán poco tiempo Granada vino á mucha grandeza. Desde entonces no faltaron reyes en ella hasta Abenhut, que echó de España á los Almohades, y hizo á Almería cabeza del reino. Muerto Abenhut á manos de los suyos, con el poder y armas del rey santo Don Fernando el III, tomaron los de Granada por rey á Mahamet Alhamar, que era señor de Arjona, y volvió la silla del reino de Granada, la cual fue en tanto crecimiento, que en tiempo del rey Bulhaxix, cuando estaba en mayor prosperidad, tenia *setenta mil casas*, segun dicen los moros; y en alguna edad hizo tormenta, y en muchas puso en cuidado á los reyes de Castilla.»

(Hurtado de Mendoza: *Guerra de Granada*, lib. 1.°)

(22) Como la guerra de sucesion, que se encendió en España despues de la muerte de Enrique IV, versaba sobre la legitimidad ó ilegitimidad de la princesa Doña Juana, me ha parecido que no desagradaria al curioso lector saber la opinion de algunos autores contemporáneos, cuyas obras no se han publicado hasta ahora.

En la *historia de los reyes católicos Don Fernando y Doña Isabel*, escrita por el bachiller Andrés Bernaldes, cura que fué de la villa de los Palacios y secretario del arzobispo de Sevilla en vida de aquellos príncipes, se lee lo siguiente:

«Decian en aquel tiempo que siendo niño el rey Don Enrique, que le fué hecho mal, é ovo tal lision de que se causó su impotencia: *esto sabe Dios si fué asi ó si no.*»

Y mas adelante añade: «muchos grandes se allegaron á la *claúsula del testamento del rey Don Enrique, que diz que decia que la dejaba por su hija heredera.*»

(Cap. X. —M. S. existente en la Real Academia de la Historia).

Respecto de este último punto, ofrece datos sumamente curiosos otro escritor de aquellos tiempos, el Dr. Don Lorenzo Galindez y Carbajal, quien en sus *Anales breves del reinado de los Reyes Católicos* Don Fernando y Doña Isabel, de cuyo Consejo y Cámara era, y por cuyo mandato se ocupaba en ver y enmendar las crónicas de Don Juan el II y de Enrique IV, revela algunas circunstancias muy notables: «y no embargante que el cronista diga que no hizo testamento, sino un memorial que se halló en poder de Juan Oviedo, su secretario, la verdad fué que *hizo testamento, y en él dejó por heredera de sus reinos de Castilla etc. á aquella Doña Juana, que se decia su hija, y juró que era su hija*, y dejó por testamentario al marqués de Villena, y al conde de Benavente y al obispo de Sigüenza; y este testamento dejó Juan de Oviedo en poder de un clérigo, cura de Santa Cruz de Madrid, el cual con otras muchas escrituras lo llevó en un cofre, y lo enterró cerca de la villa de Almeida, que es en el reino de Portugal, porque no le fuesen tomados; y esto vino á noticia de la Reina Católica, mediante cierto aviso que de ello dió el

bachiller Fernan Gomez de Herrera, vecino de Madrid, que era amigo de dicho cura, al cual y á dicho cura envió S. A. desde Medina del Campo el año de 1504 (estando ya mal dispuesta de la enfermedad de que falleció), y no lo pudo con su indisposicion ver, y quedó todo en poder del dicho Hernan Gomez; y mediante el licenciado Zapata, del Consejo, á quien el dicho Hernan Gomez avisó, fallecida la reina, lo supo el rey, que quedó por gobernador de los reinos; y dicen que lo mandó quemar. Otros dicen y afirman que quedó en poder de aquel licenciado Zapata; y por este servicio, al dicho Hernan Gomez se le hicieron despues algunas mercedes, entre las cuales le fué dada una Alcaldía de corte, á semejanza de aquel siervo, que dió al pueblo romano la escritura de que se hace mencion en la ley, 2.ª § *de origine juris*. Pero como aquel acto de jurar el rey Don Enrique que la dicha Doña Juana era su hija, lo hubiese hecho otras veces, (la última y mas solemne antes del testamento, que por circunstanciada y concurrida de Prelados, grandes, y pueblos, admira como despues se transformó, fué en el acto de Valde Lozoya, dia viernes 26 de noviembre de 1470, como en su crónica se lee), no es de maravillar que por encubrir que daba su mujer á sus privados, lo continuase, aconsejado de los mismos.,,

(M. S. existente en la Real Academia de la Historia).

Sabidos estos antecedentes, se hace mas notable el modo con que se expresa el historiador Mariana, al pasar, como sobre ascuas, sobre un punto tan delicado: «*No otorgó algun testamen-*

to, (dice, hablando de la muerte de Enrique IV); solo hizo escribir algunas cosas á Juan de Oviedo, su secretario, de quien mucho se fiaba. Nombró por ejecutores de lo que ordenaba al cardenal de España y al marques de Villena. Preguntado por Fr. Pedro de Mazuelos, prior de S. Gerónimo de Madrid., que le confesó en aquel trance, á quien dejaba y nombraba por sucesor, dijo que á la princesa Doña Juana, que dejó encomendada á los *dos ejecutores de su testamento*, y junto con ellos al de Santillana, al de Benavente, al Condestable y al duque de Arévalo, de quien mas que de otros hacia confianza »

No es menos notable el final con que termina el capítulo aquel historiador: «del derecho en que fundaron su pretension (los Reyes Católicos) por entonces se dudó; el provecho que adelante su valor acarreó fué sin duda muy grande y aventajado.»

(*Historia de España*, lib. XXIV, cap. IV).

(23) «El rey Don Alonso de Portugal, ó movido de la ambicion, ó despechado tambien por la entereza con que algunos años antes le habia negado su mano Isabel, trataba de sostener los derechos que alegaba á la sucesion de estos reinos su sobrina Doña Juana. Muchos de los Grandes castellanos, creyendo medrar por las mismas mañas que en otros reinados, é irritados de que hubiese pasado el tiempo del poder de los validos y del pupilaje de los príncipes, se disponian á favorecer al partido portugués y á sacudir la funesta antorcha de la guerra civil. En vano envió la reina una y otra embajada con palabras de moderacion y de templanza; en vano interpuso

la mediacion de personas amantes de la tranquilidad; en vano intentó desarmar con bondad y dulzura á sus mal aconsejados vasallos. Don Alonso, lleno de las esperanzas que le daban sus fuerzas, la desprevencion de los nuevos reyes y las ofertas de los castellanos sus parciales, desechó enteramente las proposiciones pacíficas y resolvió el rompimiento.''

(Clemencin: *Elogio de la Reina Católica Doña Isabel*).

(24) ''Tuvo Isabel que defender con la fuerza la herencia de sus mayores. Pero las dificultades eran grandes: faltaba el dinero, nervio de la guera: Toro y Zamora habian abierto las puertas al enemigo; el castillo de Burgos, cabeza de Castilla y cámara de sus reyes; tremolaba las quinas portuguesas; los franceses, solicitados por el rey Don Alonso, entraban en Guipúzcoa, y despues de talar el pais sitiaban á Fuenterrabía.»

(Clemencin: *Elogio de la Reina Católica Doña Isabel*).

(25) ''A la parte de poniente comenzaba (el reino de Granada) desde los términos marítimos mas orientales de la ciudad de Gibraltar, que los alárabes llaman *Gibel Fetoh*, que quiere decir *monte de la entrada de la victoria*, desde una señal que hoy dia llaman los moradores de aquella tierra *las tres piedras*; y extendiéndose largamente sobre el mediterráneo, llegaba á la parte de levante hasta el reino de Murcia.»

(Mármol: *Hist. del rebelion y castigo de los moriscos*, lib. 1.°, cap. 1.°)

Pocos años antes de la guerra de Granada

(por los años de 1462), habian perdido los moros á Gibraltar; habiéndola arrancado de su poder el duque de Medinasidonia.

(26) La poblacion del reino de Granada debió de ser muy crecida, segun el testimonio unánime de los historiadores; y no pudo ser de otra suerte, atendida la extension y feracidad de aquel reino, y en virtud á haberse amontonado en aquella ciudad muchos moradores de Córdoba, de Jaen, de Sevilla, y últimamente de Antequera, despues que esta y otras ciudades y villas fueron cayendo en poder de cristianos.

El agudo bachiller Ferman Gomez de Cibdad Real, que presenció la batalla dada en la Vega por Don Juan el II (el año de 1431) dice que: "el rey de Granada salió con todo su gentio, que cubria toda la Vega é los cerros..... » y añade mas adelante hablando de los cristianos: « se metieron en la batalla que muy trabada é horrenda andaba, é con tanto denuedo firieron en los moros, que bien *doscientos mil peones serian é cinco mil de la gente de á caballo* &c. »

(*Epístola* LI, escrita en el Real de Granada por el citado Bachiller).

Lucio Marineo Sículo, autor coetáneo á la conquista de Granada, y que acompañó en ella á los Reyes Católicos, se expresa en estos términos: « segun habemos entendido, en tiempo de los reyes moros juntaban para la guerra *cincuenta mil hombres de pelea, y otros tantos* las ciudades y pueblos que estaban debajo de su señorío. »

« Dentro de los muros de Granada habia gran multitud de gentes, bien *casi doscientas mil ánimas.* »

(Lucio Marineo Sículo: *de las cosas memorables de España*, lib. XX.)

Los moros calculaban *en setenta mil casas* las que encerraba Granada en tiempo de su dominacion, segun lo atestigua Hurtado de Mendoza en su obra ya citada.

Otro autor de crédito, contemporáneo suyo y muy versado en las cosas de Granada, se expresa de esta suerte, aludiendo al mismo propósito: «habia en Granada, cuando la poseian los moros y especialmente en tiempo de Abul Hiscen, cerca de los 1476 años de Cristo, *treinta mil vecinos, ocho mil caballos, y mas de veinticinco mil ballesteros*; y en solos tres dias se juntaban de los lugares de la Alpujarra, Sierra, Valle y Vega de Granada mas de otros *cincuenta mil hombres de pelea.*"

(Mármol: *história del rebelion y castigo de los moriscos*, lib. I, cap. IX).

Acorde con los anteriores datos, dice un autor coetáneo á la conquista de Granada, que habiéndose apoderado los cristianos de Alhama, "vino sobre ellos el rey Muley Hacen, *con cinco mil é quinientos de á caballo, é ochenta mil peones á cercallos.*»

(*História de los Reyes Católicos etc.*, por el Bachiller Andres Bernaldes, cura de los Palacios. M. S.)

(27) El rey Yusuf, segundo de este nombre, "murió de achaque de una ropa entosigada, que le presentó el rey de Fez, á instancia (segun se entiende) de su hijo Mahomad, que le pareció larga la vida de su padre.» (año de 1396).

(Bermudez de Pedraza: *Historia eclesiás-*

tica de Granada, part. 3.ª, cap. XXII).

(28) "Desde aquí para adelante llaman esta sierra *Sierra Nevada*, por la contínua nieve que hay en ella; y los antiguos la llamaron *Oróspeda*, los alárabes *Zolair*; y en las vertientes de ella, que caen hácia la mar, estan las *tahas* de la Alpujarra, que Aben Razid llama *tierra del sirgo* por la mucha seda que allí se cria.»

(Mármol: *História del rebelion y castigo de los moriscos*, lib. I, cáp, II.)

"Por el mes de diciembre (dice otro historiador) florecen aquí los rosales, abren los claveles, y dan azahar los naranjos; tal es su templanza. Tiene un grande privilejio esta sierra; que sus aires la tienen preservada de peste y enfermedad contajiosa. Los antiguos la celebraron con vários nombres: unos la llaman *Solaira*, otros *Ilipa*, *Oróspeda*, *Zolair y Sierra de la helada*. Lo nevado de ella se extiende por diez leguas en largo y poco mas de dos en ancho; su cumbre pasa la média region del aire; su blancura se ve desde Granada. Son en ella los dias mayores por los reflejos del sol, que se pone á su vista.»

(Bermudez de Pedraza: *História eclesiástica de Granada*: part. 1.ª, cap XXI).

(29) El repartimiento de aguas para los riegos (que se ha conservado en Granada desde el tiempo de los moros, como un dechado de perfeccion), y la feracidad de la Vega, defendida por varias cordilleras de montes que le sirven de resguardo y abrigo, contribuyeron á que se viese todo su ámbito cubierto de pueblos y alquerías.

Por lo que respecta á los frutos del reino de

Granada, como es tan desigual su terreno y tan distinta la temperatura, bien cabe decirse que ofrece reunidas en el espacio de pocas leguas las producciones que solo se hallan esparcidas en várias zonas y apartadas regiones.

"Para alimento de sus moradores (dice un escritor, muy prendado de las glorias de aquella ciudad) dan á Granada sus villas trigo, cebada y centeno: la Vega vinos, lino, cáñamo y legumbres; las sierras y montes carbon y leña y pasto para ganados. Para su regalo tiene todo el año Granada en el Valle los frutos tempranos, en el Xaragüi los de su tiempo natural, y en el Farque y Dinadamar los tardíos. De suerte que goza en un año de unos mismos frutos tres veces, que vienen á ser tres frutos. Para el invierno tiene los dulces y agris de naranjas, limones y limas; miel y aceite en el Valle; y en la Sierra Nevada para el verano la nieve, el ganado mayor y menor, de sabrosa y tierna carne; la caza en el Alpujarra y Soto de Roma; en la costa el pescado fresco, puesto en una jornada desde la marina en su plaza; el azúcar labrado en sus ingenios con la miel de guita y la de cañas, y alfeñiques, el catite y la batata, regalos que ni los vieron ni oyeron en Castilla. En el Genil las anguilas y truchas, en la Malaha la sal, en Dauro el oro, y en sus riberas las flores: en su cielo la serenidad y aire saludable, y en su territorio fuentes de salud contra todas enfermedades.»

(Bermudez de Pedraza: *Historia eclesiástica de Granada*, part. 1.ª, cap. XXXIX).

(30) "Los cármenes y jardines de *Aynadamar* (dice un historiador, nacido en aquel suelo)

donde los regalados ciudadanos, en tiempo que la ciudad era de moros, iban á tener los tres meses del año que ellos llaman la *Azir*, que quiere decir la primavera. Ocupan los cármenes de *Aynadamar* legua y media, por la ladera de la Sierra del Albaicin, que mira hácia la Vega, y llegan hasta cerca de los muros de la ciudad."

(Marmol: *Historia del rebelion y castigo de los moriscos*, lib. 1.°, cap. X).

"Al setentrion tiene Granada los cármenes frescos de *Dinadamar* y el *Fargue*, palabras árabes que significan la primera *division*, por estar divididos estos dos pagos, y la segunda *ojo de lágrimas*, por las muchas que cuestan las penas de los que le hurtan el agua; ahora se le podia quitar el nombre, porque sin pena la hurtan todos y nadie goza la suya. En ninguna cosa pusieron los moros mayor rigor de penas que en la limpieza del agua y buen uso de ella. Las capitulaciones con que entregaron á Granada lo dirán. Son legua y media de cármenes, en la ladera del Albaicin que mira á la Vega, con una acequia de agua de la fuente de Alfacar; lugar una legua de Granada, con que se riega el Fargue y Dinadamar: llegando á Granada, bebe de ella el tercio de la ciudad."

(Bermudez de Pedraza: *História eclesiástica de Granada*, part. 1.ª, cap. XXII).

(31) "Solamente se advierte al lector que *Elvira* es nombre corrompido, al gusto de nuestra lengua vulgar; porque los moros llaman la sierra, donde fue esta ciudad de Iliberia, *Gebel Elbeyra*, que quiere decir sierra desaprovecha-

da ó de poco fruto, porque no tiene agua, leña ni aun yerba."

(Marmol: *Historia del rebelion y castigo de los moriscos*: lib. 1.°)

Probablemente por estar fronteriza á dicha sierra, se llamó de los moros *Bib-Elbeyra*, y hoy *Puerta de Elvira*, la que da entrada á la ciudad, viniendo por aquella parte.

(32) "Porque el de la *Cava* todas las historias arábigas afirman que le fué puesto por haber entregado su voluntad al rey de España Don Rodrigo; y en la lengua de los árabes *Cava* quiere decir mujer liberal de su cuerpo. En Granada dura este nombre por algunas partes, y la memoria en el Soto y torre de Roma, donde los moros afirman haber morado."

Esto escribia el célebre Hurtado de Mendoza en el siglo décimo sexto; hoy dia aun se llama *cuesta de la Cava* por la que se sube desde el campo ó ejido llamado el *Triunfo* hasta *la Plaza larga*, situada en el *Albaicin*.

(33) «Dicen *almuhedano* al hombre que á voces los convoca á oracion; porque en su ley se les prohibe el uso de las campanas."

(Hurtado de Mendoza: *Guerra de Granada*: lib. 1.°)

(34) La *Mezquita mayor del Albaicin* se hallaba situada donde hoy dia la parroquia del Salvador, á corta distancia de la plaza de *Bib-albonut*, que estaba en el mismo terreno (al presente casi despoblado, y en el que solo se divisan vestigios y cimientos de antiguos edificios) donde se labró despues el convento de Agustinos descalzos. La *plaza de Bib-albonut*, ó sea *de la puer-*

ta de los estandartes, y la que comunmente se llama ahora *plaza larga*, eran las únicas que habia en el *Albaicin*.

(35) "Dios redujo las oraciones á cinco; la fórmula es una misma en todas: (Alcoran: sur. 5. v. 7.). 1.ª la oracion de la aurora: 2.ª oracion del mediodia: 3.ª oracion de la tarde: 4.ª oracion á puestas del sol; y 5.ª oracion de la noche antes de acostarse."

(*Vie de Mahomet, traduite et compilée de l'Alcoran, par Jean Gagnier*).

(36) "*Xeque* llaman ellos al mas honrado de una generacion, quiere decir al mas anciano; á estos dan el gobierno con autoridad de vida ó muerte."

(Hurtado de Mendoza: *guerra de Granada*, lib. 1.º)

(37) "*Alpujarra* llaman toda la montaña sujeta á Granada, como corre levante poniente, prolongándose entre tierra de Granada y la mar diez y siete leguas en largo, y once en lo mas ancho, poco mas ó menos: estéril y áspera de suyo, sino donde hay vegas; pero con la industria de los moriscos (que ningun espacio de tierra dejan perder), tratable y cultivada, abundante de frutos y ganados y cria de sedas."

(Hurtado de Mendoza: *guerra de Granada*, lib. 1.º)

A pesar de los estragos que ocasionó aquella guerra, y de haber quedado despoblados y yermos tantos pueblos, de resultas de la expulsion de los moriscos, aun presenta la Alpujarra el aspecto mas vário y apacible, por hallarse metidos en cultivo desde los picos mas empinados

hasta los tajos y las grietas de los montes; y si ha decaido en sumo grado la cria de la seda, que tanta fama le dió en otros tiempos, el laboréo de las riquísimas minas que encierra aquel suelo privilejiado, ha abierto recientemente en él un nuevo manantial de riqueza.

(38) « El rey de Fez como religioso en su ley y del linage de los *Xarifes*, tenidos entre los moros por santos. »

(Hurtado de Mendoza: *Guerra de Granada*, lib. 1.º)

(39) Hoy dia subsiste este camino de la propia suerte que aquí se describe; y hasta las ruinas mismas contribuyen á darle cierto aspecto grave y magestuoso, que embarga el ánimo y convida á la meditacion.

(40) La puerta principal de la Alhambra se llamaba en aquellos tiempos, y se llama al presente, *puerta judiciaria ó del tribunal*; porque en ella solian los moros administrar justicia, segun la antigua costumbre de los orientales.

(41) El autor ha prohijado en este punto una tradicion popular, que se ha conservado en Granada hasta el dia de hoy; pero otros autores han dado diversa explicacion á la mano y á la llave. "Las antiguas armas de los reyes de Andalucía (dice Hurtado de Mendoza) eran una llave azul en campo de plata; fundándose en ciertas palabras del Alcoran, y dando á entender que con la destreza y el hierro abrieron por Gibraltar la puerta á la conquista de poniente; y de aqui llaman á Gibraltar por otro nombre el *monte de la llave*. Hoy duran sobre la puerta principal de la Alhambra estas armas, con letras

que declaran la causa y el autor del castillo.»
(*Guerra de Granada*, lib. II).

Los que deseen mas noticias acerca de las várias explicaciones que se han dado á la mano y la llave, esculpidas en la puerta principal de la Alhambra, pueden consultar los *Nuevos paseos por Granada*, publicados á principios de este siglo por Don Simon Argote. (Tom. II, *Paseo* 1.°, pág. 24 y siguientes).

(42) Segun lo que subsiste hoy dia del palacio de la Alhambra y lo que indican sus cimientos, ademas de las conjeturas que pueden formarse, atendido el modo de edificar de los árabes, el patio llamado *de los arrayanes* ocupaba el promedio de dicho palacio; y á los cuatro costados del edificio habia otros tantos patios, probablemente iguales entre sí, de los cuales solo se ha conservado hasta ahora el *patio de los leones*.

El *de los arrayanes* se llama comunmente *del estanque*, por tener uno muy espacioso en medio, á cuyos extremos hay dos tazas ó fuentes de alabastro, con saltadores de agua que corre hasta el estanque por canales de mármol.

El patio está enlosado con losas blancas de Macael; y á entrambos lados del estanque se ven cuadros de flores.

En este patio desembocaba la entrada principal del palacio, como lo indica la magnífica puerta con arco de exquisita labor, que se ve en la galería alta que mira al mediodia; cuya entrada se halla condenada, á causa de haberse labrado por aquella parte el palacio de Cárlos V.

Frente por frente, en el extremo opuesto,

corre otra espaciosa galería, que sirve como de antecámara al *salon* llamado *de Comares*. Falta la galería superior, correspondiente á la otra; y en su lugar se descubre un mezquino tejado, y por encima descollando una torre.

En los dos costados del patio se ven las puertas de vários aposentos, en la actualidad cerrados por amenazar ruina; siendo muy de notar algunas ventanas ó *ajimeces*, en que se ha conservado hasta ahora una especie de celosías, labradas de estuco, imitando el calado mas menudo y primoroso.

(43) "Llamada la *Zoraya* (dice un escritor muy versado en la história y en la lengua de aquella gente) no porque fuese este su nombre, sino por ser muy hermosa la comparaban á la estrella del alba, que llaman *Zoraya*.,,

(Mármol: *hist. del rebelion y castigo de los moriscos*, lib. I, cap. XII.)

(44) Segun un autor contemporáneo de aquellos príncipes, el rey Ecidy Hadiz y su hijo Muley Hacen ó Albo Hacen, que le sucedió en el trono, eran de la estirpe de los Abencerrages.

(*Historia de los Reyes Católicos*, por el Bachiller Andres Bernaldes: cap. XX. M. S.)

(45) Un cronista de los Reyes Católicos, que anduvo en su corte misma, pinta de esta suerte el carácter celoso de la reina Doña Isabel: « amaba en tanta manera al rey su marido, que andaba sobre aviso con celos, á ver si él amaba á otras; y si sentia que miraba á alguna dama ó doncella de su casa con señal de amores, con mucha prudencia buscaba medios y maneras con que despedir aquella tal persona de su casa, con su mucha honra y provecho. »

(Lucio Marineo Siculo: *de las cosas memorables de España*, lib. XXI).

(46) «*Alguacil* dicen ellos al primer oficio despues de la persona del rey, que tiene libre poder en la vida y muerte de los hombres sin consultallo.»

(Hurtado de Mendoza: *Guerra de Granada*, lib. 1.°)

(47) "Tenian asimismo otro palacio de recreacion, encima de este (*Generalife*) yendo siempre por el cerro ariba; que llamaban *Darlaroca*, que quiere decir *palacio de la novia*; el cual nos dijeron que era uno de los deleitosos lugares que habia en aquel tiempo en Granada; porque se extiende largamente la vista á todas partes; y *agora está derribado, que solo se ven los cimientos.*»

(Mármol: *Historia del rebelion y castigo de los moriscos*, lib. I, cap. VIII).

Esto se escribia á los ochenta años de haberse conquistado Granada; en cuyo breve término apenas se conservaban vestigios de aquel magnífico palacio.

Por las señas que da el citado escritor, se infiere que estaba situado en el terreno que media entre el palacio de *Generalife* y la cresta del *Cerro del Sol*, que se empina y extiende desde las márgenes del Dauro hasta ir á buscar por el extremo opuesto la orilla del Xenil.

Tal vez formaba parte del palacio de *Darlaroca* el estanque próximo á las tapias de Generalife, casi cuadrado, defendido con el monte á la espalda y sostenido por un murallon. El nombre que la tradicion le ha conservado de *Albercon de las Damas*, y su semejanza con el que habia en el

Cerro de Dinadamar (que segun antiguos historiadores servia para el baño de las moras) convidan á creer que estaba destinado á este uso.

Presuncion que se arraiga y robustece, al ver junto á dicho estanque (solo media una pared casi derruida, cubierta de maleza) otro cuadrado mas pequeño, en la huerta llamada de *Fuente Peña*, formado por un antiguo muro, que se descubre á trechos, y se levanta sobre el terreno como unas tres varas: llámase entre las gentes de aquel pais el *peinador ó tocador de las damas*; cuyo nombre indica que era una estancia contigua á los baños, para comodidad de las personas que se bañaban en aquel lugar delicioso.

Sobre el lomo del cerro hay un albercon muy grande, llamado *del Moro*; los muros espesos, de argamasa formada con chinarro, tierra, y la cal escasa, segun costumbre de aquella gente. Todas las señas indican que dicho albercon servia para depósito de agua, á fin de distribuirla en los palacios y jardines, que habia en aquel monte: hasta dicen los viejos de la tierra que recuerdan haber visto en él arrayanes, lo cual comprueba que en aquel sitio debió de haber jardines, semejantes á los de *Generalife*.

A mayor distancia, y todavía mas cerca de la cima del monte, está el *algive de la lluvia*; llamado probablemente asi, porque recoge las aguas de todas aquellas vertientes: su forma cuadrada, los arcos y las bóvedas de rosca de ladrillo, el agua fresca y saludable.

Recorriendo con atencion aquellos lugares, queda grabado en el ánimo el íntimo convencimiento de que obras de tanta magnitud y tan su-

bido coste no pudieron menos de hacerse con algun objeto importante; como abastecer de aguas y fertilizar los campos contíguos á los palacios de *Generalife*, de *Darlaroca*, y de los *Alixares*, situados todos ellos en el mismo *Cerro del Sol*, y á muy corta distancia.

(48) "Y porque el tio y el sobrino tenian el mesmo nombre, para diferenciarlos y aun por oprobio del sobrino, que habia estado captivo, le llamaron el *Zogoibi*, que quiere decir el desventuradillo; y al tio *Zagal*, que es nombre de valiente."

(Mármol: *hist. del rebelion y castigo de los moriscos*, lib 1.º.)

(49) Varias son las opiniones acerca del nombre de la *Alhambra*: unos lo derivan del sobrenombre de un rey, apellidado el Rojo ó Bermejo; otros de una ciudad destruida, cuyos moradores se trasladaron á poblar en aquel paraje; quien supone que se llamó así por haberse labrado de noche, al reflejo de hachas encendidas, quien por último (y tal vez con mas fundamento) lo atribuye al color de la tierra sobre que está fundada: lo cierto de ello es que la extension y fortaleza de aquel recinto, asi como lo suntuoso del palacio, dan márgen á que se forme el concepto mas aventajado del poder y grandeza de los reyes moros de Granada.

Un escritor, que residió en aquella ciudad al tiempo de rescatarla los Reyes Católicos, se explica de esta suerte:

"La region del uno de dichos collados se llama *Alhambra*, que los moros en su lengua dicen significa cosa bermeja; y dicen haber tomado es-

te nombre del fundador, ó de la tierra bermeja, que agora tambien se ve en los edificios; y en el mas alto lugar de esta region es la casa real, clara y excelente en grandeza y forma y obra, la cual ciertamente se puede llamar antes ciudad que casa; porque caben dentro de los muros mas de cuarenta mil hómbres; y toda está ceñida y cercada de edificios y altas y fuertes torres.»

(Lucio Marinéo Sículo: *de las cosas memorables de España*, lib. XX.)

Por lo que concierne al palacio árabe, como el autor de esta obra no se ha propuesto ofrecer en ella una descripcion artística de aquel edificio, se ha limitado á indicar brevemente los muchos primores que encierra, á pesar de hallarse maltratado por la mano del tiempo.

(50) «La primera cerca de Granada, y del tiempo de sus fundadores, está en el *Alcazaba*; palabra árabe, que significa lo mas alto de la ciudad: está en lo superior de ella, entre el Albaicin y lo llano de la ciudad. Y tomando un punto fijo, comienza esta cerca junto al postigo de San Nicolas, de un castillo antiquísimo que llaman *Hezna-Roman*: de aqui se traba una muralla de cal y canto, con muchas torres á trechos macizas, de ciento y treinta pies en circuito, y baja á la plaza de *Bib-Albonut*, y de aqui á San Juan de los reyes; y torciendo el camino al poniente, vuelve hácia el norte por cerca de San José, donde hay una torre de la misma antigüedad; y de aqui sube al postigo de San José, que llama el árabe *Bib-elecet*, que significa *puerta del leon*; y forma un sitio casi cuadrado, como lo son todos los antiguos de las cercas de España."

(Bermudez de Pedraza: *história eclesiástica de Granada*, part. 1.ª, cap. IX.)

Sin engolfarnos en las interminables disputas de los eruditos acerca de la antigüedad y de los primeros habitantes de Granada, no admite duda que la poblacion mas antígua de dicha ciudad tuvo su asiento en la *Alcazaba*. Aun subsisten hoy dia los vestijios del castillo llamado de *Hezna-Roman*, (ó sea castillo del granado) situado junto á la *Puerta-Nueva*, que divide la *Alcazaba y el Albaicin*; desde cuyo punto se descubre un antiguo muro con los restos de muchos torreones, que sube por la cuesta *de la Cava* y se encamina hácia la plazuela de San Agustin de los Descalzos, llamada plaza de *Bib-Albonut* en tiempo de los moros.

Por lo que respecta al mencionado castillo de *Hezna-Roman*, se ve palpablemente que es anterior á la dominacion de los árabes; pues el modo con que está construido es de todo punto diverso del que ellos acostumbraban: los muros estan labrados con piedras cuadrilongas, unidas con yeso, y colocadas de canto unas sobre otras, á manera de los ladrillos de un tabique. La remota antigüedad de aquel edificio, y de algun otro de la mismo clase, ha dado márgen á innumerables controversias y á no pocas fábulas y patrañas.

(51) Acerca del orígen de la palabra *cármenes* (que aun subsiste en uso en Granada), véase lo que dice Bermudez de Pedraza: "tiene al oriente Granada un deleitoso valle de una legua de *cármenes* (palabra árabe, que dice jardines ó viñas) de todo género de frutos, y suena lo mismo que paraiso; y asi se llama *Valle del paraiso*

desde el tiempo de los gentiles, y lo que estos dijeron paraiso, tradujeron los árabes en su lengua *cármenes.*"

(*Hist. ecles. de Granada*, part. 1.ª, cap. XXII.)

(52) El magnífico palacio llamado de Cárlos V, mandado labrar por aquel poderoso monarca cuando pensó, segun le atribuye la comun tradicion, establecer su corte en Granada, presenta en la sencillez de su plan y en el aspecto grave de su estructura el contraste mas singular con el palacio árabe, á que está pegado. No se sabe á punto fijo cual fué el designio que en esto se llevaron; si el palacio de la Alhambra estaria ruinoso por aquella parte, ó si con el celo del *fanatismo artístico* (que tambien le hay, asi como fanatismo religioso, político y literario) se tuvo en tan poca estima aquel monumento de un gusto extraño y caprichoso, que no se estimó como grave pérdida oscurecerle y desfigurarle. Lo cierto de ello es que se edificó el palacio de Cárlos V, ocultando la fachada principal del alcázar de los reyes moros, y escatimándole una buena parte del terreno en que estaba asentado; contribuyendo de esta suerte á que sea mas difícil formar un concepto cabal de la extension y forma de aquel edificio, único de su clase en Europa.

La Real Academia de San Fernando publicó, ya hace algunos años, el plano de uno y otro palacio, en una coleccion titulada *Antigüedades árabes de España*, que comprende en su primera parte las de Granada y Córdoba.

(53) "Al poniente tiene Granada al *Jaragüi*, palabra árabe que significa *huertas de recreacion*:

son ocho leguas en largo, cuatro en ancho, y veintisiete en circuito, de huertas, olivares, viñas y sembrados; y sobre su verdura un pasamano de plata del rio Xenil, que pasa por medio de ellas.

Comienza esta hermosa Vega de las raices de Sierra Nevada, y pasa delante del Soto de Roma, bosque abundante de leña, pesca y caza.»

(Bermudez de Pedraza: *Hist. ecles. de Granada*: part. 1.ª, cap. XXII.)

Lucio Marineo Sículo, hablando de las cosas mas notables de Granada, se expresa de esta suerte:

"La séptima cosa, y de muy grande felicidad de la ciudad de Granada, es un campo que llaman la Vega, muy grande y fertilísimo, asi de panes como de todo género de frutos muy abundante; y de las hojas de los árboles de que se hace la seda pagan sus dueños á los reyes cada un año casi treinta y cinco mil ducados de oro, y mas muchas libras de seda. El cual tiene en circuito y en derredor veinte y siete leguas, y en término dél, en espacio de siete leguas, nascen treinta y seis fuentes."

(Lucio Marineo Sículo: *De las cosas memorables de España*, lib. XX.)

(54) El mirador, que comunmente se llama *tocador de la Reina*, está situado sobre una torre, unida al *salon de Comares* por una hermosa galería abierta, sostenida por columnas de mármol. Se cree que antiguamente tenian en aquel sitio los reyes moros un *mirab* ú *oratorio*; pero la obra que hoy subsiste es moderna, quedando vestigios de las lindas pinturas con que estaban

adornadas las paredes, por el gusto peregrino y caprichoso de los *grutescos* de Rafael.

La tradicion, el nombre de *tocador de la Reina*, y hasta la circunstancia de hallarse en el cuarto, que le sirve como de antesala, colocada una losa de mármol con agujeros para recibir por ella los perfumes, todo ha contribuido á arraigar la creencia de que aquel aposento, desde el cual se descubren por todas partes las mas deleitosas vistas, estaba destinado á que sirviese de tocador á las reinas de España; como se verificó, segun parece, con la Emperatriz, por los años de 1526, y posteriormente con la Reina Doña Isabel, esposa de Felipe V, cuyas iniciales se ven en aquellos arcos y muros.

(55) "*El agua y el aire de este rio Darro es muy saludable.* Hállanse en él, como queda dicho, granos de oro fino entre las arenas, que segun dicen los moriscos, las trae la corriente de las raices del *Cerro del Sol*, que está detras de *Generalife.*»

(Mármol: *hist. del rebelion y castigo de los moriscos*, lib. 1.°, cap. VIII.)

"El Darro (dice otro historiador, hijo tambien de Granada) nace en la Sierra Nevada, poco lejos de las fuentes del Genil, pero no en lo nevado; de agua y aire tan saludable, que los enfermos salen á repararse, *y los moros venian de Berbería á tomar salud en su ribera*, donde se coje oro; y entre los viejos hay fama que el rey Don Rodrigo tenia riquísimas minas debajo de un cerro, que llaman del *Sol.*»

(Hurtado de Mendoza: *Guerra de Granada*, lib. 1.°)

"A esto se acrecia la excelencia del aire, que goza este barrio del Darro; aire vital, porque viene purificado de entre los blancos copos de nieve de Sierra Nevada, y aromatizado con sus yerbas; aprobado de la medicina contra el asma: y asi, á las siete calles que hay desde la puerta de Guadix hasta San Pedro, llamaban los moros el *hospital de Africa*; porque venian de allá á curarse en estas casas.»

(Bermudez de Pedraza: *hist. ecles. de Granada*, part. 1.ª, cap. XXIV.)

Hoy dia se notan los mismos saludables efectos de los aires y las aguas del Darro, á cuyas márgenes acuden en busca del recobro de la salud los enfermos y convalecientes.

(56) «Otra (especie de veneno) se hace en las montañas nevadas de Granada, de la misma manera, pero de la yerba que los moros dicen *rejalgar*, nosotros *yerba*, los romanos y griegos *acónito*..... Envuélvese la ponzoña con la sangre donde quier que la halla; y aunque toque la yerba á la que corre fuera de la herida, se retira con ella y la lleva consigo por las venas al corazon, donde ya no tiene remedio; mas antes que llegue hay todos los generales: chúpanla para tirarla afuera, aunque con peligro..... El particular remedio es zumo de membrillo, fruta tan enemiga de esta yerba, que donde quiera que la llega el olor la quita la fuerza: zumo de retama, cuyas hojas machacadas he visto yo lanzarse de suyo por la herida, cuanto pueden, buscando el veneno hasta topallo y tirallo afuera. Tal es la manera de esta ponzoña, con cuyo zumo untan las saetas, envueltas en lino porque se detenga."

(Hurtado de Mendoza: *guerra de Granada*, lib. 1.º)

(57) Los mahometanos creen que Dios hizo que en medio del desierto naciese una fuente para apagar la sed de Ismael: muchos opinan que es el pozo de *Zemzem*, cercano á la *Cahaba*, ó sea al templo de la Meca.

Mahoma se retiraba todos los años, durante un mes, á una caverna que habia en el monte Hera, distante tres millas de aquella ciudad.

(*La vie de Mahomet, traduite et compilée de l'Alcoran*, por J. Gagnier).

(58) "Todas estas aguas que hemos dicho no alcanzan á la Alcazaba ni al barrio del Albaicin; mas no por eso deja de haber abundancia de agua muy buena hácia aquella parte, de una fuente que nace en la sierra del Albaicin. Está en esta sierra una cueva muy honda, á manera de sima, y en lo mas bajo de ella nace un golpe de agua, tamaño como dos bueyes; la cual se divide á diferentes partes, y especialmente nacen de allí tres fuentes principales y muy notorias. La una es la *fuente del Rey*, que está junto al lugar de Güete: la otra la de *Daifontes*, que sale junto á una venta, donde en tiempo de moros habia una casa fuerte, que llamaban *Dar-Alfun*, y está cuatro leguas de Granada, en el camino que va á la villa de Hiznaleuz: y la tercera la de *Alfacar* que nace una legua de Granada, en cima de una alcarria del mesmo nombre, y en su nacimiento echa tanta agua como un buey. Ser estas tres fuentes de una mesma agua se ha visto por experiencia, echando aceite ó paja en la fuente principal; porque responde luego á las

otras, y asi nos lo testificaron moriscos viejos del Albaicin. Con el agua de la *fuente de Alfacar*, que recogen los moradores en una azequia, y la llevan por las laderas y cumbres de los cerros que hay desde allí á Granada, y se riegan las güertas y hazas de Alfacar, Bíznar, y Mora, y buena parte de la Vega, y los cármenes y jardines de Aynadamar. »

(Mármol: *hist. del rebelion y castigo de los moriscos*: lib. 1.°, cap. X.)

La *fuente grande de Alfacar* (qué asi se llama hoy dia, para distinguirla de otra menos abundante, que nace mas cerca de la ciudad) está situada al pié de una sierra; siendo de notar lo cristalino de las aguas y el hervidero que se advierte en el fondo del espacioso estanque.

En el monte inmediato se ve la entrada de la famosa cueva, cubierta de petrificaciones; pero al presente muy deteriorada, por las muchas que de ella se han sacado, y por haberlo hecho sin el debido cuidado y esmero.

(59) Los moros acostumbraban labrar caminos subterráneos, probablemente como medio de defensa contra las entradas y correrías de los cristianos, ó tal vez como efugio en sus disensiones civiles: lo cierto es que, ademas de las minas construidas para la conduccion de las aguas, se han descubierto en Granada várias sendas subterráneas, que es comun tradicion daban salida á larga distancia y aun fuera de los muros de la ciudad. Cabalmente hace muy pocos años, en el de 1830, al desplomarse un murallon y hundirse una parte del terreno, por el lado del alcázar

que mira al Dauro, se descubrió al pié de la torre del *tocador de la Reina* la abertura de una mina, con la boca en forma de arco, por la que podia entrar y salir cómodamente una persona. Hallábase (cuando examinó aquellos sitios el autor de esta obra) cerrado el paso con vigas y atravesaños; pero allí mismo oyó decir que, habiendo reconocido aquella entrada un maestro de obras, habia descubierto unas escaleras.

No se sabe en qué parte del palacio desembocaba aquel camino subterráneo; mas por lo que respecta á la mina que servia para el desagüe del régio alcázar (y cuya boca se descubrió por el mismo tiempo que la otra, y no á larga distancia), parece que iba á dar al *patio de los leones*; donde en la actualidad se ve abierta la boca de un acueducto, en uno de los cuadros de flores á la entrada de dicho patio.

(60) "El tercero (dice Mármol, hablando de los barrios que comprendia la *Alcazaba Gidid*, ó sea *Alcazaba Nueva*) era el de la parroquia de San Juan de los Reyes, en el sitio de una mezquita que los moros llamaban *Mozquit el Teibin*, que quiere decir *mezquita de los convertidos*: llamábanle *barrio de la Cauracha*, por una cueva que allí habia, que entraba debajo de la tierra muy gran trecho; porque *caura* en arábigo quiere decir *cueva*."

(*Historia del rebelion* y *castigo de los moriscos*, lib. 1.°)

Otro escritor de la misma época, digno de todo crédito, habla de dicha cueva como testigo ocular: «pero lo que se tiene por mas cierto entre ellos (los moros) y se halla en la antigüedad

de sus escrituras, es haber tomado el nombre Granada de una cueva, *que atraviesa de aquella parte de la ciudad hasta la aldea que llaman Alfacar, que en mi niñez yo vi abierta.*»

Esto escribia el insigne D. Diego de Mendoza, despues de promediado el siglo XVI: hoy dia, en el barrio mismo de que hablaron los citados historiadores, y en la calle llamada de San Juan de los Reyes, hay una casa en la que se halla cerrada una antiquísima cueva, que tal vez sea la misma á que se ha hecho referencia.

(61) "Se advierte que los moros tienen año solar y año lunar. El solar es conforme al nuestro latino, y nombran los doce meses como los latinos; y generalmente se sirven de esta cuenta para las cosas de agricultura en toda Africa; porque tienen un libro dividido en tres cuerpos, que llaman el *tesoro de los agricultores*, y este parece haber sido traducido de latin en lengua árabe en la ciudad de Córdoba, y por él se gobiernan cuanto al sembrar, plantar, cavar, engerir, y en todo lo demas, y comprenden en él trece lunas. Mas los teólogos árabes y los legistas y escritores cuentan el año diferentemente; porque le hacen de doce lunas enteras, seis de á veinte y nueve, y seis de á treinta dias, que vienen á ser trescientos cincuenta y cuatro dias, once dias y seis minutos menos que el año latino; y estos hacen volver atras el año latino en treinta años uno, menos cuarenta y cinco dias. El primer mes del año es la luna que nace en julio, y le llaman *maharran*, que es tanto como si dijésemos canícula: el segundo *zafar*, el tercero *arbea el aul*, el cuarto *arbea el teni*, el

quinto *gumen el aul*, el sexto *gumen el teni*, el séptimo *argeb*, el octavo *xaaban*, el noveno *arromadan*, el deceno *xevel*, el onceno *delcaada*, el doceno *delhexa*. Otros, que cuentan trece lunas en los once meses latinos, añaden la una al principio del año, y hacen luna de *maharran* primero y *maharran* segundo. Sus fiestas son movibles, y lo mismo sus ayunos; sola la fiesta que celebran del nacimiento de su Mahoma, que llaman el *Maulud*, es la tercera luna del año á los doce dias de ella; porque en tal dia dicen que nació".

(Mármol: *histõria del rebelion y castigo de los moriscos*, lib. I, cap. XI.)

(62) "Y demas de todos estos palacios y jardines (los que se hallaban situados en el *Cerro del Sol*) tenian las huertas reales en la loma y campo de *Abulnest*, donde llaman agora *Campo del Príncipe*, que llegaban desde la halda del cerro, donde está la ermita de los mártires hasta el rio Xenil. En estos jardines estaban los veranos los reyes, por ser al derredor de la Alhambra; y aunque tenian otros palacios en la Alcazaba con jardines y huertas á la parte de la Vega, no moraban en ellos, por quitarse del tráfago y comunicacion del pueblo, escandaloso y amigo de novedades; y por esto comenzaron y acabaron aquella fortaleza, fuera de la ciudad y cerca de ella, á imitacion de los reyes de Fez.»

(Mármol: *hist. del rebelion* y *castigo de los moriscos*, lib. 1.°, cap. VIII.)

Un siglo despues, se expresaba en estos términos otro historiador: "fué tambien Casa Real de campo de los reyes moros la huerta que está

inclusa en el convento de Santa Cruz la Real, donde se ve un pedazo de Casa Real, labrado de azulejos y lazería.»

(Pedraza: *história eclesiástica de Granada*, part. 1.ª, cap. XXIX.)

"En esta comunidad (la de Santo Domingo) se ha dado siempre á este lugar de recreo el nombre de *Cuarto Real*; y siempre ha tenido el mismo destino que hoy, con mas ó con menos hermosura ó adorno; sin que los vivos se acuerden ni tengan noticia del nombre que en los principios tuvo, ni hayan oido cosa en contrario del que tiene hoy: vea V. en lo que fundo mi conjetura de que fué casa de placer, retiro ó Casa Real de los árabes. A esta conjetura le hallo otros dos apoyos: uno, el notar que las inscripciones son de aquellas que se solian poner en los lugares y sitios públicos, y no de las que suelen tener los edificios destinados al uso de los particulares ó á la administracion de la justicia: otro, en el nombre que tenia este cuarto en el siglo XV: llamábase *nomsara*, que significa *delicia*; y parece de lo uno y lo otro que era casa de recreacion, perteneciente no á un particular, sino al rey. Véa V., ademas de esto, la planta de la obra, su fábrica y su aire: hallará V. un dibujo semejantísimo á los Cuartos Reales de la Alhambra en la proporcion; si bien no tan adornados ni de labor tan exquisita. El sitio en que estaba hace tambien parte del fundamento de esta conjetura. Este sitio estaba sin duda, en los tiempos de los moros, fuera de la ciudad, enteramente apartado del bullicio del pueblo: se extiende su vista sobre la Vega y sobre la apacible

vista de las huertas y el agua del Xenil; situacion por todos respectos ventajosa para el retiro y recreo.»

(*Paseos por Granada y sus contornos* : tomo 2.°, *paseo* II.)

Asi se expresaba en la mencionada ciudad el padre Juan Echevarria, de los clérigos menores, publicando aquella obra bajo el supuesto nombre de Don José Romero Iranzo, á mediados del siglo pasado: al presente, los vestijios que recuerdan la grandeza de aquel lugar son un huerto ó jardin espacioso, formado por calles de laureles, una sobre todo notable por su anchura y por hallarse embovedada con las mismas ramas de los árboles. A su extremidad forma una especie de plazuela, con una fuente de alabastro en medio, de la forma que usaban los árabes, y que corresponde á otra mas pequeña, que hay en el cenador ó galería que está al frente, y que recuerda la que se ve en el primer patio de *Generalife*. Dicho cenador, sostenido en arcos y columnas de mármol, y cuyas puertas estan renovadas, da entrada al salon, no tan magnífico ni tan espacioso como el de *Comarès*, pero bastante parecido á él, asi por su situacion como por su forma.

Es perfectamente cuadrado: al rededor corre un zócalo de azulejos, que aun subsiste por algunas partes: las paredes revestidas de estuco, formando labores semejantes á las del palacio de la Albambra; y ya cerca del techo cinco arcos á cada lado, en forma de ventanas sostenidas en leves columnas.

Frente por frente de la puerta de entrada hay un *ajimez*, desde el cual se descubren hermosísi-

mas vistas; la confluencia de ambos rios, á la salida de la ciudad, la Sierra Nevada y la Vega.

En los dos costados del salon, á una y otra mano, hay un *alhami* ó alcoba; y aunque se ve que estan recientemente renovadas, no por eso deja de conocerse en el suelo y en las paredes que son obra del tiempo de los moros; advirtiéndose por todas partes indicios y señales de que aquel lugar fué, como aseguran los historiadores, uno de los palacios para recreacion de los reyes.

(63) Se alude en este lugar al famoso Zegrí, de cuya conversion á la fé católica habla Bermudez de Pedraza: « Mandóle vestir el Arzobispo á lo castellano, de grana y seda, como á caballero; y como tal, tomó el nombre del Gran Capitan en el bautismo, llamándose Gonzalo Fernandez Zegrí. Probó las armas con él en una escaramuza en la Vega, antes de entregarse Granada; y le pareció mas que hombre, y quiso honrarse con su nombre. »

(*Historia ecles. de Granada*: part. 4.ª, capítulo XXI).

Este Gonzalo Fernandez el Zegrí fué regidor en el primer ayuntamiento de Granada; y como tal se halla su nombre y firma en los libros capitulares. Hasta el presente se conserva en aquella ciudad el apellido de *Zegrí*, tan famoso en tiempo de los moros.

(64) Aben Comixa, favorito del Rey Boabdil, fué uno de los que comisionó este monarca para arreglar con los enviados de los Reyes Católicos los conciertos relativos á la entrega de la ciudad: posteriormente fué tambien el que concertó con aquellos príncipes la venta que hizo Boabdil, por

una suma alzada, de los lugares y rentas que habia conservado en el reino de Granada, despues que perdió la corona.

(65) "Era el Zegrí pariente del famoso Aben Hamar, que dió nombre con sus casas á la calle de este nombre."

(Bermudez de Pedraza: *historia ecles. de Granada.*, part. 4.ª cap. XXI).

Hasta el dia de hoy subsiste la calle de *Aben-Hamar* en el barrio destinado á la contratacion y al comercio: es una de las que desembocan en el *Zacatin*.

(66) «*Alcaizería* es nombre árabe, que significa *casa de César*, conservado de los árabes en el tiempo de Julio César, que dió privilejio á los árabes Hamitas para que ellos, y no otros, pudiesen criar y beneficiar la seda: *tan antiguos son los estancos, enemigos del bien comun.*»

(Bermudez de Pedraza: *hist. ecles. de Granada*, parte 1.ª, cap. XXIX).

"Tenia (Granada) algunos edificios principales, labrados á la usanza africana: muchas mezquitas, colejios y hospitales; y una muy rica *alcaizería*, como la de la ciudad de Fez, aunque no tan grande, donde acudia toda la contratacion de las mercaderías de la ciudad.»

(Mármol: *história del rebelion y castigo de los moriscos*, lib. 1.º)

Aun mas señas y pormenores da otro escritor, que describe la *alcaizería*, tal como la dejaron los moros, y la vió él en su tiempo: «Y á esta plaza y mercado (de *Bibarrambla*) está ayuntada una cosa no indigna de ser relatada; que es una casa que llaman *alcaizería*: en la cual

hay casi doscientas tiendas, en que de contínuo se venden las sedas y paños y todas las otras mercaderías; y esta casa (que se puede decir pequeña ciudad) tiene muchas callejas y diez puertas, en las cuales estan atravesadas cadenas de hierro que impiden que no puedan entrar cabalgando: y el que tiene cargo de la guarda de ella, cerradas las puertas, tiene sus guardas de noche y perros que la velan; y en nombre del Rey cobra la renta y tributo de cada una tienda.»

(Lucio Marineo Sículo: *de las cosas memorables de España*, lib. XX.)

Al cabo de mas de tres siglos, aun subsiste la *alcaizería*, con el propio nombre y en el mismo lugar en que se hallaba en tiempo de los moros, y destinada igualmente al comercio de sedería; siendo aun mas digno de notar la semejanza que hay entre el estado que en la actualidad tiene, y el que tenia en el reinado de los Reyes Católicos.

(67) «Por estas razones (dice Mármol) se deja bien entender haber sido la antigua ciudad de Iliberia cerca del rio Cubila, que pasa al pié de la sierra que los modernos llaman Sierra Elvira, *donde hemos visto muchos vestijios y señales de edificios antiquísimos*. Despoblada Iliberia, solo quedó el castillo y algunos barrios de la ribera del rio; y los reyes moros daban aquella tenencia á deudos suyos ó personas de cuenta.»

(Mármol: *hist. del rebelion y castigo de los moriscos*, lib. I, cap. III.)

Dejando á un lado las interminables disputas de los eruditos acerca de si la famosa ciudad de Iliberia tuvo su asiento junto á la sierra de El-

vira, ó en la parte mas alta de Granada ó en sus contornos (opiniones todas que cuentan muchos patronos y mas ó menos razones en su apoyo), no tiene duda que á las faldas de la Sierra de Elvira existieron antiguas poblaciones, no escasas de extension y de grandeza, segun los monumentos que se han hallado en los pueblos asentados á la raiz de aquel monte, como la Atarfe, Arbolote, y aun mas en las cercanías de Pinos-puente, situado en un territorio fértil, por estar abastecido de aguas.

No asi el que yace al pié de la sierra, por el lado frontero á Granada; árido y seco hasta el punto de confirmar el nombre que le dieron los moros de *sierra desaprovechada ó de poco fruto*. Lo único reparable en aquellos campos es el gran número de pozos, abiertos en tiempos antiguos y hoy casi cegados. Ni su extension ni su forma ni lo cerca que estan unos de otros, dejan arbitrio á creer que sirviesen para recoger y guardar las aguas. Tampoco me parece verosímil, como algunos escritores han imaginado, que fuesen silos para conservar los granos; pues parecen de corta cabida, tan anchos de arriba como de abajo, y por ningun término se asemejan á los que los moros tenian en Granada, ni á los que abrieron en otras provincias de España y fuera de ella.

Si me es lícito aventurar las conjeturas que me han ocurrido, despues de registrar aquellos parajes, creo que tal vez los mencionados pozos fuesen como taladros ó calas, para buscar alguna mina; por ser semejantes á los que se ven abiertos de antiguo en Sierra Morena y en otras partes.

Tambien pudiera ser, (por mas extraño que á primera vista aparezca) que los moros hubiesen abierto aquellos pozos, como otros tantos respiraderos, para evitar ó disminuir el riesgo de los temblores de tierra, harto frecuentes en Granada, y que desde los tiempos mas remotos hasta el presente parece que tienen los mas de ellos su centro en la Sierra de Elvira y sus inmediaciones.

Que los moros estaban muy persuadidos de la eficacia de semejante preservativo, se infiere de este pasaje de un historiador, hablando del terremoto que se sintió en Granada por el mes de julio de 1526, al cual se atribuye, segun la comun voz y fama, que la Emperatriz y otras personas de la corte se sobresaltasen y persuadiesen al Emperador que no estableciese su morada en dicha ciudad: «el remedio contra estos terremotos, dice Plinio, es hacer muchos *pozos* y cuevas hondas, por donde exhale y respire el viento metido en las venas de la tierra. Y los moros, como filósofos, tenian en la calle de Elvira un *pozairon*; llámanle asi por ser muy profundo y ancho, que servia para este efecto; y le cegó nuestro mal gobierno, pensando que pozo sin agua estaba ocioso.»

(Bermudez de Pedraza: *hist. ecles. de Granada*, Part. 4.ª, cap. XLVIII.)

Aun subsiste cegado este pozo, llamado comunmente el *pozo airon*; y tan arraigada quedó la creencia de los moros respecto de las ventajas de dejarle abierto, que el vulgo aun atribuye la repeticion de los terremotos á la providencia de haberle cerrado, como se ordenó por fundados motivos de buen gobierno y policía.

(68) «Entienden algunos, y no van fuera de camino, que los moros asignaron para vivienda de los cristianos aquella parte de la ciudad que hoy llaman *campo del Príncipe*, con todo el distrito de aquel cerro hasta la *puerta del Sol* y barrio del *Mauror*, que en nuestra lengua significa de los aguadores; y que para tenerlos sujetos y asegurarse de ellos, labraron aquel castillo que llaman *Torres Bermejas*, con otro que está cerca de él, sojuzgando todo el barrio que está inferior.»

(Bermudez de Pedraza: *hist. ecles. de Granada*, part. 3.ª, cap. VII).

«Lo que agora llaman *la Churra* se llamó en otro tiempo el *Mauror*, que quiere decir el barrio de los aguadores; porque moraban en él hombres pobres, que llevaban á vender agua á la ciudad.»

(Mármol: *hist. del rebelion y castigo de los moriscos*, lib. 1.º, cap. IX).

Aun hoy dia subsiste el barrio de la *Churra* con este nombre y habitado por gente menesterosa: subsiste igualmente la *puerta del Sol*, llamada asi porque mira al oriente; viene á caer encima de la iglesia de Sta. Escolástica, en lo alto de una cuesta muy agria; la puerta es pequeña y angosta, terminada en arco puntiagudo, semejante á otras que quedan del tiempo de los moros, y sobre ella un torreon casi arruinado. Se conoce que por allí pasaba el antiguo muro de la ciudad; y es probable que yendo á buscar luego el paraje en que está situado el convento de Sto. Domingo (donde habia en aquellos tiempos una Casa Real) se trabase al cabo con el castillo de *Bib-Taubin*, á la salida ya de Granada.

Es de advertir que encima precisamente del castillo de la *puerta del Sol* se hallan situadas las *Torres Bermejas*; por manera que se ve palpablemente que dichos castillos y torres formaban en aquellos tiempos como una línea de fortificacion, que arrancaba en la confluencia del Xenil y del Dauro, y subia abrigando á la ciudad hasta ir á unirse con los reparos y defensas construidos en la Alhambra.

(69) « Despues de esto, en el año del Señor mil cuatrocientos y diez, los moros que vinieron huyendo de la ciudad de Antequera, cuando el infante Don Hernando, que despues fué Rey de Aragon, la ganó, siendo tutor del Rey Don Juan el Segundo, poblaron el barrio de *Antequeruela* (hoy dia subsiste y con el propio nombre) que está en la *loma de Abahul* cerca de *la ermita de los mártires*. En esta loma se ven grandes mazmorras y muy hondas, donde antiguamente, cuando los reyes de Granada no eran tan poderosos, *encerraban los vecinos su pan*, por tenerlo mas seguro; y despues *las hicieron prision de cristianos cautivos*, para encerrarlos de noche y detenerlos de dia, cuando no los sacaban á trabajar; y la Reina Católica Doña Isabel, en conmemoracion del martirio que padecieron en aquel cautiverio muchos fieles cristianos por Jesucristo, ganada la ciudad, mandó edificar allí una ermita con la advocacion de *los mártires*. »

(Mármol: *hist. del rebelion y castigo de los moriscos*, lib. 1.°, cap. IX.)

Lo mismo, y casi en los propios términos, lo confirma otro historiador: « fué primero oratorio ó ermita que mandaron labrar los Reyes Católicos

Don Fernando y Doña Isabel, grandes labradores de estos planteles, en memoria de los cautivos mártires que fueron sepultados en este cerro, y con advocacion de ellos. Cuando los Reyes entraron en Granada, habia en este sitio muchas mazmorras abiertas; *yo las vi en mi puericia*: en ellas encerraban de noche los moros cautivos que asistian de dia á las labores y tareas de las obras reales, y llámaban á este sitio el *arrabal de los cautivos*; *y* las *Torres Bermejas* servian de atalayas para su guarda.»

(Bermudez de Pedraza: *hist. ecles. de Granada*, *Part.* 4.ª, cap. CX.)

A mediados del siglo XVI se publicó en Alemania una obra en latin con el título de *Civitates orbis terrarum*, en la cual se halla una descripcion de Granada con un mapa de la ciudad, curioso porque denota el estado que en aquella época tenia; y al tratar del *campo de los mártires*, se dice lo siguiente: "A un lado de dicho monte hay una ermita, notable por su mucha antigüedad y por la veneranda memoria de los *mártires*, cuyo nombre se da comunmente á aquel sitio: vénse en él pozos y cuevas, que parecen abiertas á pico en la peña viva, con la boca estrecha y que van ensanchándose por la parte de abajo: en ellas solian encerrar de noche á los cristianos, de los cuales habia muchos en cautiverio, descolgándolos con sogas, y forzándolos á trabajar de dia como esclavos.»

En el lugar correspondiente del mapa, anejo á dicha obra, se indican con el nombre de *mazmorras* las simas ó cavernas del *campo de los mártires*; siendo de advertir que otro tanto se

observa en la plataforma ó mapa de Granada, que algunos años despues publicó en aquella ciudad Ambrosio de Vico, maestro mayor de su iglesia metropolitana. Tantos datos y testimonios contestes, la advocacion de la ermita labrada por los Reyes Católicos, y una tradicion constante, persuaden plenamente que en el paraje llamado *cerro de los mártires*, ó en sus inmediaciones, tenian encerrados los moros á los cautivos cristianos; muchos de los cuales hubieron de padecer tormentos y arrostrar la muerte, animados de celo por la fé; pero á pesar de la comun creencia, me parece poco probable que las simas abiertas en la mencionada loma, tenidas comunmente por mazmorras, estuviesen destinadas á tal uso.

Las que subsisten abiertas hoy en dia no podian contener sino muy reducido número de cautivos; siendo difícil comprender como les hacian entrar y salir en aquellas cuevas, á no descolgarlos con cuerdas, y aun mucho mas como podian permanecer allí toda la noche apiñados y con escasa respiracion. La forma de dichas cavernas, cuya anchura va disminuyendo insensiblemente hasta terminar en una estrecha boca; el modo con que esta se cerraba (segun puede colejirse por el arco de ladrillo que aun se ve en algunas de ellas), y la calidad del terreno seco y arenisco, invitan á creer que aquellas cavernas eran otros tantos *silos*, semejantes á los que los moros han labrado en otros climas y regiones, y que han servido de modelo á los que en estos últimos tiempos se han abierto, como por via de experimento, en Francia y otras partes.

Es de advertir que ya insinua Mármol, en el

pasaje antes citado, que antiguamente *encerraban los vecinos su pan* en aquellos subterráneos, por tenerlo mas seguro; no siendo tampoco imposible que en algunos momentos de peligro, y sobre todo durante una guerra encarnizada de diez años, metiesen alguna vez en aquellas cavernas á algunos cristianos, como lugar mas remoto del riesgo.

Segun mi opinion, y sin pretender darle mas valor del que en sí tenga, las cuevas abiertas en la loma de Abahul, á lo menos las que he podido examinar, no eran mas que *silos* para conservar el grano; y en aquellas inmediaciones debieron de tener los moros algunos corrales ú otros parajes á propósito (como lo eran probablemente las *mazmorras*, que con este nombre se enseñan todavía en Torres Bermejas) para encerrar de noche á los cautivos, que trabajaban de dia en la Alhambra y en otros sitios no distantes.

Hay un pasaje de un escritor muy fidedigno, que confirma, á mi ver, esta conjetura: refiriendo Hernan Perez del Pulgar, *el de las hazañas*, algunas de las que hizo durante la guerra de Granada el que despues mereció en Europa el sobrenombre de Gran Capitan, se expresa de esta suerte: «y de la salida que escapó, cuando tentó de sacar del *corral de Granada los cautivos*, el año que la envidia obró su oficio, y lo desvió segun suele estorbar las grandes hazañas.»

Despues en una nota da algunos pormenores mas, indicando claramente el sitio por donde quiso realizar su empresa Gonzado Fernandez de Córdoba; que fué por la *cuesta* llamada hoy *de los molinos*, que conduce en derechura al *campo de los mártires*: «este sacar *del corral de*

Granada los cautivos (dice) fue un ardid muy singular y esforzado y espiado, y bien tentado por Gonzalo Fernandez. Y llegado gran número de gente y capitanes para efetuallo, y puesto á pié *cerca de los molinos*, *que allí á la subida estan*, al tiempo de sobir aquí ovo tantos inconvinientes, mas de envidia que de temor, que cesó el mas honrado hecho que en nuestros tiempos ha acaecido en España.»

(*Breve parte de las hazañas del excelente nombrado Gran Capitan.* —Se halla en el *Bosquejo histórico* publicado por el autor de esta obra, acerca de la vida y hechos de Hernan Perez del Pulgar, *el de las hazañas*).

(70) La ciudad de Velez de la Gomera, asentada en la costa de Africa, casi frente por frente de la ciudad de Málaga, llegó á ser cabeza de un reino independiente; y en mas de una ocasion contribuyó con sus armas á sostener el poderío de los musulmanes en España. Mas una vez destruida su dominacion, despues de la toma de Granada, se echó de ver que era preciso cerrar la puerta á nuevas invasiones, enfrenando á los pueblos de Africa dentro de su propio territorio. Muy luego se acometió esta empresa contra Velez de la Gomera, desembarcando en una playa pocas leguas distante una expedicion poderosa, que salvando cuantos obstáculos se le opusieron, llegó al llano circundado de montes en que estaba la ciudad, y la dejó arrasada.

Hoy dia no queda de ella el menor rastro ni vestijio; únicamente se ven las ruinas de una antigua torre, que los naturales llaman *Torre del Conde don Julian*, conservando la tradicion vul-

gar de que allí se refujió el traidor en los postreros años de su vida.

El *Peñon de Velez de la Gomera*, que tomó al parecer este nombre por hallarse tan cercano á dicha ciudad, como que solo la dividia de ella un estrecho brazo de mar, que parece haber desgajado aquel peñasco de los vecinos montes, le servía como de antemural y resguardo; habiendo sido preciso emplear varias y costosas expediciones, desde principios del siglo décimosexto, para afirmar en aquel escollo la dominacion de España, y mantener desde allí á raya á los moros fronteros.

(71) «En tiempo de don Alonso el undécimo (año de 1334) se pobló el barrio que hoy llaman *calle de los Gomeres*, de una generacion de africanos, naturales de la sierra de Velez de la Gomera, llamados *Gomeres*, que venian á servir en la milicia; y por la misma razon que los Zenetes poblaron el otro barrio, hicieron ellos allí su morada, cerca de los alcázares de la Alhambra».

(Mármol: *história del rebelion* y *castigo de los moriscos*, lib. I.)

Cuando pasó á España el ejército de Amir Amuminin (por los años de 1195) ya venian, segun los historiadores árabes, de una y otra tribu de las dos mencionadas: "Cuando llegó el campo á Alcázar Alges, fueron pasando las *taifas*, unas en pos de otras: la primera que pasó el mar fué de las tribus alárabes; luego las *Zenetas*, Masamudes, *Gomeras*, los voluntarios de las *cabilas* de Almagreb y otras de Algiazares etc.»

(Conde: *história de la dominacion de los árabes en España*, tom. II, cap LII.)

De los *Gomeres* ha quedado el nombre perpetuado en una calle de Granada, que sube desde la *Plaza Nueva* hasta la puerta de la Alhambra, llamada por los moros *Bib-Lauxar*, y posteriormente *Puerta de las Granadas*, á causa de las tres que adornan el arco. La que hoy dia subsiste es obra del tiempo de Cárlos V, como lo indican el águila imperial y el escudo de armas.

Colocándose en esta puerta, situada en una embocadura ó garganta entre dos cadenas de montes, se concibe facilmente como estaba fortificada por aquella parte la Alhambra, en tiempo de los moros: á un lado se descubre el muro que va á *Torres Bermejas*, que parece se adelantan amenazando algunos barrios de la ciudad, con la cara vuelta al Xenil; y á la otra mano se ve la antigua muralla, que sube por el monte buscando la *torre* llamada *de la campana*, y los adarves y torreones que defendian la Alhambra por el lado que mira al Dauro.

(72) El palacio *de los Alixares* debió de ser uno de los mas ricos y suntuosos de los muchos que poseian los reyes moros de Granada. Entre las cosas mas notables de aquella ciudad incluye un célebre escritor: «tres casas muy alegres y deleitosas: el *Alhambra*, otra que se llama *Generalife*, muy alegre, y otra que está apartada de la ciudad casi mil pasos, que llaman los *Alixares*, que fué en otro tiempo en obra y edificio maravillosa. Las cuales yo, no sin justa causa, solia llamar lujuriosas y deleites de los reyes; en las cuales moraban muy de contínuo los reyes moros, por causa de placer y deleite.»

(Lucio Marineo Sículo: *de las cosas memorables de España*, lib. XX.)

"A las espaldas de este cerro (dice otro escritor) que comunmente llaman *Cerro del Sol ó de Santa Helena*, se ven las reliquias de otro rico palacio, que llaman los *Alixares*, cuya labor era de la propia suerte que la de la sala de la torre de *Comares*; y al derredor de él habia grandes estanques de agua y muy hermosos jardines, vergeles y huertas: *lo cual todo está al presente destruido*.»

(Mármol: *hist. del rebelion y castigo de los moriscos*: lib. I, cap. XIII.)

En el libro intitulado *Guerras civiles de Granada* (que si no es una fuente muy clara para la historia, no por eso deja de ofrecer algunas composiciones curiosas y tradiciones populares de la época en que se escribió) se dice hablando de Muley Hacen que «mandó labrar los muy famosos *Alixares*, con obras maravillosas de oro y azul de mazonería, todo á lo morisco. Era esta obra de tanta costa, que el moro que la labraba y hacia, ganaba cada dia cien doblas. Mandó hacer encima del *Cerro de Sta. Helena* (que asi se nombra aquel collado) una casa de placer muy rica.»

Especie que se halla confirmada en un antiguo *romance*, inserto en la misma obra, cuando dice:

¿Qué castillos son aquellos,
Altos son y relucian?—
El Alhambra era, señor,
Y la otra la mezquita;
Los otros los *Alixares*,

Labrados á maravilla:
El moro que los labraba,
Cien doblas ganaba al dia;
Y el dia que no los labra,
Otras tantas se perdia.

(*Guerras civiles de Granada*, por Ginés Perez de Hita, cap. II.)

Un historiador, que floreció en el siglo siguiente, refiere algunos datos muy curiosos, respecto del pago ó terreno llamado hasta el dia de hoy los *Alixares*, y en que debió de estar situado el palacio del mismo nombre: "En este tiempo (por las años de 1455) el Rey Ismael, viendo el daño que comunmente le hacian en las mieses los cristianos por la parte de la Vega, trató de cultivar algunas tierras que hasta entonces estaban pobladas de montes y encinares, encima de la ciudad, y son las que hoy llaman *Alixares*. Mandólas allanar y disponer en forma conveniente, y echar encima mucha tierra de la Vega, (trabajo excesivo, que cargó todo sobre los hombros de los cautivos cristianos); y para la comodidad del riego sacó del rio Dauro una azequia muy alta, de donde se sacaba el agua con una anoria profundísima, y de allí con mucha órden y concierto se repartia en unos estanques ó albercas, tan grandes y fuertes que se conoce muy bien ser obra real y de excesivo gasto. Hay entre unos y otros unos acueductos de ladrillo, obra toda costosísima y de que se siguieron grandes provechos; porque aunque la tierra de su naturaleza es estéril, vino á ser por el arte y por la abundancia del riego tan fructuosa que en ella con-

sistió por mucho tiempo la mayor parte del sustento de esta ciudad. Hoy, por descuido de los que la gobiernan ó tienen á su cargo todo aquel distrito, se ha perdido todo esto, que sin mucha costa se podria reparar; y seria de gran momento lo que solo sirve de conservar la memoria de una antigüalla, y de manifestar el gran poder de los moros, que rodeados por todas partes de guerras tan contínuas y molestas, tuvieron ánimo y caudal para costear obra tan grande.»

(Bermudez de Pedraza: *hist. ecles. de Granada*, part. 3.ª, cap. XXIX.)

Y en otro lugar de la citada obra, confirma el mismo autor con su testimonio los vestijios de antiguas fábricas, que se veian en su tiempo en el *Cerro del Sol*: «habiéndose descubierto allí ruinas de edificios antiguos, y un estanque de cien pies en largo y treinta en ancho, con anoria que ha cegado de muy vieja.»

(Part. 1.ª, cap. XVII.)

Si se examina el mapa trazado en Granada por Jorge Hofnagel, al promediar el siglo XVI, (que va anejo á la obra titulada *Civitates orbis terrarum*, por Bruin) se ve marcado en el lomo del *Cerro del Sol* un sitio con el nombre de *castillo mayor*, otro lugar cercano con el título de *güerta del rey moro*, y mas allá en la misma línea, caminando siempre de norte á mediodia, un *algibe*; siendo de presumir que dicho *castillo* fuese una fortaleza de moros, que habia en aquel paraje, segun los documentos que parece se hallaban en el archivo de la Albambra; que la llamada *güerta del rey moro* seria tal vez perteneciente al palacio de los *Alixares* ó bien al de

Darlaroca; y el *algibe*, el que se llama hoy dia *de la lluvia*.

Registrando al presente el *Cerro del Sol* (ademas de lo que ya se dijo, al hablar del palacio de *Darlaroca*) se ven en la cumbre ó meseta llamada hoy *silla del moro*, que cae frente por frente de la salida de *Generalife* por la parte de levante, restos de una antigua fábrica, de forma cuadrada, y al parecer de tiempo de moros: se cree comunmente que allí tuvieron un *mirab* ú oratorio, ó tál vez un torreon, como parece indicarlo el antiguo mapa de Granada, trazado por el maestro Vico.

Todo aquel monte está taladrado; y aun se ven cañerías ó conductos por donde llevaban el agua. La tomaban del rio Dauro, á media legua de la ciudad, y la elevaban á tamaña altura; habiendo colocado, á la inmediacion de un estanque, una anoria ó azuda, de la cual todavía quedan vestijios: estaba cubierta con un arco fortísimo de rosca de ladrillo; y en el fondo de ella aun se divisa agua.

En otra parte del *Cerro del Sol* (que parece como cortado en su promedio por una hondonada ó barranco, formado por las vertientes de los vecinos montes) se halla un *albercòn* llamado *del negro*, no poco semejante en su construccion y forma al *albercon del moro*, de que ya se hizo mérito en otro lugar. Tiene aquel unos setenta pasos por el lado mayor, y la mitad por el mas corto; las paredes de argamason bien trabado, y de mas de dos varas de espesor, que se conservan todavía en buen estado; la profundidad de la alberca es como de tres varas: se conoce que era

un gran depósito de agua, para surtir los sembrados de aquel terruño ó tal vez los jardines de algun palacio.

Cerca del estanque hay un camino subterráneo, del alto de un hombre, la anchura de dos varas, y el techo en forma de bóveda: va á desembocar en la alberca; y al extremo opuesto hay una puerta en forma de arco; entré por ella y recorrí la mina. Probablemente era un acueducto, bastante parecido al que servia para el desagüe del palacio de la Alhambra, segun las noticias que me dió el alcaide de aquella fortaleza.

Siguiendo mas adelante por el mismo Cerro, como quien va en busca del Xenil, se descubren muchos vestijios de obra antigua; y hasta por las grietas y hendiduras del terreno se ven restos de fábrica, que parece de moros, labrada de argamasson de tierra y chinarro, percibiéndose aun la cal con que estaba trabado.

Me asaltó entonces la conjetura de que tal vez estaria antiguamente en aquel sitio el palacio de los *Alixares*, en la parte del *Cerro del Sol* que mira al mediodia (lo cual no cuadra mal con la situacion que indica Luis del Mármol) abastecido de agua por medio del *albercon del negro*, y con agradables vistas al Xenil y á Sierra Nevada; asi como el palacio de *Darlaroca*, asentado probablemente á otro extremo del cerro, y con un depósito de agua cercano en el estanque ó *albercon del moro*, disfrutaria la hermosa perspectiva de Generalife y de la Alhambra, no menos que la de los cármenes situados á una y otra márgen del Dauro.

(73) Hozmin, esforzado caudillo, enemigo del rey de Granada (Mahomad Aben Nazer) le derribó del trono y colocó en él á Ismael, sobrino de aquel monarca. Venció despues á los cristianos, á la vista misma de Granada, al pie de la sierra llamada hoy de Elvira, y por nuestros pasados *sierra de los infantes*, porque en aquella batalla murieron dos príncipes de Castilla, (año de 1320) hijo el uno y nieto el otro de Don Alonso el Sábio.

(Véase la *Corónica de los moros de España* por Fr. Jaime Bleda, lib. 4.º—*Historia del rebelion* etc. por Luis del Mármol: lib. 1.º cap. XXX.—*Historia eclesiástica de Granada* por Bermudez de Pedraza: part. 1.ª, cap. XXI.)

(74) «El primero y mas principal llaman *Cuarto de Comares*, del nombre de una hermosísima torre, labrada ricamente por de dentro de una labor costosa y muy preciada entre los persas y surianos, llamada *Comaragia*. Allí tenia este rey los aposentos de verano; y desde las ventanas de ella, que responden al cierzo y al mediodia y al poniente, se descubren las casas de la Alcazaba, del Albaycin y de la mayor parte de la ciudad, y toda la ribera del rio Darro y la Vega, con hermosa y agradable vista de jardines y arboledas, que recrean grandemente á quien lo mira. A la entrada de este palacio está un pequeño patio con una pila baja á la usanza africana, muy grande y de una pieza, labrada á manera de venera; y de un cabo y otro estan dos saletas, labradas de diversos matices y oro y de lazos de azulejos; donde el Rey juntaba consejo y daba audiencia, y cuando él no estaba en la ciudad, oia en la que

está junto á la puerta el Cadí ó justicia mayor á los negociantes; y á la puerta de ella está un azulejo, puesto en la pared, con letras árabes que dicen: «*entra y pide; no temas de pedir justicia; que hallarla has.*»

(Mármol: *hist. del rebelion y castigo de los moriscos*, lib. I.)

La extension y magnificencia del *Cuarto de Comares*, y hasta el nombre que le ha conservado la tradicion de *salon de embajadores*, indican que estaba destinado para actos públicos y solemnes: su forma es perfectamente cuadrada, las paredes labradas con primor exquisito, y la techumbre riquísima, de un artesonado de piezas de madera de diversos colores, esmaltadas con oro y plata, y formando coronas, estrellas y otras delicadas labores. En tres lados del salon hay ventanas, desde las cuales se descubren las mas hermosas vistas: el otro frente, donde está la entrada, corresponde á la galería del *patio de los arrayanes*.

(75) Aun subsiste hoy dia una calleja estrecha, que ha conservado el nombre de *Almanzora*: se halla situada á mano izquierda, subiendo por la *cuesta de los Gomeres*, muy cerca ya de la *puerta de las Granadas*. Actualmente no tiene salida aquella calle; pero es muy probable que antes diese paso á la fortaleza de la Alhambra.

(76) Aludia probablemente al Rey de Castilla Don Alonso el VI, el que ganó á Toledo: casó este en terceras nupcias con una hija del rey moro de Sevilla, Benhamet, la cual trocó su nombre de Zayda en el de Doña María, segun unos, y en el de Doña Isabel, segun otros: na-

ciendo por fruto de este enlace un príncipe de aventajadas partes, cuya temprana muerte le impidió suceder en el trono.

(Mariana: *hist. de España*: lib. 9.º, cap. XX).

(77) «De aquí se colige que toda esta caterva de infieles (moradores de Granada) era descendiente de cristianos *mozdrabes*; que poco á poco con la falta de dotrina, con la sobra de extorsiones y violencias, y con la contínua comunicacion de los moros, fueron degenerando y abrazando su creencia, hasta que totalmente vinieron á acabarse; en tanto grado, que cuando los Reyes Católicos recuperaron este reino, no hallaron rastro ni reliquia de ellos.»

(Bermudez de Pedraza: *hist. ecles. de Granada*, part. 3.ª, cap. XV.)

(78) «E para eu prueba desto, por las corónicas de Castilla se lee que, cuando los moros ganaron toda la tierra por pecados del Rey Don Rodrigo é traicion del conde Don Julian, muchos cristianos fueron tornados á la seta de Mahomad, cuyos hijos é nietos y descendientes nos defendieron é defienden la tierra, é son asaz contrarios á nuestra ley: ca tanto quedó en España poblado dellos como de los moros. E yo vi en este nuestro tiempo, cuando el Rey Don Juan el segundo hizo guerra á los moros con su rey Izquierdo, divisos los moros, pasaron acá muchos caballeros moros, é con ellos muchos *elches*, los cuales auuque libertad habian asaz para ya lo hacer, nunca uno se tornó á nuestra fé; porque estaban ya afirmados y asentados desde niños en aquel error.»

(*Generaciones é semblanzas* de Fernan Perez de Guzman, pág. 253).

Cuando se presentaron los embajadores del Rey de Aragon, Don Jaime el segundo, al Papa Clemente V., estándose celebrando el concilio de Viena (por los años de 1311) le afirmaron que á la sazon vivian en Granada *doscientas mil personas*; y que de ellas no llegarian á quinientas las que provenian de raza de moros; pues casi todas eran descendientes de cristianos: habia en dicha ciudad cincuenta mil renegados, y mas de treinta mil cristianos en cautiverio.

(Zurita: *Anales*: tom. 5, lib. XX, cap. XXIV).

(79) Como sea muy curioso averiguar, en cuanto quepa, el estado en que se hallaban várrios ramos de industria en tiempo de los moros, deberé decir que el tráfico y comercio que mantuvieron con las regiones de levante les proporcionó probablemente aprender de los chinos el modo de labrar la porcelana; llegando á ejecutarlo con bastante primor, como lo comprueban dos jarrones (única muestra de esta clase que haya llegado hasta nuestros dias) que encerraban un tesoro, y se hallaron en la sala llamada comunmente *de las Ninfas*, situada bajo la *torre de Comares*.

Al presente no se conserva en la Alhambra mas que uno de dichos jarrones, y ese maltratado; pero para formar idea de tan preciosos restos, en que se ve brillar el gusto peculiar de los árabes, asi en la forma de los vasos como en sus peregrinas labores, pueden verse las copias grabadas que se hallan en las *Antigüedades árabes de Granada y Córdoba*, dadas á luz por la Real Academia de San Fernando.

(80) En esta casa, que sigue como forman-

do un ala del palacio y que probablemente estuvo apegada á él, hay una sala del tiempo de los moros, segun se percibe desde luego al ver en el suelo una gran losa de mármol, semejante á las de la *sala de las dos hermanas*; á entrambos lados de la puerta dos nichos pequeños; al rededor de las paredes un zócalo de azulejos, que aun se descubre por algunas partes, formado de mosáico; y las labores de la sala muy menudas y primorosas.

No menos notable es la torre ó mirador, llamado comunmente *de buena vista*, por disfrutarse desde aquel sitio la mas hermosa perspectiva: á una mano el palacio de la Alhambra, á otra el de Generalife, y frente por frente el Dauro con sus cármenes y una parte de la ciudad, que se levanta desde la márgen del rio hasta la cima de los montes.

Las labores que adornan las paredes de dicha torre parecen menos ricas, pero son tal vez mas delicadas y primorosas que las del palacio; habiéndose conservado hasta el dia de hoy la techumbre, de madera oscura, labrada con prolixidad exquisita, por el mismo estilo que se advierte en otros techos de la Alhambra.

(81) «No es fácil de explicar el efecto que produce la vista de esta parte del alcázar, cuando se examina por la primera vez. Un patio de ciento veintiseis pies de largo, setenta y tres de ancho y veintidos y medio de alto, circundado de una galería baja ó corredor de siete pies y medio de ancho, sostenido por ciento veintiocho columnas de mármol blanco, de diez pies de alto y ocho pulgadas de diámetro cada una, aparea-

das de cuatro en cuatro en los ángulos del testero de la entrada, de tres en tres en las de enfrente, y alternativamente pareadas y solitarias en todo el corredor; dos cenadores de quince pies de lado y veintinueve de alto, que se avanzan al patio desde los dos testeros, sostenidos por las mismas columnas que se agrupan en sus ángulos de tres en tres arcos, formados por todas estas columnas que sostienen un calado gracioso de hojas y flores, que remata con fajas de letreros adornados hasta el techo: en medio una fuente, compuesta de una gran taza del mismo mármol blanco, sostenida por doce leones; todo, todo ofrece una impresion tan nueva como inconcebible. Si á esta se agregase la que debia producir la viveza y variedad de los colores de su adorno, el brillo deslumbrador del oro y plata de esmalte de sus frecuentes inscripciones, y la encantadora decoracion del agua pura y cristalina, que se levantaba de doce saltadores que hay repartidos con proporcion en esta galería, de otros dos que hay en los cenadores, de la que corria de las piezas laterales; todas las que iban á reunirse por canales descubiertas á la que caia por la boca de los leones, y se derramaba á borbotones de la gran taza que carga sobre sus espaldas; el espectador enagenado creeria verse trasportado, como por encanto, á los mas magníficos alcázares de oro y cristal, que una imaginacion mágica puede inventar en el mas brillante de sus delirios.»

«La taza de la gran fuente de enmedio del patio tiene diez pies y medio de diámetro y dos de fondo; y sobre esta sienta un pedestal, que sostiene otra menor, de cuatro pies de diámetro

y uno y medio de fondo. Los doce leones, en que descansan una y otra, tienen dos pies y medio de alto, y toda la fuente ocho pies y seis pulgadas. Las formas y proporciones de estos leones son irregulares; y nada mejor que ellos prueba la ignorancia del dibujo que acreditaron los árabes, cuando quisieron dispensarse del rigor de la probibicion religiosa de representar objetos animados. La taza grande forma un decágono; y en cada una de sus caras ó lados hay esculpidos versos en caracteres africanos, adornados de hojas y flores, que constan de veintiseis sílabas cada uno. »

(*Nuevos paseos por Granada*, publicados por Don Simon Argote: tom. 2.°, *paseo* 1.°)

(82) El *jardin de Lindaraja* está situado hácia la parte del norte del palacio, y cae debajo del mirador de la *sala de las dos hermanas*: hay en medio de él una gran fuente de mármol, obra de los árabes; con la pila en forma de estrella, y encima de una columnita una taza redonda, con un letrero por cenefa. A los lados cuatro cuadros de flores y alguno que otro árbol.

Este jardin estaba rodeado por una galería, sostenida en columnas de piedra, que solo subsiste hoy dia por dos lados, uno de ellos que mira á levante y desde el cual se da vista á *Generalife*.

(83) La *sala de las dos hermanas* ha tomado probablemente este nombre á causa de dos losas de mármol de Macael, enteramente iguales, que adornan el suelo: tienen cuatro varas y veintiuna pulgadas de largo, y dos varas y cuatro pulgadas de ancho; su blancura extremada.

Se halla situada esta sala entre el *patio de los*

leones y el *jardin de Lindaraja*, al cual caen las ventanas ó *agimeces* de otro aposento, que dá paso á las habitaciones interiores y desde el cual se baja á dicho jardin y á los baños.

En las ventanas altas de la *sala de las dos hermanas*, y especialmente en una que está frente de la entrada, se ven todavía restos de celosías de madera, que en lo menudo y peregrino de su labor indican ser del tiempo de los moros: vestijio singular en su clase.

Tambien lo es, bajo el mismo concepto, un techo de madera oscura, formando un calado primoroso, á la morisca, que cubre como un rico artesonado el último de aquellos aposentos, que da vista al *jardin de Lindaraja*.

« La situacion y localidad de esta habitacion (dice un escritor) cerca del jardin y de los baños, su comunicacion con otras piezas interiores, y las celosías de sus ventanas, que miraban á la sala baja, dan motivo á conjeturar que este era departamento de la Reina. »

(*Nuevos paseos por Granada*, por Don Simon Argote: tom. 2.º, *paseo* 1.º)

(84) "La sala en que se entra por este segundo arco, sostiene con ventajas la ilusion que ha causado el *patio de los leones*. Aunque adornada con el mismo gusto, pero de un modo mas prolijo y exquisito que el *salon de Comaresch*, como las labores del ornato arabesco siempre son menudas, agradan mas en esta sala por ser mas proporcionadas á su extension, que es cuadrada y mucho mas pequeña; lo que tambien las hace parecer menos confusas y mas regulares que en aquella grande pieza. »

(*Nuevos paseos por Granada*, por Don Simon Argote: tom. 2.°, *paseo* 1.°).

(85) Sobre el segundo arco, que da entrada á la *sala de las dos hermanas*, se halla grabado en caracteres cúficos este mote: *felicidad.* En las paredes del mismo aposento hay várias inscripciones, segun uso y costumbre de los árabes, algunas de ellas religiosas, como el lema tan repetido de *solo Dios es vencedor*, y otras alusivas á la magnificencia y delicias del régio alcázar; de cuya clase son los siguientes, que insertamos como muestra del estilo oriental de aquella nacion: «*Mi estructura, dispuesta con exquisito arte, ha pasado ya en proverbio, y anda en boca de todos mi alabanza. — Allí tambien los oscuros mármoles, ya desbastados y bruñidos, despiden su resplandor y convierten en luz las tinieblas. — Te pareceria que los orbes celestes apresuran su curso, para hacer sombra á las columnas de la aurora; porque sale mas temprano. — Cuantas ásperas y rudas piedras se han empleado en este palacio, resplandecen en fuerza de la luz que reciben del mismo régio palacio.*»

En las ventanas de uno de aquellos aposentos, que dan vista á los jardines, estaban esculpidos los versos de una cancion, en que brillan los conceptos mas delicados: «*cuando el que mira considera mi belleza, su misma imaginacion desmiente su vista.—Este es un alcázar de cristal: el que lo mira lo tiene por un piélago, que rebosa y se derrama.—El que me viere me tendrá por una mujer que habla con aquel aguamanil, manifestándole su vivo deseo de conseguirlo.*»

Al contemplar tantos prodigios como encierra

aquella régia estancia, sube de todo punto la admiracion, y el entusiasmo no halla imájenes, ni voces adecuadas; como se echa de ver en esta inscripcion, en la cual se personifica al palacio mismo, y se pone en su boca su alabanza: «*soy vergel, adornado de hermosura; en la cual, si quereis advertir, entendereis gran elegancia en mi aseo: á Dios sea tan linda labor, pues excede en la órden de ventura los edificios. ¡Pues cuánto contento recibe en él la vista, que al espíritu da seguridad é contento! En él es de considerar esta hermosísima cuadra, que es singular é sin par; en la cual por todas partes se trasluce la hermosura de su secreto é manifiesto. En tanto, que los hermosos signos del cielo parece que se le extienden y humillan, y la luna en su cumplimiento se le acerca; las cuales, si en su ámbito estuvieran, le hicieran la mesma demostracion de servicio, que diese contento á los que en ella asisten. E no es de maravillar si los luceros desampararen su alto asiento, y en ella hiciesen su morada; pues de ella el resplandor sale tan rutilante, que de ella al hemisferio del cielo procede reverberando su claridad. ¡E con qué vestidura de aseo y labor es adornada, que hacen menos las vestiduras preciosas amenies! A la cual los orbes celestes representan ser su claridad, E con ella el resplandor de la aurora resplandece, cuando empieza á aparecer; que columnas hay en él que representan grandes maravillas en su aseo: las cuales, ilustradas con la claridad, forman sobre las grandes piezas de mármol preciosos granos de aljófar. E ansi no se ha visto alcázar de mas hermoso viso, ni de mas claro cielo, ni de mas sa-*

brosos mantenimientos; contenta á los que te piden y demandan la entrega de su hermosura, con paga de contado, é alzada con otra tal, que siempre les deja: con la cual el autor de su hermosura excedió los límites de su perfeccion. E ansi cuando la dulce aurora de la mañana espira con el resplandor del sol, se demuestran perlas clarísimas, que no se pueden significar. E con esto entre mí y la felicidad hay notoria similitud; é la similitud emana de mi propio ser.»

Esta inscripcion es una de las que se han conservado en un antiguo códice, traducidas todas ellas en el siglo XVI por el licenciado Alonso del Castillo, árabe de nacion y médico en Granada; las cuales se dan como por via de apéndice en la segunda parte de la coleccion de *Antigüedades árabes*, publicada por la Real Académia de San Fernando. En la misma obra se hallan las inscripciones que quedan en el palacio de la Alhambra y algunos de la ciudad de Córdoba, con las láminas correspondientes, una esplicacion del texto y la version en castellano.

(86) «Este *mirador* da vista al patio *de los leones*, por una ventana de tres arcos iguales, que sostienen cuatro columnas, y estan inscriptos en un recuadro con fajas de motes en letras africanas: *solo Dios es vencedor.* Sobre este recuadro siguen cuatro ventanitas, entre las que hay tableros con hojas y flores, y letreros africanos que se leen de abajo arriba, en que dice: *la omnipotencia á Dios*. Las fajas de motes repetidos dan vuelta á toda la pieza; y termina en un gracioso artesonado, en que estan embutidas figuras estrelladas, puntas de flechas, listas en-

trelazadas, doradas, plateadas, y pintadas con variedad. Las demas piezas altas se forman al rededor de la *sala de las dos hermanas*; y en el dia son sencillas y lisas, sin que indiquen haber tenido adorno.»

(*Nuevos paseos por Granada*, por don Simon Argote: tomo II, *paseo* I.)

(87) La primera sala, de los aposentos de los *baños reales*, es de forma cuadrada; el suelo y las paredes, hasta la altura de cerca de dos varas, adornado todo con azulejos, de vivos colores: en medio de la sala hay una fuente, con una hermosa taza de mármol blanco; á los lados dos *alhamis* ó alcobas, poco levantadas del suelo; y en el piso alto corre una galería, con arcos y ventanas, que segun la comun tradicion, estaba destinada para la música. El techo lo forma un artesonado, con embutidos primorosos y ricos esmaltes.

Despues se entra á otro aposento, en el cual se halla un baño, mas pequeño que los demas; lo que ha dado márgen á creer que servia para los Infantes. Despues de cruzar otra sala (todas ellas de escasa claridad, como para proporcionar mas frescura, y convidar al descanso y deleite) se llega por último al aposento de los *baños*.

El mayor de estos se asemeja á una alcoba; tanta es su anchura y capacidad: le forman unas losas de mármol, clavadas de canto en el suelo; en el frente hay un nicho para colocar perfumes ó tal vez alguna ropa; se ven dos conductos, uno para el agua caliente y otro para la fria; aun se divisa el agujero que servia para el desagüe: y hasta hace pocos años se conservaba la caldera, del tiempo de los moros.

A otro extremo del mismo aposento, aunque no al frente, está el otro baño, de forma cuadrada, no tan espacioso ni tan cómodo como el primero.

El suelo de esta sala está cubierto de grandes losas de mármol; las paredes dan muestras de haber sido revocadas de nuevo; el techo es una bóveda de ladrillo, con lumbreras redondas en forma de estrellas.

(88) En el palacio de la Alhambra hay dos *salas de secretos*; asi llamadas, porque estan de tal suerte construidas, bien fuese de industria ó bien por mero acaso, que lo que se dice quedo en ciertos puntos, se percibe en otros correspondientes, sin que lo oigan las demas personas que se hallen en el mismo aposento.

Una de estas salas y la mas notable por su extension y estructura, se halla situada en uno de los costados del *patio de los arrayanes*; pero no se permite entrar en ella, por amenazar ruina; motivo que ya lo estorbaba, al promediar el siglo pasado, como se infiere del siguiente pasaje, que nos suministra algunos datos y noticias acerca de dicho aposento: "seria temeridad exponernos al riesgo de que llegara, estando nosotros allí, el momento de su ruina: vea V. desde aquí: es ochavada, es obra de cantería, de gran primor y arte, sus sillares son de piedra de Alfacar; y mediante esta fortaleza, hace aun sus esfuerzos contra el agua, que siempre que llueve se rebalsa sobre su techumbre, y que es el enemigo que la ha puesto en el fatal estado que tiene. El alto semicircular de esta pieza, hasta su centro, es de cinco varas y media, y las alcobas de ella tienen

de alto, hasta su centro, una vara menos. El umbral ó cerramiento superior es horizontal; y los ángulos de sus lados suben con viveza hasta su centro con particular belleza, la que aumenta es floron de la clave.»

(*Paseos por Granada y sus contornos*, dados á luz por el P. Juan de Echeverria: tom. 1.° *paseo* XVIII).

La otra *sala de secretos*, situada no lejos de los *baños reales* y del *jardin de Lindaraja*, es pequeña y mezquina: el techo es de forma elíptica; y si no es obra moderna, como lo parece, por lo menos está renovada.

(89) En el testero, que cae al frente de la entrada del *patio de los leones*, corre una galería, que da paso al salon llamado *del tribunal*; cuyo nombre indica que estuvo aquel aposento destinado á la administracion de justicia: por lo menos la riqueza que se ostenta en su ornato, en cuanto lo dejan percibir las injurias del tiempo, incitan á creer que servia aquella sala para celebrar actos solemnes.

Tiene la misma extension que el lado menor de dicho patio: está dividida por arcos, sin que el techo muestre por todas partes la misma altura. Lo mas digno de atencion que hay en este aposento es que en el fondo de él, que cae hácia levante, hay tres recintos pequeños ó camarines, en cuyos techos se conservan las únicas pinturas que subsistan en el palacio de la Alhambra, desde el tiempo de los moros; curiosas por lo tanto, ya que no por su perfeccion y belleza. El estar vedado por su ley á los mahometanos representar ó imitar seres animados, hubo de ser causa de que

se mostrasen tan atrasados y poco diestros en la pintura, cuando alguna rara vez, como en el caso presente, osaron quebrantar aquel precepto religioso.

El techo del recinto de enmedio forma una bóveda ovalada, y el fondo dorado y salpicado de estrellas: al rededor las figuras de diez moros, sentados sobre almohadones, la barba crecida, la cabeza cubierta, la mano en el alfanje. No parece sino que aquel cuadro representa una junta ó conferencia de los magnates del reino, semejante al *divan* de Constantinopla.

En los techos de los dos recintos laterales se ven tambien pinturas; pero tan extrañas y caprichosas, que no es fácil comprender lo que significan: tal vez representan cuentos fabulosos ó historias peregrinas de caballería, con aventuras y encantamientos; como se puede conjeturar al ver aquellos torreones, damas á la puerta, caballeros que se acercan corteses, doncellas que demandan socorro, un mágico barbudo, combates, monterías, pajarracos en los aires, fieras y alimañas discurriendo por aquellos campos.

(90) "Yendo pues el cerro abajo al rio Xenil, que cae de la otra parte hácia mediodia, estaba otro palacio ó casa de recreacion, para criar aves de toda suerte, con su huerta y jardines, que se regaba con el agua de Xenil, llamado *Darluet*, casa del rio, y hoy *casa de las gallinas*."

(Mármol: *hist. del rebelion y castigo de los moriscos*, lib. 1.°, cap. VIII).

Hablando el insigne Hurtado de Mendoza de las primeras tentativas de los moriscos para levantar la tierra, se expresa de esta suerte: " mas

los enemigos, viendo que los del Albaicin estaban quedos y los de la Vega no acudian, con haber muerto un soldado, herido otro, saqueado una tienda y otra, en señal que habian entrado, tomaron el camino que habian traido; y por las espaldas de la Alhambra, prolongando la muralla, llegaron á la casa que por estar sobre el rio llamaban los moros *Dar al huet*, y nosotros *de las gallinas*. »

(*Guerra de Granada*: líb. 1.º).

Enumerando otro escritor, contemporáneo de los anteriormente citados, las obras que se atribuian á Muley Hacen, dice de aquel monarca: « hizo la *casa de las gallinas*; que no hay tal casa para el efecto en España. »

(*Historia de las guerras civiles de Granada*, por Gines Perez de Hita.)

Tales son los datos que suministran los antiguos autores respecto de dicho palacio; y si bien son aquellos sobradamente escasos y diminutos, bastan sin embargo para comprobar que existió, asi como el paraje en que estaba situado y el uso para que servia; lo cual concuerda con una no interrumpida tradicion y hasta con el nombre vulgar que se ha conservado hasta nuestros tiempos.

A las anteriores noticias pueden allegarse las que ha rebuscado en aquellos parajes el autor de esta obra; que si no son tan cumplidas como seria de apetecer, por lo menos lo son mas que cuantas se han dado á luz hasta de presente.

El *palacio de Darluet* ó del rio, llamado comunmente *casa de las gallinas*, está á media legua de Granada, camino de Senes, siguiendo la ribera de la *azequia gorda*, que recibe sus aguas

del Xenil, y viene acompañándole en su curso y abasteciendo los *molinos*, que han dado nombre á aquella *ribera.*

Es esta sumamente apacible; resguardada de los vientos del norte por una cordillera de montañas, con la azequia inmediata, por bajo el rio, y á uno y otro lado cármenes y huertos.

La *casa de las gallinas* está asentada en la márgen derecha del Xenil, á la bajada de un repecho; respaldada con los montes rojizos que bajan desde la Alhambra hasta casi tocar la orilla del rio: por aquel lado se ensancha algun tanto su lecho, se apartan las montañas de en frente, y dejan divisar por una abertura un trecho de Sierra Nevada.

El terreno que rodea aquella casa parece árido y seco; por todas partes no se ven sino pedregales; pero debió de ser muy feraz con los riegos, y abrigado por su posicion: motivo que hubo de contribuir probablemente á que allí se criasen las aves de distintos climas y regiones, aun de los mas templados; hoy dia se ven en los cármenes de aquella ladera higueras de Tunez, almendros y naranjos.

Por encima de la casa, en la cumbre de un aliozano, hay una anoria, que por su estructura y por la comun tradicion se cree que es de tiempo de moros: está resguardada en derredor por una obra de forma circular; y dentro se ve, en cuanto lo consienten los matorrales, que está labrada con peñas y un arco de rosca de ladrillo. Junto á la noria hay señales de haber habido un estanque; y se conoce (lo mismo que ya lo notamos hablando del *Cerro del Sol*) que tales obras

servian para regar aquellos campos y verjeles.

No se descubre seña ni indicio de haber en aquel terreno ningun manantial; si bien se encuentra no lejos una fuente pobre y escasa, y otra mas abundante y rica á mayor distancia; pero la gente de aquel pago asegura que ha hallado en él mas de un vestijio de una antigua azequia, que venia soterrada por las entrañas de aquellos montes, y pasaba ya descubierta por encima de dicha hacienda. No era el agua tomada del Xenil, sino del Dauro; como lo confirma, al parecer, que no lejos de la *casa de las gallinas* hay un sitio llamado vulgarmente *los arquillos*, porque en él se veian unos arcos, que habian servido para conducir el agua de un monte á otro: acueducto del tiempo de moros.

Junto á la misma casa habia otra noria, que ya apenas se distingue; y de allí á pocos pasos el sitio de un estanque, del cual quedan vestijios.

En aquellos montes, que son como una prolongacion del *Cerro del Sol*, se ven bocas de antiguas minas, que se dice beneficiaban los moros con centenares de cristianos cautivos: en estos últimos tiempos se han hecho algunos ensayos, pero todos ellos sin fruto. Lo que mas ha servido de cebo á la codicia ha sido el reflexionar que aquellos montes son los mismos que por el extremo opuesto lame el Dauro, y en cuyas raices recoge las partecillas de oro que lleva entre sus arenas.

La *casa de las gallinas*, tal como se ve hoy dia, es pobre, reducida, labrada hace pocos años; pero aun se descubren antiguos cimientos y algunos pedazos como sillares, del argamason con que solian fabricar los moros, y que el tiempo ha convertido en peña dura.

El resto mas curioso que allí queda es una antigua puerta, en la actualidad tapiada y encalada por encima, como para mas desfigurarla; pero aun se descubre su forma, en arco rematado en punta, y el marco que la ciñe, desde el arranque mismo, labrado de argamasa que parece piedra.

Lo mas singular es que sobre la puerta se ve un pedazo de estuco, como de una vara de alto y media de ancho, enjalbegado de nuevo, y en el cual se distinguen perfectamente calados y labores al gusto de los moros, formando lazos de cuatro hojas, y presentando á la vista un entretejido primoroso.

No es fácil decidir si toda aquella pared estaria labrada de la propia suerte, ó si tal vez se colocó allí aquel pedazo hallado entre otros escombros; pero sea de esto lo que fuere, al ver una materia tan frágil conservada sin lesion por espacio de mas de tres siglos, no parece sino que ha subsistido en aquel humilde albergue para atestiguar que en tiempo de los moros hubo allí un edificio de cierta grandeza y ornato.

(91) «A las espaldas del *cuarto de los leones*, hácia mediodia, estaba una *rauda* ó capilla real, donde tenian sus enterramientos, en la cual fueron halladas el año del Señor 1574 unas losas de alabastro, que segun parece estaban puestas á la cabecera de los sepulcros de cuatro reyes de esta casa; y en la parte de ellas que salia sobre la tierra, porque estaban hincadas derechas, se contenian de entrambas partes *epitafios* en letra árabe, dorada puesta sobre azul, en prosa y en verso, en loa y memoria de los yacentes. De las cuales sacamos un traslado, que poner en esta nuestra

historia; por ser estilo peregrino, diferente del nuestro».

(Mármol: *historia del rebelion y castigo de los moriscos*, lib. I, cap. VIII.)

Por el propio tiempo los copiaba y vertia en castellano el licenciado Alonso del Castillo; el cual «dice en una advertencia en árabe, que no traduce, que en un jardin que hay frente del *patio de los leones*, que servia de sepultura á los reyes de la Alhambra, se hallaron cuatro lápidas que contenian la historia de la muerte de algunos, escrita en dos columnas en letras doradas, en la derecha en prosa y en la izquierda en verso; las cuales interpretó de órden del señor conde de Tendilla».

(*Antigüedades árabes de España*: segunda parte, publicada por la Real Academia de San Fernando.)

En el códice de Alonso del Castillo, y en la citada obra de Luis del Mármol (residentes ambos en Granada por aquellos tiempos, y muy versados en la lengua y escritura de los árabes) se pueden ver dichos epitafios, como una muestra curiosa del estilo que en tales composiciones empleaba aquella gente; tan lejano de la concision y elegancia en que cifraban su primor los griegos y romanos, y antes bien desplegando las mas desmedidas alabanzas con toda la pompa y gala de los pueblos de Oriente.

«Por una de las puertas de la antesala del departamento llamado *de los Abencerrajes* (dice un escritor moderno) se entra á otro de este alcázar, con patio y habitaciones que han perdido todo su ornato y estan enteramente desfiguradas, por haberlas acomodado á sus necesidades los que

viven en ellas. La mas notable entre todas és una que en el dia hace parte de la casa del cura de este Real Sitio, que sirvió de capilla para sepultura de los reyes. Esta pieza es cuadrada, de cinco varas de lado y diez y seis de altura; aunque se halla interrumpida por un suelo cuadrado. Sus paredes carecen de todo ornato; pero la cúpula que la cubre, trabajada con las grandiosas labores de diez y seis agallones que la forman y cuatro pechinas en los ángulos en forma de lunetos, figurando todo una labor de ladrillos pintados; y la esveltez que le daban sus proporciones, ofrece la idea de lo sublime. En medio de la cúpula se ve un floron arabesco, inscripto en una estrella; y á los lados del muro hay abiertas doce ventanas, tres en cada uno. En la parte inferior hay cuatro arcos, que ocupan los cuatro frentes; y dan entrada, el de levante al patio, el de poniente á la antesala de los Abencerrajes, y los de norte y mediodia á dos apartamientos, que parece estuvieron destinados para purificacion de los reales cadáveres; pues aun se conserva en ellos un pilar de los que usaban para este efecto, y tiene agua corriente.»

(*Nuevos paseos por Granada*, publicados por don Simon Argote: tomo II, *paseo* I.)

El enterrarse dentro de sus palacios, ó en jardines contíguos, debió de ser un privilejio concedido meramente á los reyes; pues los moros no se enterraban nunca en las ciudades, y menos en las mezquitas, sino en lugares extramuros, destinados para este efecto. "La sepultura se hacia siempre en el campo: los personajes ilustres eran enterrados en bóvedas, á manera de capillas, con una puerta tan pequeña que apenas podia entrar

por ella un hombre. Las personas de mediana esfera levantaban unos paredones bajos, y formaban como un corral, que servia de panteon á toda la familia; y los pobres se enterraban sin mas distincion que la de levantarse dos almenas pequeñas, que indicasen el sitio que ocupaban los pies y la cabeza.»

«Asi lo ha confirmado el reciente descubrimiento de algunas sepulturas, en el camino del Sacro-monte.»

(*Nuevos paseos por Granada*, publicados por don Simon Argote: tom. II, pag 37.)

Por lo que respecta á los cristianos, durante la dominacion sarracénica, parece que los enterraban en un lugar aparte, segun indica un historiador: «fueron sus cuerpos sepultados con grande ignominia en un muladar sucio y asqueroso, que se llamaba el *Macahan*, donde ahora está la capilla de San Gregorio, Obispo de Granada, encima de la Calderería. Tenian entonces los moros aquel lugar por maldito, porque estaba deputado para sepultura de cristianos; y ahora lo tienen los fieles en gran veneracion, por haber sido depósito de reliquias de muchos gloriosos mártires.»

(Bermudez de Pedraza: *historia eclesiástica de Granada*, parte 3.ª, cap. XXVIII.)

(92) En comprobacion de este hecho, tan peregrino y extraordinario que mas bien parece una invencion de la fantasía que no un dato histórico, justificado con muchos y graves testimonios, trasladamos á continuacion los siguientes:

Apenas verificada la toma de Granada por los Reyes Católicos, decia uno de sus cronistas, que residió en aquella ciudad: «fué un rey de

Granada, á quien unos llaman Abuliacen y otros Alamoliacen, varon fuerte y belicoso. Este tuvo un hermano menor, que se llamaba Boabdelin y dos mujeres. La primera mora, de la cual hubo un hijo, que se llamó Mahomet, que despues fué llamado Boabdelin, Rey Chiquito de Granada. De la segunda mujer, que era cristiana y siendo cautiva la hizo volver mora y convertir á su secta de Mahoma, hubo dos hijos.»

(Lucio Marineo Sículo: *de las cosas memorables de España*, lib. XX, fol. CLXXIX.)

A mediados del siglo XVI, un diligentísimo investigador de todas las cosas concernientes á los moros, decia al mismo propósito: «Era Abil Hacen hombre viejo y enfermo, y tan sujeto á los amores de una renegada que tenia por mujer, llamada la *Zoraya*, que por amor de ella habia repudiado á la Aixa, su mujer principal, que era su prima hermana.»

Mármol: *historia del rebelion y castigo de los moriscos*, lib. I, cap. XII.)

De cuyo hecho tuvo orígen la guerra civil que estalló en aquel reino, segun lo indica el citado historiador, conforme en el fondo, ya que no en los pormenores y circunstancias, con la tradicion popular que ha llegado desde aquellos tiempos hasta los presentes.

«Tuvo este (Albo Hacen) un hijo llamado Boaudilin; y tuvo, segun cuenta el arábigo, otro hijo bastardo llamado Muza: este dicen que lo hubo en una cristiana cautiva.»

(*Historia de las guerras civiles de Granada*, por Gines Perez de Hita, cap. II.)

«Casó este rey (Albo Hacen) con dos reinas: Aixa, la *Horra*, y Fátima la *Zoraya*. *Horra* dice

honesta; *Zoraya* lucero del alba, por su hermosura. La reina Zoraya casó con el rey siendo viejo, y túvole tan rendido de su voluntad, que le hizo repudiar á la reina Aixa.»

Y mas adelante da el mismo autor mas señas respecto de Zoraya: «Era hija del Comendador Sancho Jimenez de Solís, alcaide de la Higuera de Martos y de Bedmar; y captiváronsela á ella y á otra hermana suya, que se llamaba Doña Maria.... Segun otra lectura, la Zoraya era de Baena, llamada Catalina de Narvaez. Hecha mora, se llamó Fátima Ronixa. La primera opinion tengo por cierta.»

(*Crónica del Gran Cardenal de España* etc. por el doctor Pedro de Salazar y de Mendoza: lib. I, cap. XXI.)

El último dictámen, á que se inclina mas este historiador, cuadra perfectamente con lo que dice Bermudez de Pedraza: "Casó Abil Hacen de primero matrimonio con Aixa Fátima, la *Horra*, que significa la honesta, á diferencia de la segunda muger, de quien vivió y murió enamorado, que se llamaba Fátima, la *Zoraya*, que significa la hermosa. Fué cautiva del rey, y el rey de su hermosura; fué hija del Comendador Sancho Jimenez de Solís, alcaide de Martos, que fué muerto en una entrada que los moros hicieron en su tierra, y cautivas dos hijas: la mayor se llamaba Doña Isabel de Solís; y el rey, rendido de su hermosura, la persuadió se casase con él, y ella por reinar vino en ello, y se tornó mora.»

(*Historia eclesiástica de Granada*: part. 3.ª, cap. LIV.)

Si ademas de consultar los anales y las crónicas de los autores pátrios, atendemos tambien

al eco de los escritores árabes, hallaremos igualmente comprobado el mismo hecho: «Tenia (Abul Hacen) dos mujeres muy hermosas en su *harem*, á las cuales amaba mas que á las otras; la principal era su prima, en quien hubo al infante Duhamad Abuabdilah, y la otra Zoraya, hija del alcaide de Martos, de linaje de cristianos, en quien tuvo dos hijos, que fueron en mal punto y hora menguada nacidos, pues ayudaron al acabamiento de su patria, como veremos adelante.''

(Conde, *historia de la dominacion de los árabes en España*: tomo III, cap. XXXIII.)

Vários escritores modernos han aludido en sus obras al casamiento del último rey de Granada con una cristiana cautiva; y se conoce que han bebido en las mismas fuentes que acabamos de indicar.

(Véanse los *Nuevos paseos por Granada*, publicados por don Simon Argote: tomo I, pag. 287.

Conquista de Granada, pcr Washington Irving: tomo I, pag. 55.

Essai sur l'histoire des arabes et des mores d'Espagne, *par Viardot*, tomo I, pag. 283.)

Mas adelante, en otra parte de esta obra, presentaremos nuevas pruebas irrefragables del mismo hecho, no indigno ciertamente de encontrar cabida en la historia, por el grandísimo influjo que tuvo en la discordia civil, que minó el poder de los moros y aceleró la ruina de su imperio.

INDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTA PRIMERA PARTE.

CAP.		PAG.

ERRATAS.

PAG.	LIN.	DICE	LEASE.
85	23	en poco	un poco
178	25	deslumbar	deslumbrar
235	14	guera	guerra
239	14	Farque	Fargue
239	17	agris	agrios
250	26	mismo	misma
260	11	1 ombre	nombre
290	20	algunos	alguuas
293	4	es	el
293	21	incitan	incita.

£3-10.

3 vols.

[illegible]

